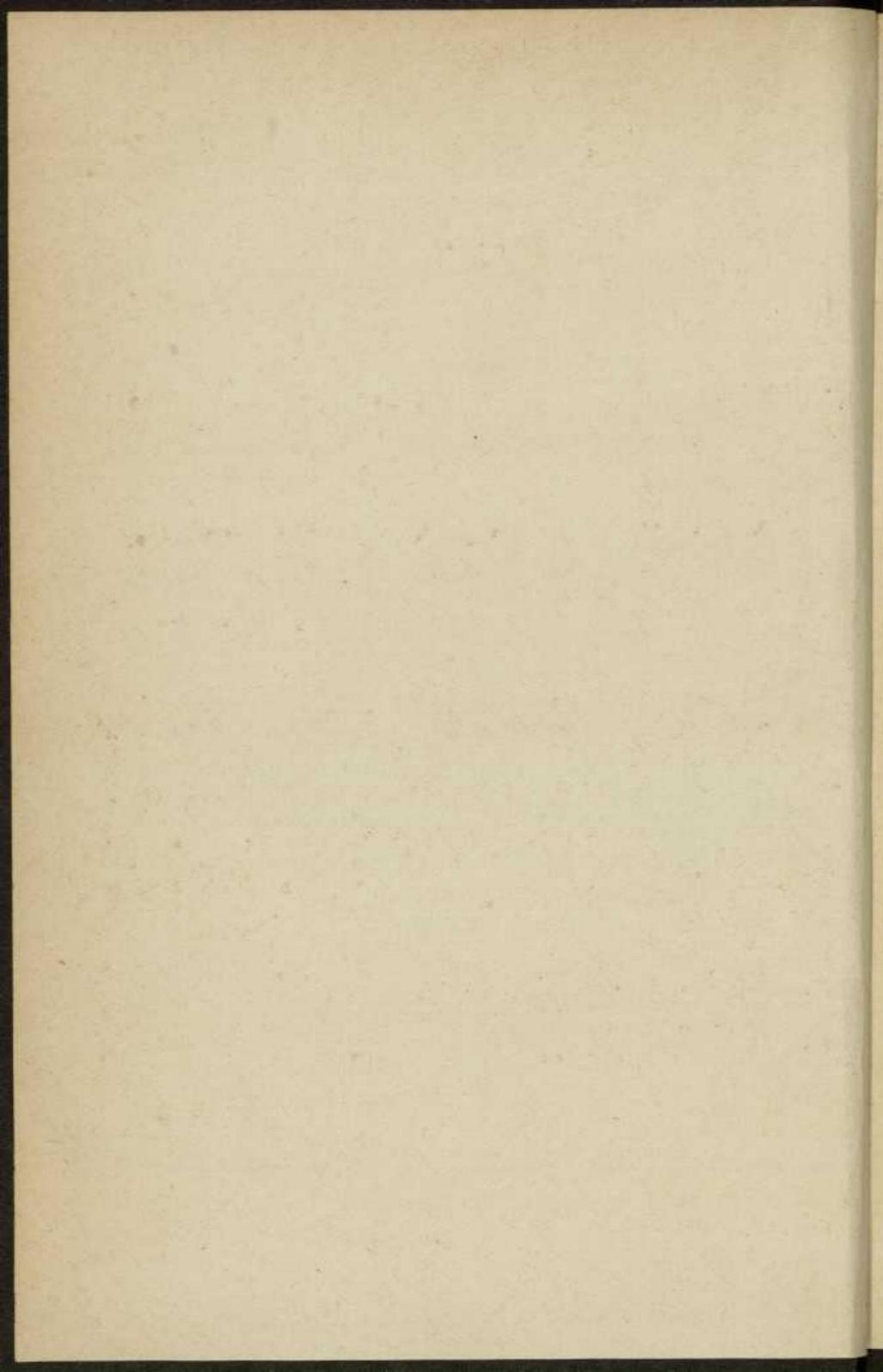




6531

VII
39

D. 33.260



92

211



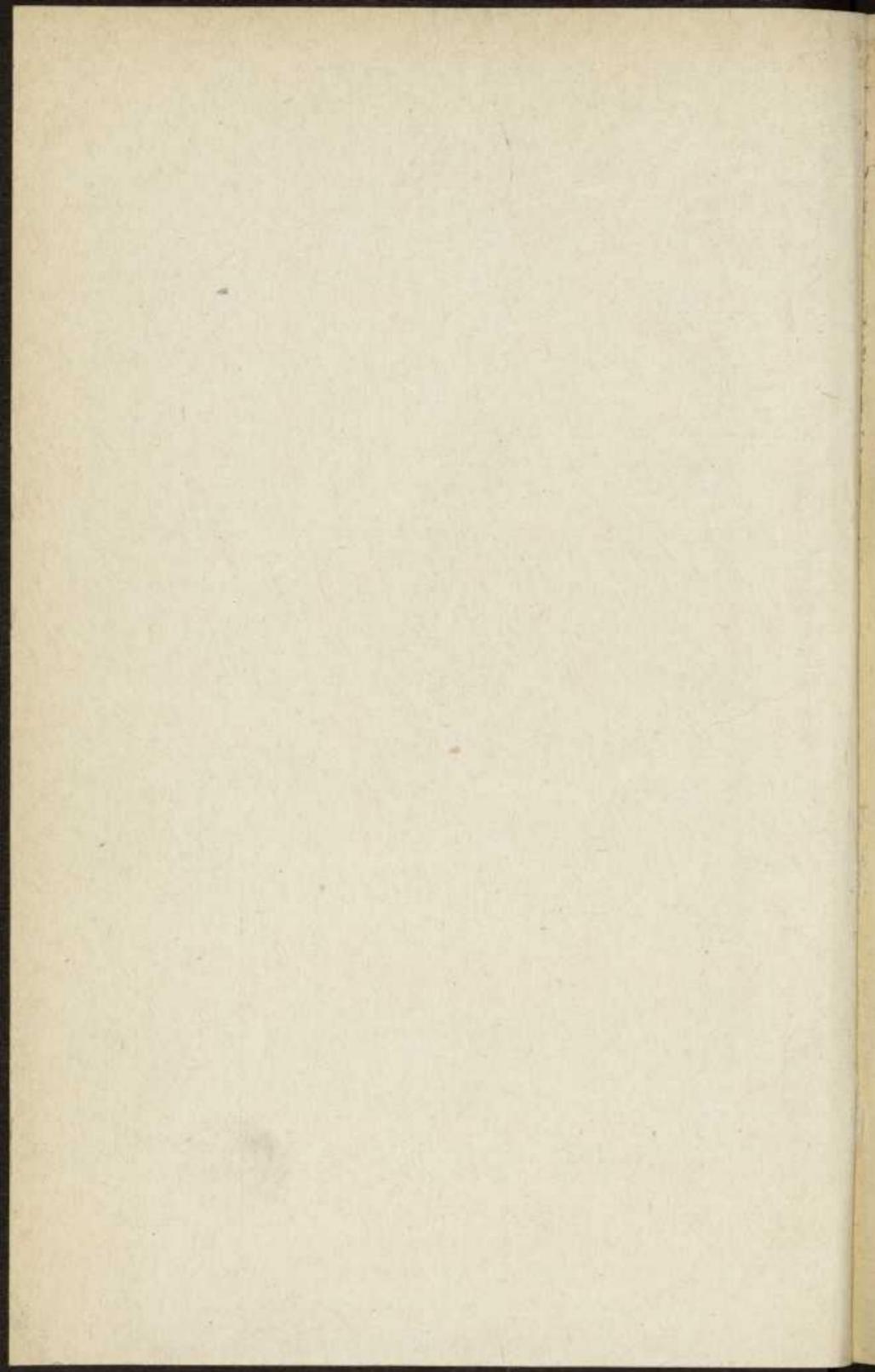
Biblioteca "LUX"

D. Francisco de Asís Aguilar
Obispo que fué de Segorbe

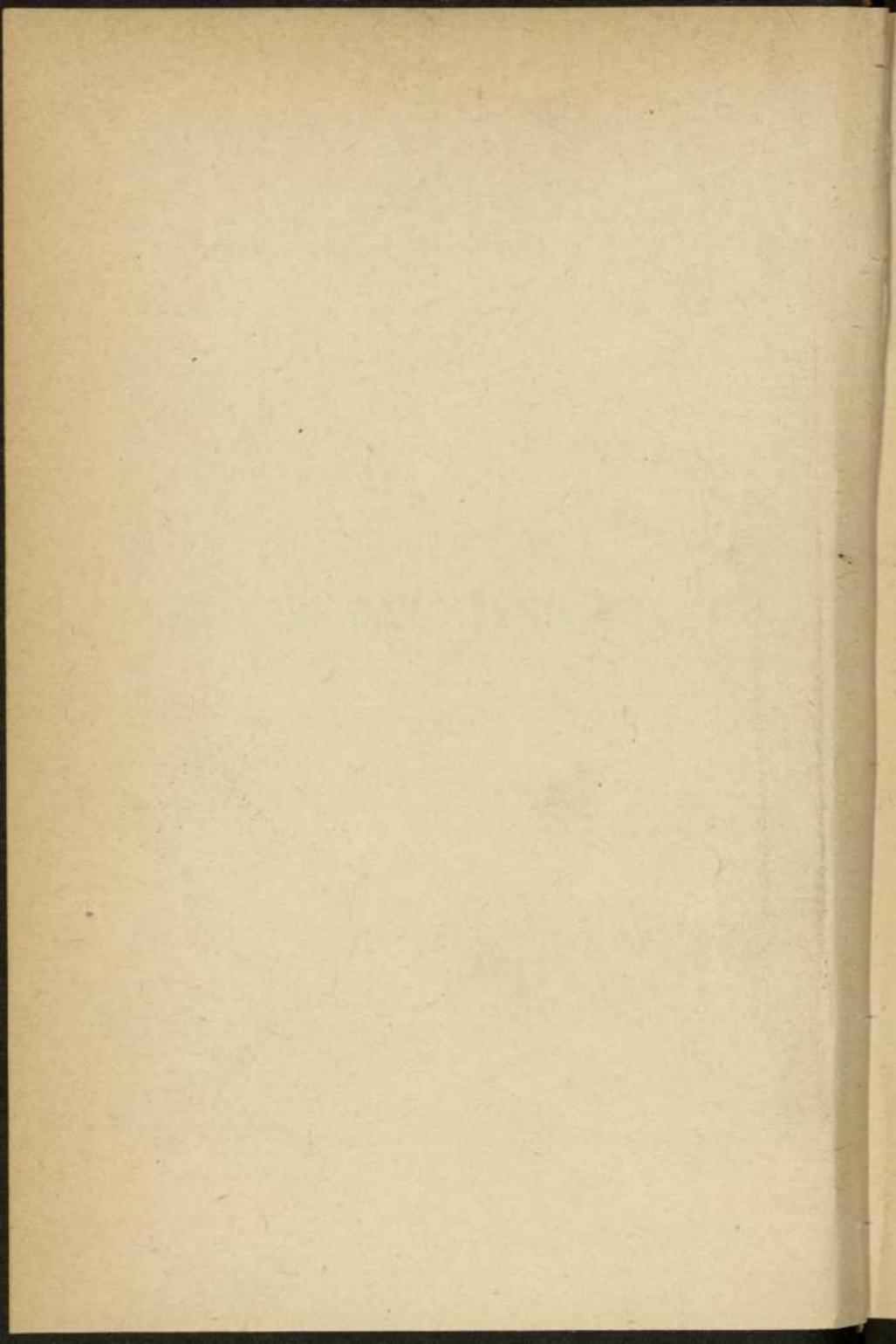
¿De qué sirven las monjas?

(Episodios de la Revolución de 1868)

MADRID



¿DE QUÉ SIRVEN LAS MONJAS?



BIBLIOTECA «LUX»

XXI

¿De qué sirven las Monjas?

(EPISODIOS DE LA REVOLUCIÓN DE 1868)

POR

D. Francisco de Asís Aguilar

OBISPO QUE FUE DE SEGORBE

B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 100585
C.B.
23701



MADRID

Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 dupd.º

1927

CENSURA ECLESIAÍSTICA

NIHIL OBSTAT:

Licd.º Pascual F. Rodrigo

Censor

IMPRIMATUR:

Dr. J. Francisco Morán

Vicario general

Madrid, 16 de Julio de 1927.

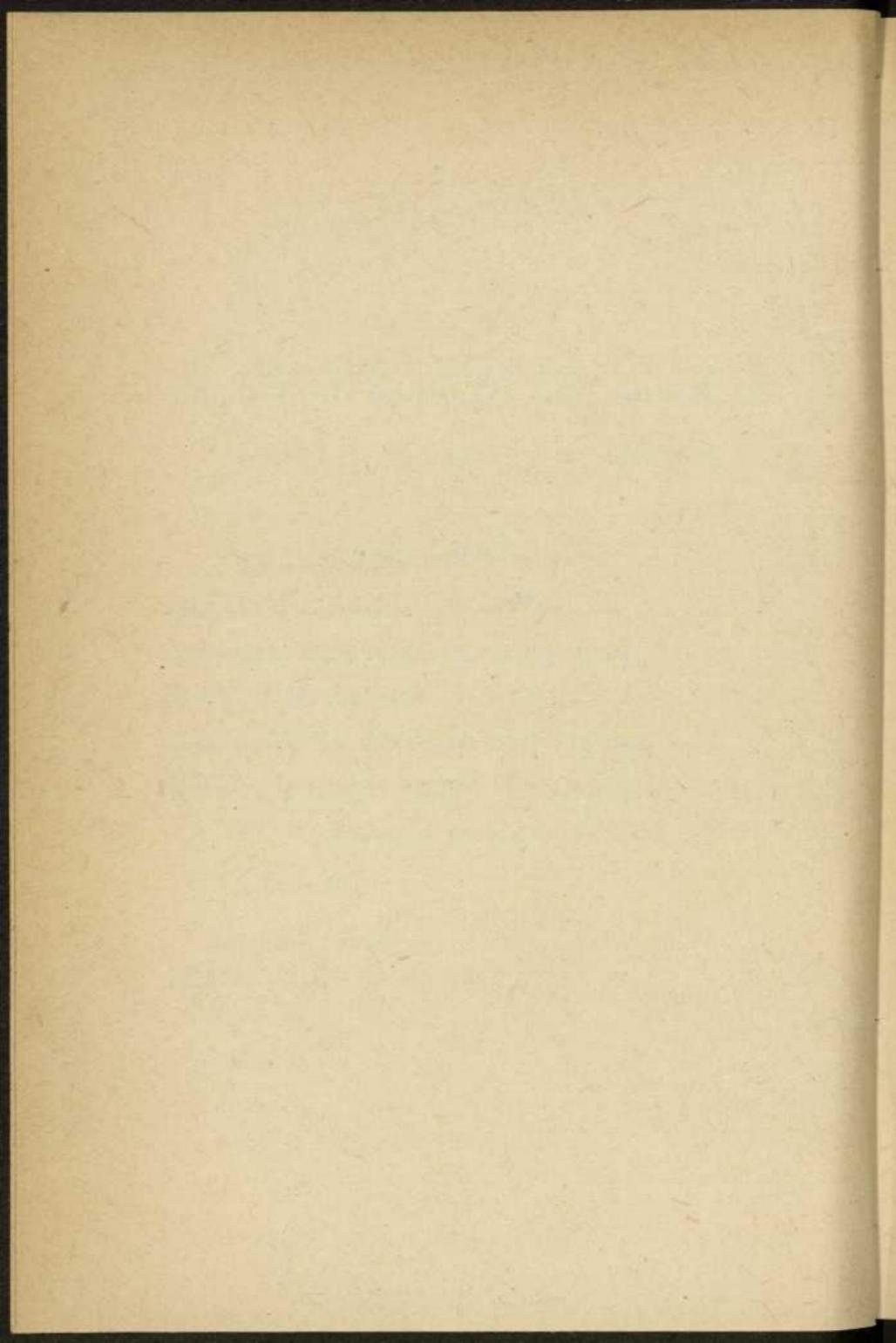
Al Excmo. Sr. Marqués de Viluma,
Presidente de la Asociación de Católicos

Excmo. Sr.:

El folleto que dedico a V. E. vale poco para ser obsequio digno de V. E.; pero la bondad de V. E. lo aceptará en atención al celo que lo dicta y a la buena voluntad con que se lo ofrece su servidor,

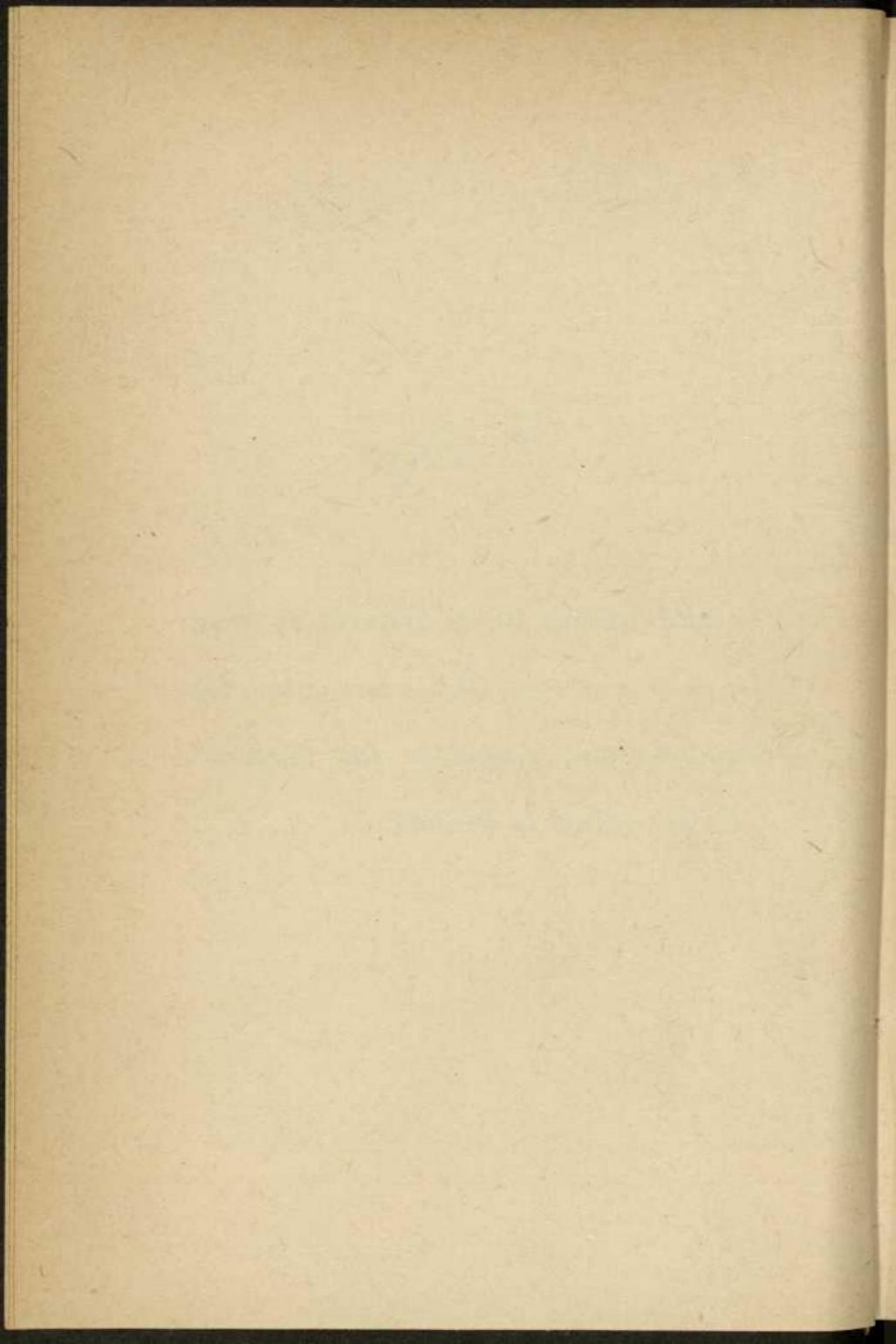
q. b. s. m.,

F. DE A. AGUILAR



Prólogo

Este folletín no es historia ni novela, pero participa de las dos cosas. Los nombres son fingidos; los hechos... algunos ¡ojalá lo fuesen!



I.—DE AVILA AL ESCORIAL

A últimos de noviembre de 1868 vine de Avila a Madrid en el tren correo, en compañía de un caballero de avanzada edad, a quien encontré ya en el coche, y dos jóvenes, que entraron conmigo en la estación de la ciudad de los Caballeros.

El anciano, que estaba, al parecer, preocupado por los sucesos de aquellos días o por alguna desgracia de familia, después de habernos saludado brevemente con la mayor cortesía, se recogió en un ángulo del coche, sin tomar parte en la conversación, hasta llegar a Madrid, como verá el lector. Los dos jóvenes, por el contrario, hablaban por los codos, según suele decirse; el uno de ellos, habiendo concluído la carrera de Leyes el año pasado, acababa de abrir en Avila su gabinete de abogado; el otro venía a Madrid a cursar las últimas asignaturas de la Facultad de Medicina. Entrambos participaban de lo que se ha dado en llamar ideas modernas y estaban entusiasmados por el éxito de la revolución. Inútil será decir que ésta formaba el asunto exclusivo de su conversación.

Yo no podía convenir con muchas de sus ideas;

pero siguiendo mi sistema de no contradecir sino cuando la franqueza lo permite o la necesidad lo exige, les escuché sin hacerles la menor oposición mientras hablaban solamente de materias políticas y de reglamentos de estudios; pero creí no deber callar cuando, agotada aquella materia, comenzaron a tratar, con muy poco comedimento por cierto, de las religiosas.

—¿De qué sirven las monjas?—preguntó el futuro médico.

—Las monjas—respondió el abogado—pueden dividirse en dos grandes secciones o categorías: la primera, compuesta de las Ordenes dedicadas a enseñanza y beneficencia, que el Gobierno hace muy bien en dejar; la otra, formada por las Ordenes antiguas, dedicadas al rezo y a la murmuración, que el Gobierno ha hecho muy bien en suprimir.

Al oír estas palabras le pregunté yo al abogado:

—¿Tiene usted alguna hermana religiosa? ¿Ha tratado usted a alguna Comunidad de monjas? ¿Sabe usted lo que pasa en un convento?

—No, señor—me contestó—. Hablo por lo que he oído a muchas personas y por lo que se me figura a mí que debe suceder.

—A mí se me figura, caballero, que las personas a quienes usted ha oído estaban tan poco enteradas como usted. Pero supongamos que sea cierto cuanto a usted le han dicho y cuanto usted pueda figurarse del interior de los conventos. ¿Cometen

por esto las monjas algún crimen, por el cual merezcan el tratamiento que la revolución les da?

—Cuando el Gobierno lo hace por algo lo hará.

—También los ladrones roban y los asesinos matan por algún motivo. Siempre que se obra, por algo se obra; mas para aplaudir o condenar la acción debe mirarse si el motivo es justo, y, francamente, me parece que al Gobierno revolucionario le costaría trabajo el justificar sus disposiciones, aun dentro de los principios proclamados por la revolución que representa.

—Dentro de estos principios no caben las instituciones monásticas.

—Usted lo dice; pero Víctor Hugo, que debe tener bien conocido el carácter y alcance de la revolución, discurre de una manera muy distinta.

—¿Víctor Hugo?—preguntó con extrañeza el estudiante de Medicina.

—Sí, señor, Víctor Hugo—repuse yo—. Ahí traigo “El Católico” de ayer—añadí, sacándole de la cartera—, en el cual se ha insertado el siguiente trozo del célebre poeta revolucionario. Dice así:

“Unos cuantos hombres se reúnen para vivir en comunidad. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho de asociación.

”Viven encerrados. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene todo hombre para abrir o cerrar su puerta.

”No salen nunca. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene el hombre para ir

y venir libremente, lo que implica el derecho de quedarse en su casa.

"Y en su casa, ¿qué hacen?"

"Hablan en voz baja, bajan los ojos, trabajan. Renuncian al mundo, a la vida de las grandes poblaciones, a la sensualidad, a los placeres, a las vanidades, al orgullo, al interés.

"Van vestidos de tosco paño o de tosca tela. Ninguno posee nada. El rico se hace pobre al entrar allí, porque lo que tiene lo da a todos.

"El que era lo que se llama noble, caballero y señor, es igual al que se llamaba villano. Todos son tonsurados de la misma manera; llevan la misma capucha, comen el mismo pan negro, duermen en la misma paja, mueren en la misma ceniza, llevan el mismo saco a la espalda, la misma correa en la cintura. Si determinan ir descalzos, todos van descalzos. Entre ellos podrá haber un príncipe, pero este príncipe será una sombra como los demás. Allí no hay títulos; hasta los apellidos de familia desaparecen: sólo son conocidos por el nombre. Todos están humillados bajo la igualdad del nombre de bautismo.

"Han disuelto la familia carnal y constituido en su Comunidad una familia espiritual. Los parientes son todos los hombres; socorren a los pobres y cuidan a los enfermos; eligen aquellos a quienes han de prestar obediencia, y unos a otros se llaman hermanos."

Aquí me interrumpió diciendo:

—“¡Pero ése es el convento ideal!

”Basta que sea el convento posible para que sea el que debe considerarse.

”Prescindiendo, pues, de la Edad Media, del Asia, de la cuestión histórica y política; considerando esta cuestión bajo el punto de vista estrictamente filosófico, fuera de la esfera de la polémica militante y con la condición de que la vida monástica sea absolutamente voluntaria y sólo entren en ella los que tengan vocación, miraré siempre las Comunidades religiosas con atenta gravedad, con deferencia en algunos puntos. Donde hay comunidad, hay asociación; donde hay asociación, hay derecho. El monasterio es el producto de la fórmula IGUALDAD, FRATERNIDAD. ¡Oh, qué grande es la libertad! ¡Qué espléndidas transfiguraciones realiza! La libertad basta para convertir el monasterio en república.”

—Ya ve usted—añadí doblando el periódico— cómo juzga a los institutos monásticos uno de los grandes escritores de la revolución. No hay que darle vueltas; usted podrá alegrarse de la disposición tomada por el Gobierno, pero con ella se violan el derecho de asociación, el derecho de domicilio, el derecho de propiedad, el derecho de...; para acabar pronto, todos los derechos que la revolución ha proclamado, y los que vienen sirviendo de base a la sociedad desde sus principios, sin que la revolución los proclamara.

—¡Que trabajen!—dijo el estudiante de Medicina.

—Trabajan—le contesté—; más que yo y más que usted que las criticamos. De su trabajo y de la dote legada por sus padres viven, sin pedirle nada a usted. Si fuera el Gobierno a destruir las casas en donde se trabaja menos que en los conventos, muchas tendrían que venir abajo.

—Bien mirado—dijo el abogado—, en el terreno de los principios tiene usted razón. El Gobierno no debería quitar a nadie la libertad de vivir como quiera, con tal que no falte a la moralidad y a las leyes; y no puede negarse que, expulsando a las Ordenes religiosas, ha cometido un atropello contra el derecho común y causado una herida profunda a la revolución falseándola en sus principios esenciales; pero la medida no puede afectar a la sociedad como usted supone, porque, según preguntaba mi amigo hace pocos momentos, ¿de qué sirven las monjas?

—Contestaré después a esta pregunta que hacen por segunda vez. Mas antes quiero hacerle observar a usted que toda injusticia daña siempre a la sociedad en donde se comete: daña en primer lugar y directamente a la persona o personas víctimas de ella, que en nuestro caso son las monjas; daña indirecta, pero profundamente, a la sociedad de que forman parte, porque es imposible perjudicar a un miembro sin que todo el cuerpo se resienta, y la daña también, acaso por modo más sensi-

ble, por el escándalo que produce, debilitando los sentimientos de lo recto y de lo justo, disminuyendo el respeto a los principios fundamentales de la sociedad humana, relajando los lazos que mantienen unidas sus diversas partes y abriendo ancha puerta para otros actos semejantes. ¡Ay de la nación en donde el pueblo se acostumbra a ver hollados con fortuna los primeros preceptos de la moral, por quien tenía el encargo de defenderlos! El pueblo tiene una lógica terrible. Si hoy ve despojar impunemente de sus dotes a las mujeres religiosas, mañana dirá: ¿por qué no se puede despojar también a las mujeres casadas? Viendo hoy a las Juntas revolucionarias disponer como de cosa propia de las casas y bienes de las Asociaciones religiosas, mañana preguntará: ¿por qué no hemos de apoderarnos también de los bienes de las Asociaciones profanas?

—Va usted muy lejos en sus consecuencias.

—Quiera Dios que otros no las saquen todavía más terribles. Ya verá usted las noticias que nos traen los periódicos dentro de breves días, si Dios no lo remedia (1).

(1) Al tiempo de imprimir estas palabras el pronóstico se ha cumplido. He aquí algunos párrafos de los periódicos publicados en estos dos meses:

“El estado de casi todos los pueblos agrícolas de la provincia de Cádiz y de la de Sevilla va siendo alarmante.

”Se está predicando a los jornaleros por los corifeos

El caballero anciano dió muestras de asentimiento; los jóvenes no opusieron nada a mi observación, y yo pasé a responder a la pregunta que da el título a este opúsculo.

—Parece que han convenido ustedes—dije—en que las monjas no hacen daño a nadie, teniendo por consiguiente derecho de vivir, según sus estatutos, al menos igual al que tenemos nosotros para viajar, y cada uno para hacer dentro de su

republicanos que su jornal ha de ser muy alto y el trabajo corto; que deben repartirse las tierras de los títulos y de los que no lo son; y con estas pestilentes doctrinas, que encuentran eco en gente ignorante, ni es posible continuar las labores del campo, ni hay seguridad para los dueños de esta industria, que se verá muy pronto arruinada, con detrimento de la riqueza pública y de todos los fundamentos sociales.

"Si el Gobierno no quiere poner coto al comunismo, la disolución social está cercana, y la nación española dejará de existir. Esto se ve claro como la luz."

"En el pueblo llamado Pozal de Gallinas se ha establecido una Sociedad titulada "República de los Pobres", distribuyéndose entre los asociados los terrenos y prados de Propios, costeando cada cual sus partijas y cerrándolas con vallados para labrarlas."

He aquí cómo se entiende la libertad en Antequera:

"Se quema el convento de San Francisco, reedificado para colegio de misiones.

"Se saquean varias casas de propietarios y ricos labradores.

"Hay seis conventos de monjas, y se han buscado expedientes para suprimir cuatro.

En un periódico de Albacete leemos lo siguiente:

casa lo que estime más conveniente, o, como solemos decir, hacer de su capa un sayo.

—Es verdad—contestaron a un tiempo los dos jóvenes.

“A ciencia y paciencia de la autoridad local de Bogarra, se ha pregonado en aquel pueblo, pública y tumultuosamente, por un grupo de gente desalmada, el siguiente anuncio:

“El que quiera comprar carne humana del maestro y maestra de escuela, a nueve cuartos, que acuda a la plaza pública a las nueve del día de mañana, pues las añadiduras serán de los pescuezos de los carabineros que custodian los pozos de agua salada.”

Dice “El Triunfo Granadino”:

“En la noche del sábado no pudieron abandonar el pueblo los vecinos pudientes de Cijuela, porque desde el mediodía recorría las calles un grupo numeroso de patriotas, paseando una bandera gritando: ¡Viva la República y mueran los ricos!”

“En Aldehuela de Liestos, pueblo de la provincia de Zaragoza, partido judicial de Daroca, han ocupado sus habitantes las extensas posesiones que en aquel pueblo tienen los herederos del señor duque de Rivas, despidiendo a viva fuerza al administrador y a los guardas, haciéndose dueños de aquellos cuantiosos bienes, entre ellos los montes de encinas, precisamente cuando acababan de perder con costas sus moradores el pleito que seguían contra los mencionados herederos del señor duque de Rivas, que sabemos han acudido ahora en queja al gobernador de la provincia para que se les devuelvan sus propiedades, estando decididos a acudir a los Tribunales en caso necesario.” (“El Siglo”.)

“En un concejo de Galicia muy próximo a La Coruña, cuyo nombre no queremos decir por no avergonzar a sus

—Ahora voy a responder a mi vez a la pregunta que ustedes me han dirigido antes con insistencia.

—Le escuchamos con gusto.

—Supongo que ustedes no querrán que les diga de qué sirven las Hermanas de la Caridad, que para practicar en toda su pureza y en el más alto grado esta virtud sublime abandonaron a su familia y renunciaron a todas las esperanzas e ilusiones del mundo; porque los servicios de esas mujeres no pueden ocultarse a los ojos de nadie. En las inclusas las hallaréis calentando con su aliento a los tiernos niños abandonados por una madre dos veces criminal; en los hospitales, sirviendo con el amoroso cuidado que solamente ellas saben, a enfermos desconocidos, por ruda e ingrata que sea su condición; en los asilos para ancianos se con-

vecinos, se han celebrado diferentes juntas, proponiendo la abolición de los impuestos, la supresión de todas las escuelas, la de la dotación del médico, con otros absurdos por el estilo.”

“En un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme, ciertos patriotas, al proclamar la libertad, dijeron: “Es menester celebrarla.” Dicho y hecho. Van al ganado de don Fulano (que no era liberal), cogen unos carneros, y volvieron a celebrar con sus amigos el primer triunfo de sus doctrinas. ¡Señores! ¡Que no son de ustedes los carneros! ¡Viva la libertad!”

Fácil sería formar un libro recortando trozos por el estilo; pero ni este folletín es la historia de la revolución, ni se necesitan más para ver que el viajero tenía alguna razón.

vierten en hijas cariñosas, para hacer más llevaderos los últimos días de la vida a personas que acaso las gastaron en trabajar contra los piadosos institutos; en los campos de batalla se hacen "médicas", cirujanas y enfermeras. Las hallaréis doquiera que haya una lágrima que enjugar, una pena que aliviar, una necesidad que socorrer; en todas partes y en todos los países a donde ha llegado un rayo de la luz del Evangelio.

—No, no preguntamos por esa clase de religiosas; el Gobierno las deja, y hace muy bien.

—El Gobierno las deja, y hace muy bien; convenido. Pero deben ustedes observar que esas religiosas que la revolución respeta por el provecho que le trae son parte de un todo armónico, que se llama catolicismo; única institución que sabe producir semejantes flores de virtud y santidad.

—No adelante usted demasiado—me dijo el legista.

—No adelanto demasiado—repuse yo—. ¡Cómo había de tener Hermanas de la Caridad el mahometismo, que tiene a las mujeres encerradas en el harem, sin dejarlas sentir el amor de hija, ni el amor de hermana, ni el amor de esposa, ni el amor de madre, ni casi el propio amor del ser racional!

—Pero el protestantismo...

—El protestantismo, hijo de la soberbia y de la concupiscencia y despreciador de las buenas obras, tampoco sabe inspirar a sus adeptos ese amor puro y desinteresado que llamamos caridad.

La caridad vive de la gracia de Dios, y las sectas no poseen este don. Recuerdo que en tiempo de la guerra de Crimea, queriendo algunas señoras protestantes, dotadas de espíritu más generoso, queriendo competir con nuestras heroínas católicas, resolvieron trasladarse al campo del combate para cuidar a sus compatriotas; pero el sentimiento que las impelía distaba mucho, por lo limitado, de poder compararse con la verdadera caridad, ni tuvieron la constancia necesaria para llevar hasta el fin sus propósitos, volviéndose a poco a sus casas, según dijeron los periódicos; el esfuerzo de aquellas señoras para enaltecer el protestantismo fué la mejor prueba de su esterilidad para las grandes obras de sacrificio, fué su derrota más solemne. No, señores, no hay Hermanas de la Caridad fuera del catolicismo.

—Y ¿qué deduce usted de esto?

—Que siendo las Hermanas de la Caridad un fruto exclusivo del catolicismo no podrán conservarse destrozando el árbol.

—Pero, ¿quién trata de hacer esto, señor?

—Los que le despojan de sus ramas más vitales, los que le cortan sus raíces, los que se empeñan en darle una dirección violenta, los que le quitan la luz y el agua que necesita para arraigarse, crecer y dar fruto.

—No comprendo la metáfora—dijo el abogado.

—Tal vez yo me haya explicado mal—dije—; procuraré explicar la idea de otra manera.

—Se lo agradeceré, porque el asunto va interesándome.

—Un amigo mío tenía en su jardín un peral hermosísimo, que daba cada año gran cantidad de peras, las más ricas que he visto en mi vida; aquellas peras hacían nacer la envidia en el alma de todos los vecinos, aunque mi buen amigo era tan generoso que a todos nos regalaba algunas. Mas cierto día se le antojó convertir la plazoleta del jardín en salón de baile, para lo cual el bendito peral le estorbaba. ¿Qué hizo mi amigo? Arrancó el peral que le incomodaba, pero conservando las ramas con la esperanza de que por sí solas darían el azucarado fruto.

—Su amigo de usted estaba loco.

—Así lo creímos todos. Pero igual juicio formo yo de la revolución, porque, dejando metáforas, el catolicismo es el peral de que hablaba, las Hermanas de la Caridad son uno de sus preciados frutos, las demás instituciones religiosas sus raíces...

—¡El Escorial, el Escorial! Diez minutos!—gritó el encargado de este servicio. Habíamos, en efecto, llegado a la estación del Escorial. Los dos jóvenes bajaron del tren, el anciano se asomó al ventanillo, desde el cual se veían las cúpulas del célebre monasterio, tenido justamente por la octava maravilla del mundo.

La atención con que la contemplaba me hizo

creer que sentía algo más que mera curiosidad, y me aventuré a preguntarle:

—¿Ha visto usted el Escorial?

—Sí, señor, pero hace muchos años.

—Yo lo he visto muchas veces, y aún he pasado en el monasterio alguna temporada. ¡Ah! Desde que usted lo vió ha cambiado mucho. Antes de la revolución se celebraba en esa casa un culto digno de Dios, en cuanto pueden dárselo las criaturas, y digno de los Reyes Católicos, en cuyo nombre se tributaba. La primera vez que estuve, siendo muy niño todavía, conté en el coro más de noventa monjes, que cantaban las divinas alabanzas con aquella solemnidad y pausada armonía propias de las Comunidades jerónimas. Nunca olvidaré la impresión saludable que me causó la vista de aquellos hombres venerables, algunos por su saber, otros por sus años, todos por su virtud. La gloria del cielo, pintada en la bóveda del coro por Lucas Canchiaso, más conocido por "Luquetto", dista mucho del mérito de la de Lucas Jordán, que representó el mismo asunto en la bóveda de la escalera; pero aquellos santos sin acción y aquella muchedumbre de ángeles puestos en línea como soldados en formación, que revelan el poco gusto del pintor, me parecieron a mí en la posición más apropiada, porque se me figuraba que escuchaban el canto de los padres, embebecidos y como ansiosos de bajar y ponerse en medio de ellos para tomar parte en la función.

Después he tenido ocasión de seguir todo el establecimiento y admirar las grandes riquezas religiosas y artísticas que encierra. En el mundo no hay ningún edificio en el cual se junten la grandiosidad y la unidad de plan como en el Escorial (1). Felipe II y Juan de Herrera eran dignos el uno del otro, y los dos, de aquella época de nuestra historia en que el sol no se ponía nunca en los dominios españoles, en que los sabios y artistas de toda Europa venían a buscar honra y provecho en nuestra patria (2), y en que las virtudes, tan florecientes como las ciencias y las ar-

(1) Sin contar los muchos y grandes edificios accesorios, el principal forma un rectángulo de 741 pies de largo, 580 de ancho y 330 de alto hasta la cruz del cimborrio. Contiene 11 aljibes, 12 claustros, más de 80 escaleras, 63 fuentes, 13 oratorios, 16 patios, 9 torres, más de 10.000 ventanas, 14 zaguanes. El templo, de 320 pies de largo por 230 de ancho, tiene 42 altares; había 7.421 reliquias de santos, clasificadas en 462 insignes, 255 casi insignes, 1.006 menores, 4.168 más pequeñas, 12 cuerpos enteros, 306 canillas grandes: 678 de santos cuyos nombres constaban. La biblioteca guarda, entre otras obras de gran precio, 1.920 manuscritos árabes, 562 griegos, 72 hebreos y 210 latinos; varios en castellano, catalán y otras lenguas vulgares; componiendo un total de 4.564 manuscritos.

(2) Pintaron al fresco algunas de las bóvedas y paredes del Escorial: Bartolomé Carducho, Francisco de Urbina, Granelo y Fabricio, Lucas Canchiaso o "Luquetto", Lucas Jordán, Luis de Carvajal, Miguel Barroso Peregrín de Peregrini y Rómulo Cincinetti.

Había cuadros al óleo de 81 pintores.

tes, daban al cielo los santos a docenas, ¡Qué virilidad, qué ingenio, qué religión en aquel tiempo la de los españoles! Los que dicen que la piedad apoca los espíritus y la religión es contraria al verdadero progreso, que visiten el Escorial.

Mas, ¡ay!, también aquí ha llegado el vendaval revolucionario, y no pudiendo derribar aquellas paredes de granito tan fuertes casi como las montañas que nos rodean, ha dispersado la Comunidad, que era como el alma y la vida del edificio. El día 30 de noviembre de 1837 (el mismo día en que doscientos setenta y seis años antes llegaron por primera vez a este sitio el primer Prior y Vicario, electos, acompañados de don Pedro de Hoyo, secretario de Felipe II; de Juan Bautista de Toledo y del Prior de San Jerónimo de Madrid) un seglar intimó a la Comunidad que quedaba desde aquel momento extinguida, y que pasado el día siguiente no se pondría comida para nadie ni se permitiría guisar en el convento. Había a la sazón más de sesenta ancianos septuagenarios, algunos de los cuales desde la edad de quince años no habían salido de este sagrado recinto, ni siquiera habían pisado las calles del pueblo inmediato. Todos tuvieron que salir en busca de quién les amparase.

Desde entonces la administración del monasterio ha sido muy diversa. Por de pronto, se nombró un Abad administrador, y se formó una capilla, compuesta de veintiséis capellanes nombrados

a propuesta de aquél. En 1838 se estableció una administración servida por seglares, como todas las que dependían de la Real Casa. En 1847 se aumentó el número de capellanes hasta treinta, mandando por decreto de 9 de febrero que ocupasen y cuidasen del monasterio. La administración seglar había dado tan malos resultados, que las rentas fueron insuficientes para pagar su presupuesto, siendo preciso que para la conservación del edificio se señalasen 6.000 ducados anuales de la Tesorería de Palacio.

En mayo de 1854 el Gobierno resolvió restablecer la Comunidad de Jerónimos, que durante tres siglos había custodiado con tanto esmero esta joya española, y el día 30 del mismo mes se instaló, con mucha solemnidad y regocijo, la nueva corporación, siendo nombrado Prior el reverendísimo Padre Jerónimo Pagés. Los sucesos del verano de aquel año expulsaron otra vez a los religiosos, y el Escorial volvió a ser administrado por seglares.

El éxito aconsejó algunos años después volverlo a encargar a una corporación de eclesiásticos, la cual se estaba formando, bajo la dirección del citado Padre Pagés, cuando vino de Cuba el virtuoso excelentísimo señor don Antonio María Claret, el cual fué nombrado presidente por la Reina, con encargo de formar una Comunidad de capellanes, un seminario eclesiástico y un colegio de segunda enseñanza, creyendo que era ésta

la mejor manera de cumplir, en las circunstancias actuales, la voluntad y las miras del ilustre fundador.

Esta resolución fué tomada con muy sana intención, y acaso era lo mejor que podía hacerse con relación a los tiempos; pero no creo que fuese en absoluto lo más conveniente. La magnificencia del Escorial exige un culto que solamente puede dar una corporación numerosa consagrada a esto y ordenada como son las corporaciones religiosas. Quien hubiese vista la manera cómo honraban a Dios los Jerónimos, hubiese podido dudar si el Escorial fué hecho para ellos o si la Orden jerónima fué hecha para el Escorial. Todo lo que sea salir de esto será más o menos perfecto y acomodado, pero dejará siempre qué desear. Las Ordenes religiosas, en su respectivo objeto, no se suplen completamente con ninguna otra cosa.

El seminario ha hecho bien a varios jóvenes, que han podido seguir aquí sus estudios; a la Iglesia, a la cual ha dado algunos ministros, y a las letras, especialmente a la Filología, para la cual ha formado algunos profesores; mas no es un seminario regular y de estudios elementales lo que corresponde al Escorial. De haber seminario, debía ser un seminario central, en donde se ampliaran los estudios de los demás seminarios, enseñándose en su progresivo desarrollo todas las ciencias que tienen alguna relación con la eclesiástica. Aquí podrían entonces acudir a com-

pletar sus estudios los jóvenes de más talento y de mejor vocación de todas las diócesis, ya espontáneamente, ya enviados por sus prelados, formándose así un verdadero centro científico y literario eclesiástico, un plantel de profesores clérigos para toda España, y un principio de unidad de pensamiento y de conducta, cuya falta en nuestra patria ha sido y es causa de muchos males.

Las ventajas de un buen colegio de segunda enseñanza son tan evidentes, que no hay para qué mentarlas.

Mas la revolución ha suprimido el seminario, sin ventaja para nadie y con sentimiento de cuantos se interesan por el lustre de la religión y el brillo de las letras. El pueblo de El Escorial ha perdido un elemento de vida, que le proporcionaba no pequeños beneficios. La corporación de capellanes ha sido disminuída, y los que quedan, sin saber fijamente a qué han de atenerse, tratados por la revolución con una indiferencia desdeñosa, sin cobrar nada e ignorando lo que se intentará hacer con ellos, están aguardando de un día para otro que se les expulse definitivamente.

NOTA.—A estos datos históricos dados por el autor hay que añadir otros posteriores, que tomamos de la Biblioteca Espasa:

“La revolución de 1868 declaró bienes nacionales los pertenecientes al convento; también por breve tiempo el rey Amadeo lo cedió a los Escolapios, hasta que en 1875 fué devuelto a la Casa Real, y Don Alfonso XII encargó en 1885 su conservación a los Religiosos Agustinos misioneros de Filipinas, quienes lo custodian en la actualidad.”

II.—UNA EXPULSION DE MONJAS

En esto sonó la campana; nuestros compañeros volvieron a entrar, viniendo con ellos otro viajero que bajaba del Escorial; la locomotora dió un silbido, y echamos a andar.

—Para distraer el tiempo, o para matarlo, podríamos continuar nuestra conversación sobre las monjas—dijo luego el abogado.

—No hay inconveniente—respondí.

Pero el nuevo compañero de viaje pidió para sí la palabra en estos términos:

—Si ustedes me permiten, les contaré la barbaridad de que acabo de ser testigo, toda vez que hablan ustedes de monjas.

—Le escucharemos a usted con gusto—contestamos todos a la vez.

—Yo soy liberal—dijo—; he trabajado por el triunfo de la revolución, y lo que he visto hoy me avergüenza. No extrañen ustedes que me exprese con algún calor: semejante crueldad ni a mi padre se la perdonaría.

El narrador hizo aquí una pausa; arregló su equipaje, y prosiguió de esta manera:

—Había en el Escorial un convento de religiosas, a las cuales se les ha echado esta tarde.

—Hechos como ése se verifican en muchas partes: se cumple la orden del Gobierno—dijo el estudiante.

—Yo no apruebo la orden del Gobierno—dijo el liberal—, porque quiero libertad para todos y para todas: el que quiera casarse, que se case; quien prefiera hacerse fraile o monja, que cumpla enhorabuena su deseo. Cada uno tiene sus gustos, y debe poder satisfacerlos mientras no perjudiquen a nadie. Estos son mis principios, yo no comprendo ni admito la libertad a medias. Pero no es la orden del Gobierno la causa de mi enojo, sino la manera cómo se cumple. Lo que se ha hecho en el Escorial solamente se concibe entre bárbaros.

—Pues ¿qué ha sucedido?

—Anteayer se dictó en Madrid la orden de expulsar hoy a las religiosas, comunicándola al cura y al Obispo auxiliar. Este avisó también al cura con carta de ayer, que ha recibido hoy, casi al mismo tiempo de recibir el oficio, que venía directamente a él. Inmediatamente ha ido a avisar al capellán de las religiosas, y juntos los dos han avisado a la superiora. Siendo la hora de llegar el tren, se han estado los tres en el locutorio, aguardando, con el sobresalto del que van a sentenciar, que llegase de un momento a otro el comisionado, hasta que, pasándose ya el tiempo, y creyendo

que hubiese habido contraorden o algún descuido, los curas se habían ido cada uno a su casa, y la superiora a los actos de comunidad.

—¿Y llegó por fin el comisionado?

—Demasiado que llegó. Cuando las religiosas comenzaron a comer se presentó allí, intimándoles que esta misma tarde había de dejar cerrado el convento. Figúrense ustedes el trastorno de las monjas, algunas de las cuales están enfermas y una está loca. ¡Qué congojas, qué lástimas, qué suspiros! Pero ni los suspiros, ni las lástimas ni las congojas han logrado hacer mella en aquel corazón de hierro. Las infelices han hecho apresuradamente algunos líos, recogiendo las prendas más precisas de su uso, algunas estampas, etcétera; pero los agentes del comisionado se los han deshecho luego, cortando las ligaduras con las navajas, y precisándolas a salir con los hábitos que tenían puestos. Les digo a ustedes, señores, que ver aquello desconsolaba.

—¿Y ha habido alma para tratar así a unas señoras?

—Ustedes no lo creerán acaso, por más que yo mismo lo he visto y oído. Una de las monjas, la sacristana, según creo, metió en su lío un paño de sacristía, y habiéndolo encontrado el registrador, lo levantó en alto, apostrofando a la religiosa con estas palabras: “¡Ladrona del Estado!” El capellán se ha acercado a otro de los agentes, pidiéndole con lágrimas en los ojos que tuviese

compasión de las desgraciadas, y por toda respuesta le ha dicho: “También he sido desgraciado yo, que llevo dos años de presidio.”

—De allí no debería haber salido—exclamó el abogado—. ¿Qué culpa tenían las monjas de que él hubiese estado en presidio?

—Es una manera tonta e inicua de tomar venganza.

—La toman de quienes no les han ofendido.

—La toman de la sociedad en los más indefensos de sus miembros (1).

—Y el comisionado, ¿qué hacía a todo esto?

—Apenas se le ha visto por allí. Hace poco, pasando por delante de la fonda, le vi en el balcón conversando con una ciudadana de Madrid que parece ha traído en su compañía. Señores, ¿no es una vergüenza?

Dejó de hablar el viajero, y yo observé el efecto que en los compañeros producían sus últimas palabras. Mi mirada se encontró con la del anciano, que, al parecer, había igual indagación, y en sus ojos vi asomar una lágrima. El abogado,

(1) Este espíritu de injustificada e inútil venganza se ha visto en muchos revolucionarios y amigos de la revolución. Explicando a uno el triste estado a que se había reducido a unos eclesiásticos, respondió: “Peor estaba Rivero en la cárcel, pues cuando le visité ni tenía silla para sentarse.”

Otro contestó en ocasión análoga: “Que tengan paciencia; yo he pasado mucho tiempo con pan y cebolla.”

Estos hechos son históricos.

con la cabeza caída, parecía entregado a profunda reflexión; el médico buscaba una respuesta cualquiera, y no hallando otra más acomodada, tarareó algo de “voluntad nacional”, como para justificar con ella los hechos que se habían referido.

—Caballero—dijo el del Escorial—, la voluntad nacional nunca podrá excusar medidas arbitrarias e injustas. La voluntad nacional, que o es una palabra vana o significa el acuerdo de la mayoría de voluntades individuales de la nación, está sujeta, como éstas, a las leyes eternas de la moral y del honor que rigen a los hombres. La voluntad nacional puede determinar dentro del círculo de cosas y de ideas puestas bajo el dominio de la libertad y actividad humanas; pero no puede hacer que la mentira sea verdad, ni el mal sea bien, y viceversa, como no puede convertir el día en noche, ni el invierno en verano.

Vi que el abogado escuchaba estas observaciones con conocida satisfacción. Cuando dejó de hablar el que las hacía, le cogió la mano afectuosamente, diciéndole:

—Usted es hombre de leyes, señor.

—Se equivoca usted, caballero; no soy más que un hombre de sentido común. He viajado algo, he leído la historia, he discurrido con el poco juicio que el cielo me ha dado, y eso me basta para juzgar de ese modo. Hay ideas y sentimientos que son comunes a todos los hombres, y forman, por

decirlo así, la base de nuestra razonabilidad. Cuando un hombre se sale de esta base y discurre de un modo diferente que sus semejantes, se le lleva a un manicomio; cuando lo hace un pueblo, los demás rompen toda relación pacífica con él y la Historia le da el nombre de bárbaro. Si, por un castigo de Dios, la moral hubiese llegado a estar por los suelos en esta patria desgraciada, que la voluntad nacional fuese como la del comisionado que ha venido a echar las monjas del Escorial; si nadie tuviese compasión del desgraciado; si nadie guardase consideración al débil; si nadie se guiase más que por el odio y el espíritu rencoroso de venganza, mereceríamos que las demás naciones civilizadas o un nuevo enjambre de bárbaros vieran a arrojarnos de la tierra que manchamos.

—Muy duro está usted, caballero.

—Usted, que parece abogado, podrá decir si estoy justo.

Ni el abogado ni el estudiante de Medicina replicaron.

—Por lo demás—prosiguió el hombre de sentido común—, ese castigo no ha de venirnos, porque la voluntad nacional no está tan pervertida en España que quiera semejantes atropellos ni tales injusticias. Si no lo supiera yo de antes, esta tarde lo habría conocido bien en el Escorial; porque, a excepción de las muy pocas personas que acompañaron al comisionado, todos los vecinos estaban consternados y exasperados; si uno se propasa a

decir “¡A él!”, se levantan como un solo hombre, cogen al comisionado y en brazos o arrastrando se lo traen al ferrocarril. Así es cómo el Gobierno se enajena muchas voluntades y convierte en enemigos suyos a los honrados de todos los partidos.

Después de un rato de silencio, que se conocía ser bastante forzado y penoso por parte de los dos jóvenes, el discípulo de Galeno creyó salir del mal paso en que se había puesto con lo de la voluntad nacional, diciendo:

—La situación no es tan cruel como usted la pinta, caballero; porque respetando el Gobierno a las Ordenes religiosas dedicadas a beneficencia y enseñanza, las monjas podrán continuar en sus casas, abriendo en ellas una escuela y...

El narrador no le dejó concluir la frase. Tirando con enojo el cigarro que había encendido poco antes, y poniéndose cara a cara con el estudiante, exclamó:

—Las monjas del Escorial enseñaban: enseñaban gratuitamente a las niñas del pueblo. Además hacían bien. Un pobre fatuo, a quien llamamos Panduro, al ver salir a las monjas, gritaba alrededor del convento con voz terrible y lastimosa: “¡Ahora me moriré de hambre! ¡Ahora me moriré de hambre!” Me parece—añadió volviendo a su puesto y sacando de la petaca otro cigarro—, me parece, joven, que ahora no censurará usted el enojo que es capaz de sentir un liberal como yo en vista de tales hechos.

El anciano manifestó aplaudir la energía con que fueron dichas las últimas palabras.

Los dos jóvenes no parecían estar convencidos, pero se sentían derrotados, y callaron.

Yo no quise aumentar lo penoso de su situación haciéndoles notar cómo el que persigue a las monjas de oración tampoco respeta a las de enseñanza y beneficencia.

Afortunadamente, habíamos llegado a la estación de Villalba, y la parada del tren dió lugar a los mozos para bajar y separarse de nosotros por tiempo de ocho minutos.

III.—LAS MONTAÑAS

El paisaje que desde la estación de Villalba se descubre no es bello ni pintoresco; pero es imponente y variado. Aunque el invierno comenzaba muy templado, los picos más altos del Guadarrama estaban ya cubiertos de nieve y blanqueaban como la cabeza de un anciano.

Las montañas me infunden siempre cierto respeto religioso.

Ignoro lo que les sucede a los demás; pero a mí, cuando miro esas masas enormes que surcan la tierra en revueltas ondulaciones y levantan sus erguidas cumbres hasta más allá de las nubes, me parecen ser efecto de un esfuerzo de la Naturaleza para acercarse a su Criador, y aun a veces se me figura que la tierra intenta por medio de ellas besar el cielo, como el niño tiende sus manecitas y levanta su cabeza para abrazar a la madre que le dió el ser.

En otras ocasiones mi imaginación sube más arriba, y considerando que bastó un acto puro de la voluntad de Dios para que saliesen de la nada primeramente y después del seno de la tierra las

más extensas y elevadas cordilleras, me persuado que están destinadas a ser perpetuo testimonio del poder y de la sabiduría del Supremo Hacedor; entonces me siento humillado, me anonado ante la infinita majestad del Criador, levemente dibujada en la grandeza de su obra; me recojo dentro de mí mismo; las criaturas desaparecen poco a poco de mi vista corporal, y el espíritu, como si estuviera ya libre de las ligaduras de la materia, vuela, por su virtud contemplativa, a gozarse con las delicias del cielo.

¡Cuán pequeño me parece entonces el mundo visible, cuya magnificencia, sin embargo, me lleva a la consideración de lo invisible! ¡Cuán dignos de compasión los hombres, que, corriendo detrás de las cosas efímeras de la tierra, jamás se acuerdan de la eternidad, y empujados por una criminal avaricia, por una mezquina ambición o por otras pasiones poco nobles, se olvidan de su alma y de Dios, cuya gloria, poder y sabiduría cantan incesantemente los cielos y la tierra!

¡Sí! El poder y la sabiduría de Dios brillan espléndidamente en todas las obras de la creación.

En tan inmensa variedad de seres cada uno ocupa su puesto, completándose y auxiliándose mutuamente con tal concierto que ninguno falta y ninguno sobra; antes, obedeciendo a un plan general que lo domina todo, constituyen la más asombrosa y armónica unidad. Las piezas de un reloj cuando marchan ordenadamente, las letras

de un libro que colocadas convenientemente expresan los grandes pensamientos y los afectos sublimes de los hombres más distinguidos, son débiles ejemplos para expresar la maravillosa combinación de los elementos del universo.

Empero, no salgamos de las montañas.

El hombre ignorante en las cosas de la naturaleza y poco respetuoso para con Dios pregunta tal vez: “¿De qué sirven las montañas?”, así como el católico tibio y poco instruído en materia de religión pregunta: “¿De qué sirven las monjas?”

Uno y otro olvidan que todo sirve en el plan de Dios.

Si el Señor hubiese dejado al libre albedrío del hombre la conservación del orden físico como le dejó el cumplimiento del orden moral, es probable que las montañas hubieran desaparecido de la tierra antes que los conventos.

¡Cuántos viajeros insensatos habrán maldecido el Guadarrama, sus ásperas subidas y sus nevados puertos al tener que pasar de una a otra de las dos Castillas! ¡Cuántos ingenieros habrán mirado con enojado ceño esa cordillera que se opone a su paso y a sus proyectos, como un gigante centinela de la Naturaleza, obligándoles a buscar recodos, angosturas y a dar vueltas y revueltas para abrir una carretera, o precisándoles a prolongar la vía férrea que se extiende por su base como una serpiente enroscada, sin atreverse a subir a las alturas!

Y, sin embargo, el Guadarrama es de grande utilidad a las comarcas que descansan a sus pies.

Y la falta del Guadarrama, si pudiera quitarse, se haría sentir bien pronto, lamentándola los mismos que le suprimieran, como tendrán que lamentar la supresión de las monjas los infelices que la están llevando al cabo.

De la corteza de esa montaña se ha fabricado la maravilla del Escorial; sus cantos, convenientemente labrados, se han convertido en estatuas que causan la admiración del mundo; de ahí se ha sacado la piedra para construir los palacios y las iglesias de Madrid y los demás edificios notables de las cercanías.

Si mañana el enemigo o el fuego destruyesen la capital de España, podría ser reconstruída en breves días merced a esa cordillera, sin la cual distaría aún Madrid de ser una población brillante.

En esos recuetos y barrancos se crían una porción de animales que no podrían vivir en la llanura, los cuales forman la delicia de los cazadores y el placer de los golosos de la capital de España, de Avila y de otras poblaciones más lejanas.

De los bosques que sombrean sus faldas se saca leña para el abastecimiento del miserable hogar de los pobres y de las lujosas chimeneas de los ricos de algunas leguas alrededor.

Estaba haciendo éstas y otras análogas consideraciones, cuando el cielo se oscureció casi repentinamente.

Los que no han vivido junto a las grandes montañas no saben con qué facilidad se producen y reproducen encima y cerca de ellas los más contrarios fenómenos atmosféricos.

Un viento sudeste casi huracanado empujaba a las nubes, sobreponiéndolas las unas a las otras, desvaneciéndolas aquí y condensándolas más allá, y las nubes, amenazando copiosa lluvia sobre nuestras cabezas o, mejor, sobre el tren, pasaban presurosas como si no se atreviesen a abrir sus cataratas.

Yo las contemplaba extático, siguiéndolas con la vista, y las ví llegar al Guadarrama, estrellarse ellas y el viento contra aquellos altos muros. Al instante las nubes que formaban como la retaguardia comenzaron a lloviznar en Villalba; las demás, situadas sobre las faldas del monte, llovían con más fuerza, y las que envolvían como un turbante su cabeza se posaban mansamente en forma de nieve sobre la cima del monte y la mitad superior de sus vertientes.

He ahí otra ventaja de las montañas.

Sin ellas, esas nubes que se deshacen ahora en provechoso riego hubieran seguido adelante, al impulso no contrariado del viento, hasta llegar al mar, dejando tras de sí erial y seca la tierra, que de otra manera humedecen y fecundan. Estos picos a 2.000 pies sobre el nivel del mar quedarán desde ahora para todo el invierno convertidos en estanques y grandes pozos, cuyas aguas, destilán-

dose poco a poco por invisibles grietas y subterráneos caminos, darán origen a frescos manantiales, en donde en el verano apagarán su sed los sencillos pastores, los fatigados viajeros y los cazadores; los manantiales, juntándose por entre los peñascos o por debajo del césped, formarán arroyos, que más allá se convertirán en ríos y volverán al mar, receptáculo general, centro de ese círculo, y que podríamos llamar el corazón de la tierra.

Más adelante, en llegando la época de los calores, los zagales, conduciendo sus ganados al son de la zampoña, vendrán desde lejanas tierras a buscar en esas laderas el pasto y la frescura que, sin las montañas, en ninguna parte podrían encontrar...

¡Yo os saludo, elevadas montañas, y al recordaros bendeciré siempre a Dios, que de tantos beneficios para el hombre os hizo depositarias!

IV.—ARMONIAS NATURALES Y RELIGIOSAS

La campanilla de la estación y la vuelta de los compañeros me distrajeron de estas consideraciones, recordándome que no había ido allí para contemplar el Guadarrama, sino para pasar adelante hacia Madrid.

Los jóvenes no se acordaban ya de las religiosas o hacían como que las olvidaban, pues trataron ligeramente de varios asuntos sin volver a preguntarme: “¿De qué sirven las monjas?”

Yo, que se lo quería manifestar antes de que nos separásemos al terminar el viaje, tuve precisión de recordarles la conversación comenzada antes y pedirles permiso para proseguirla.

—La unidad y el orden—dije yo—constituyen el carácter más distintivo de las obras de Dios. Todo está hecho por Él en número, peso y medida; cualquiera de las especies creadas que se suprimiera o quitase de su lugar llevaría consigo un gran trastorno o la total destrucción del mundo. Suponed que el sol tuerce un día su camino, alejándose o acercándose un poco a la tierra: en el

primer caso, los ríos dejarían de correr, el mar se convertiría en una resbaladiza esfera de cristal, la savia se secaría dentro de los árboles, la sangre se helaría en nuestras venas y la vida desaparecería de este mundo; en el segundo caso, por el contrario, todos los líquidos se evaporarían, desde la sangre del animal hasta el agua del arroyo que se desliza por debajo del césped, engendrando flores, y la muerte vendría igualmente a dominar sobre el universo. La noche y el día, el invierno con sus escarchas y el estío con sus calores, son continuación el uno del otro y todos necesarios para que se cumplan los fines de cada ser.

—De esto estamos persuadidos—me dijo aquí el estudiante de Medicina—; nadie como nosotros conoce la profundidad y armonía de las leyes de la creación. El médico, si no es materialista, es el hombre religioso por excelencia, porque nadie como él debe reconocer a cada instante la sabiduría y el poder de Dios.

—Esa sabiduría y ese poder se revelan en todas sus obras—repuso el abogado—, y las leyes de la materia no son más admirables que las leyes del espíritu, ni la profundidad de vuestros misterios infunde más fe que la alteza de los misterios morales que estudiamos nosotros.

—Los misterios de la gracia que el sacerdote encuentra cada día en el ejercicio de su ministerio son aún más profundos y maravillosos que los misterios de la Naturaleza, en cualquier orden de

fenómenos en que se los considere—añadí yo.

—En esto no puedo hablar—dijo el viajero del Escorial, porque no soy sacerdote, ni médico, ni abogado; pero la mano de Dios la veo en todas partes, siendo bastante para conocer la grandeza de su poder y de su sabiduría tener lo único que tengo yo: un poco de sentido común. Lo que usted decía antes —añadió dirigiéndose a mí— de que una alteración cualquiera en el orden establecido por Dios en la naturaleza llevaría consigo una perturbación general es tan cierto, que, según tengo observado, después de un invierno sin frío o de un verano sin calor hay siempre muchas y peligrosas enfermedades. Cuando en invierno esas montañas—y señalaba las del Guadarrama, que íbamos dejando “a paso de tren”—no se cubren de nieve, los arroyos se secan antes de terminar la primavera, llueve menos, los prados no dan hierba y el ganado se muere de hambre y de sed.

—Así debe de suceder; pero nos apartamos de nuestro objeto. Usted ha dicho que iba a hablar otra vez de las monjas, y tratamos de cosas muy diferentes.

Esta observación fué hecha por el abogado.

—Sin embargo, la conversación que hemos tenido servirá a mi objeto—repuse yo.

—Veamos.

—Siendo el Catolicismo obra de Dios, deben reinar en él la misma unidad, la misma armonía

y el mismo "número, peso y medida" que reinan en la naturaleza material; y aun, si cabe, debe reinar con más maravilloso concierto y más sabia economía, en cuanto el orden moral aventaja al natural; y la religión es, en efecto, una revelación extraordinaria y milagrosa, para cuyo complemento el mismo Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros.

—Sospecho lo que va usted a decir — dijo el abogado.

—Voy a decir que si el universo material necesita de todas sus partes para alcanzar el destino que le señaló el Criador, el catolicismo, que es el universo moral, necesitará también de todos los elementos que le integran y le constituyen, según la voluntad y los designios de su divino Fundador. Pretender un Catolicismo sin alguna de sus partes constitutivas, un Catolicismo distinto del establecido por el Salvador, es como querer un mundo sin sol, un año sin invierno, un universo distinto del que salió de la nada al impulso de la voz de Dios; es querer que las ramas desgajadas del tronco y separadas de las raíces den peras, como quería el amigo de quien antes hablé. Los hombres, no pueden hacer estos milagros; si lo intentan, sirven solamente para su descrédito y su perdición.

—Quiere usted decir que las monjas son una parte del Catolicismo, y que en donde se las echa se ataca y menoscaba la religión, como si a un re-

loj se le quitara alguna de sus ruedas—dijo el del Escorial.

—Eso es—respondí—. Dios sostiene el Catolicismo en medio del oleaje de las pasiones humanas, representadas ora por un Nerón, ora por un Lutero, valiéndose de medios maravillosos, que son una prueba incontestable de su divinidad; y el reloj, movido, digámoslo así, por Dios, marcha, aun cuando los hombres le hayan quitado o creído quitar alguna rueda; pero de parte de éstos, bien se puede asegurar que al suprimir las Ordenes religiosas truncan el Catolicismo, coartan su libertad, limitan sus manifestaciones más sublimes y generosas y le cortan en cierta manera las raíces, como el amo del peral.

—¿Es usted acaso fraile?—preguntó el abogado.

—Mis bigotes desmentirían esa suposición.

—Podría usted haberse disfrazado. Ayer vi en Avila a tres o cuatro caballeros que por su porte parecían realmente seglares, y después supe que eran jesuitas—dijo el médico.

—Esa es otra de las ventajas de la libertad traída por la revolución de septiembre; poco podrán alabarla los jesuitas y religiosos que, para librarse de insultos, han debido, contra su gusto, comenzar el Carnaval con tres meses de anticipación. La libertad ha de ser igual para todos, porque si no es igual para todos no es tal libertad; así lo dice un periódico liberal que ha comenzado a publicarse en estos días—dijo el vecino del Escorial.

—Yo no soy fraile—continué. Pero soy católico y he estudiado algo la religión, juzgando un deber de todo asociado el conocer los reglamentos y el objeto de su asociación; he visto que la religión es divina, como debe serlo la religión verdadera, y, por consiguiente, que los hombres no pueden alterarla sin declararse en rebelión contra Dios; he vislumbrado su bellísima armonía, la unidad absoluta de su plan, la divina economía y dependencia recíproca de todas sus partes y he deducido de ahí que suprimir cualquiera de ellas es exponerse a quedarse sin las demás. Si la religión fuese obra de los hombres, podrían ellos añadir o quitar a la manera que se estrechan o ensanchan las ordenanzas municipales; siendo obra de Dios, a nosotros solamente nos incumbe acatarla y cumplirla para corresponder a nuestra feliz vocación. Preguntar ahora de qué sirven las monjas es como preguntar de qué sirve una rueda en el reloj, las raíces en el árbol, el sol en el universo; equivale a preguntar a Dios la razón de su obra, como quien duda de su sabiduría y pretende corregírsela.

—No lo decía yo para tanto—dijo el médico.

—Me alegro, aunque no lo extraño, porque en tratándose de religión es muy común hablar sin atender a las consecuencias de los principios que se sientan. Mas las cosas son como son y no como se le antoja pintarlas a un artista hábil y caricaturero. Un espíritu despreocupado debería discu-

rrir así: Jesucristo es Dios; el Catolicismo es obra de Jesucristo; luego el Catolicismo es divino; es decir, completo, sin sobras ni faltas, y todos los elementos que le constituyen deben de tener un objeto levantado y servir al fin general. Sólo negando alguna de las primeras proposiciones puede negarse la última, que forma la conclusión del argumento; pero el que niegue cualquiera de aquellas premisas no es católico.

—La argumentación de usted es concluyente —dijo el abogado—; pero debería usted probar que las Ordenes religiosas son parte integrante del Catolicismo e instituídas por Jesucristo.

—Eso no será difícil, si el tiempo lo permite antes que lleguemos a Madrid.

V.—LAS MONJAS EN EL EVANGELIO

Los jóvenes y viajeros del Escorial se acomodaron mejor en el asiento, encendieron un cigarro y yo proseguí en estos términos:

—No siendo posible explicar pormenores y diferencias de orden, ni las razones en que se funda cada una, me limitaré a lo que constituye el carácter esencial y común a todas las Ordenes religiosas.

—Supongo que no dirá usted que sea lo que asegura la crítica moderna, respecto al fin de las Ordenes religiosas.

—La crítica moderna—respondí—ha adelantado bien poco a la crítica antigua.

—Sin embargo—replicó él—, tiene muchos más datos en que fundar sus juicios.

—Pero le falta imparcialidad; y tratándose de cuestiones religiosas suele faltarle hasta la instrucción necesaria.

—Está usted muy duro e incisivo contra la civilización moderna.

—Yo no quisiera ser duro con nadie, sino justo con todos; pero la verdad es que la revolución ac-

tual no puede predisponer nada en favor de la civilización moderna. La expulsión brusca y desconsiderada de las religiosas del Escorial, que el caballero ha contado ¿es civilización? La supresión "ab irato" del seminario establecido en el monasterio ¿es civilización? La disolución de la corporación de capellanes, dejando a la grandiosa basílica sin culto y a esa invalorable joya de la religión y de las artes sin custodios ¿es civilización? Si tal es la civilización moderna todos los hombres civilizados deben renegar de ella. Mas dejemos esto, que no es el punto de la cuestión.

El abogado hizo seña a su compañero que no replicase, e iba yo a continuar cuando, habiendo llegado ya a la estación de Las Rozas, se despidió de nosotros y bajó del tren el viajero del Escorial, entrando en su lugar un sacerdote.

Persuadido de que éste desempeñaría mejor el oficio que había tomado a mi cargo, se lo indiqué, suplicándole que demostrase a los compañeros (puesto que a mí no debía convencerme) que la vida religiosa tiene su origen en el Evangelio.

En cuanto el Padre se hubo enterado de la cuestión tomó la palabra, y se expresó en estos términos:

—Deberán ustedes permitirme, señores, que recuerde aquí algunos principios de todos sabidos, pero con sobrada frecuencia olvidados, que han de servir de base a las consideraciones que voy a exponer, correspondiendo gustoso al honor que us-

tedes me dispensan y a la invitación de este caballero.

—El hombre no ha sido creado sólo para este mundo; su fin es más elevado, como se lo dicen de continuo esa sed de saber y de gozar que le devora y que la ciencia y los placeres de la tierra jamás lograrán satisfacer.

—Estamos conformes—dijo el abogado.

—Por consiguiente—continuó el sacerdote—, los hombres que únicamente piensan en las cosas terrenas se olvidan de la parte principal de su destino y rebajan su propia dignidad. Cuando este olvido se hace general en la sociedad, entonces la misma sociedad degenera, se rebaja, y, roto el freno de lo sobrenatural, corre desatentada hacia su ruina; porque bien pronto no dominan en ella, sino la fuerza bruta y la fuerza de seducción, empleadas y movidas por bastardas pasiones.

—¡Es verdad—le dije, apretándole la mano en señal de satisfacción. Los demás nada opusieron a las afirmaciones del digno sacerdote, que prosiguió así:

—Tal era el estado de la sociedad humana cuando Nuestro Señor Jesucristo vino al mundo para redimirlo y restaurar todas las cosas, oponiendo a cada vicio una virtud, a cada enfermedad una medicina. A la concupiscencia de la carne que roe, por decirlo así, en sus mismas raíces la naturaleza del hombre y de la familia, opuso la castidad más absoluta, adecuada a los varios estados de la vida:

al orgullo y a la soberbia, que tiraniza o desespera, opuso la humildad y su compañera la justa obediencia; a la avaricia y al afán desmedido de atesorar riquezas, opuso el perfecto conocimiento de su vanidad y la pobreza voluntaria; al odio con que se aborrecían las diversas razas y las clases y los hombres de una misma raza opuso la caridad, que las junta a todas, formando del linaje humano una sola familia de hermanos, cuyo Padre es Dios, que está en los cielos. Finalmente, para recordar a los hombres su alto origen y gloriosos destinos, levantarlos de la postración en que habían caído, despertar sus nobles instintos y señalar a sus aspiraciones un objeto superior, grande, infinito, un ideal de perfección insuperable, les dijo: "sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto". Sólo así podía la sociedad ser detenida en su precipitada decadencia y preservada de su total ruina.

El sacerdote se paró un momento, observando el efecto producido por sus palabras en cada uno de nosotros; el resultado de la observación debió serle satisfactorio, pues volvió inmediatamente a tomar la palabra.

—Mas la sociedad—dijo—estaba ya tan cerca del abismo, las inteligencias estaban tan perturbadas y tan debilitados los corazones, que las enseñanzas de Jesús les parecían a muchos una paradoja, y la sublimidad de su moral, una locura. Hasta los que habían participado de los beneficios maravillosos de su omnipotencia se retiraban a

veces escandalizados, murmurando: “Dura es esta palabra; y ¿quién le puede oír?” (1).

Era necesario que a la palabra acompañase el ejemplo, manifestando prácticamente la posibilidad de seguir el vuelo que al espíritu humano imprimía el Salvador. Por esto, habiendo impuesto como precepto a la nueva sociedad, en general, lo que para su salvación era indispensable, llamó a algunas almas privilegiadas, inspirándolas con su gracia el valor necesario para pasar más allá del límite señalado a todos como obligatorio y formando con ellas otra sociedad más reducida y más perfecta.

Desde el principio de la predicación de Jesús pueden observarse en el Evangelio los delineamientos de estas dos sociedades. Mientras la generalidad de los que se llamaban discípulos, después de haberle oído y creído en El, volvían a sus negocios y al cuidado de sus familias, corrigiendo en su conducta privada y pública todo lo que habían conocido ser desordenado y excesivo; otros, más fervorosos, abandonaban completamente las cosas del mundo y le seguían a todas partes, de noche y de día, consagrándose por entero al estudio y a la práctica de la nueva doctrina, para ser participantes de las “Bienaventuranzas” celestiales.

Cuánta gloria daba a Jesús este linaje de dis-

(1) “Durus est hic sermo: et quis potest eum audire?”
(Joann., VI, 61.)

cíbulos más perfectos y cuánto había de estimular a los demás su ejemplo; no hay para que ahora lo pondere. Ustedes lo comprenderán fácilmente.

Para pertenecer a la primera sociedad, es decir, para salvarse, bastaba cumplir los mandamientos; para ser de los perfectos debíanse, además, practicar los consejos.

Entre otros pasajes que lo demuestran con esplendente claridad, es notable aquél en que lo manifestó Jesucristo terminantemente a un joven. Ninguno de ustedes ignora, probablemente, esa historia; pero no será demás el recordarla brevemente.

Era un joven muy rico, que, deseoso de salvarse, y lleno de confianza en Jesús, fué y le dijo: “Buen Maestro, ¿qué debo hacer para salvarme?” —Jesús le respondió: “Si quieres entrar a la vida guarda los mandamientos” —“¿Cuáles?”—replicó el joven. Jesús le dijo: “No matarás; no cometerás adulterio; no hurtarás; no levantarás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo”. —Repuso el joven: “Esos mandamientos los guardo ya; ¿qué más me falta?” —Y le dijo Jesús: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y da a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; y ven y sígueme” (1).

Ved ahí, señores—continuó el sacerdote—, la

(1) Matt., 12, 21.

vida de perfección instituída y ordenada por Jesucristo.

El evangelista advierte que aquel joven, habiendo oído las explicaciones de Jesús, se retiró triste. No tuvo valor para dejar del todo las cosas del mundo y seguir a Jesús; pero lo que a él le faltó otros lo tuvieron.

Lo tuvieron los Apóstoles y otros discípulos, que fueron como los primeros frailes; y lo tuvieron aquellas santas mujeres, que ni en el Calvario abandonaron a su Maestro, a las cuales podemos mirar como las primeras monjas.

Porque, señores, la esencia de la vida religiosa consiste precisamente en esto: en renunciar completamente al mundo, por el voto de pobreza; seguir a Jesucristo, renunciando a la propia voluntad por el voto de obediencia, y renunciar, por el voto de castidad, a todas las satisfacciones de la carne, para ser digno de acompañar al Cordero sin mancha. La variedad de forma con que esto se hace y las obligaciones particulares añadidas a las anteriores, según las circunstancias de lugar y tiempo, constituyen la diversidad de Ordenes religiosas que, como flores exquisitas, adornan el jardín de la Iglesia.

—De modo—dijo el abogado—que los frailes y las monjas son los herederos del espíritu de los Apóstoles y de las mujeres del Evangelio; esto es, la porción escogida del rebaño de Jesucristo.

—Sí, señor, ¿qué duda tiene?—respondió el

sacerdote—. Ellos, a imitación de los Apóstoles y de aquellas santas mujeres, han renunciado a los bienes terrenos que poseían y a la eventualidad de aumentarlos; han dejado a su familia y a la esperanza de formar otra; hasta renunciaron de buena gana a todas aquellas ilusiones que en la juventud embellecen nuestro porvenir con los brillantes colores de la fantasía, y se consagraron enteramente al servicio de Dios.

El médico, queriendo echarla aquí de gracioso, dijo a su compañero:

—¿No has oído que los frailes y monjas son perfectos?

—Yo no he dicho eso, caballero—replicó el sacerdote—. Yo he dicho que su estado es de perfección. Si todos ellos son o no perfectos, cada uno lo verá en el tribunal de Dios. ¡Desgraciado aquel que, como Judas, profane ese estado, e infiel a su vocación vende a su Maestro! Mas a aquellos que, siguiendo el ejemplo de los demás Apóstoles, perseveren en su fervor hasta el fin, Jesucristo les dirá: “Vosotros, que me habéis seguido, recibiréis centuplicado y poseeréis la vida eterna” (1).

(1) Matt., 19, 28. El pasaje completo dice así: “Pedro (después que se fué el joven) dijo a Jesús: Ya ves que nosotros hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido: ¿qué habrá, pues, para nosotros? Y Jesús les dijo: En verdad os digo que vosotros que me habéis seguido en la regeneración, cuando el Hijo del hombre esté sen-

—Supongo que usted sabrá—dijo el abogado al sacerdote—que en todos tiempos hubo hombres de temple más levantado que abandonaron el mundo; tales fueron, por ejemplo, Sócrates, Diógenes, Crates, etc., a quienes no se ha canonizado toda-

tado en el solio de su majestad, estaréis también sobre doce sillas para juzgar a las doce tribus de Israel. Y cualquiera que deje su casa, hermanos, hermanas, madre, mujer, hijos, haciendas por causa de mi nombre, recibirá centuplicado y poseerá la vida eterna.” Nótese cómo en esta respuesta del Salvador quedan indicados el voto de pobreza en el abandono de las casas, haciendas, etc.; el voto de castidad en el alejamiento de la mujer; el voto de obediencia religiosa (más claramente expresado en otros pasajes) en el hacer esas cosas por amor de Dios, que es lo que las santifica y da mérito.

San Jerónimo hace la siguiente observación sobre la respuesta del Salvador a San Pedro. “No dijo: “Los que habéis dejado todas las cosas”, pues esto lo hizo también el filósofo Crates, y otros muchos despreciaron las riquezas, sino “Los que me habéis seguido”, lo que es propio de los apóstoles y creyentes.”

El venerable Beda hace esta profunda reflexión: “Acaso no le cueste al hombre dejar sus cosas; pero le cuesta mucho renunciarse a sí mismo. Poco es dejar lo que tiene, pero es mucho más dejar lo que es, lo que se cumple por la obediencia.”

Hablando de la continencia, San Gregorio distingue dos clases de continentes: “Los hay—dice—que se guardan del apetito exterior..., sin querer recibir por sus trabajos el aplauso de los hombres, y los hay que afligen su cuerpo por la abstinencia, queriendo recibir favores humanos por esta mortificación.”

vía ni usted contará probablemente en el número de los perfectos.

—Esto prueba— contestó el sacerdote—que las almas superiores, no pudiendo satisfacerse con la posesión de la materia, necesitan salirse del mundo de los sentidos para espaciarse por las regiones del espíritu. He ahí otra ventaja de las Ordenes religiosas. Jesucristo, que vino para salvar a todos, no podía descuidar a esas almas de temple más levantado, y creó, por decirlo así, para ellas los horizontes ilimitados de la perfección evangélica.

—Magnífica idea—exclamé yo, interrumpiendo al digno sacerdote—, para contestar a los que preguntan ¿para qué sirven las monjas?

El abogado y el médico se sonrieron, sin que lo advirtiese el sacerdote, quien prosiguió de esta manera:

—De buena gana desarrollaría este pensamiento si el tiempo lo permitiera; pero vamos a llegar luego a Madrid y prefiero responder a la observación del caballero.

—Es cierto que varios personajes han dejado el mundo—añadió—; pero su desprendimiento no se puede comparar con el de los discípulos de Cristo, ni por el motivo que los impulsaba ni por el fin que se proponían. Cuéntase que habiendo uno de esos filósofos visitado a Platón, que no era de ellos, se complacía en hollar con pie sucio las ricas alfombras del “divino”, diciendo: “Así piso la so-

berbia de Platón; a lo cual éste respondió, si no miente la crónica: "Pero la pisas con otra soberbia."

En efecto, a aquellos hombres los llevaba a separarse de la sociedad el conocimiento que tenían de su vanidad y miserias, cuando no era la desesperación o el orgulloso anhelo de distinguirse; y como no conocían ni encontraban nada mejor y más puro, caían luego en el abatimiento o en el ridículo. La sociedad no sacaba de ellos, a no ser alguna sátira demasiado amarga o alguna pulla indecente, a las cuales contestaba llamando perros ("cínicos") a los que las proferían. En semejante desprendimiento, en vez de mérito, había una grave falta, puesto que quitaban a la sociedad un ingenio y facultades que, mejor empleados, la hubieran enaltecido, contribuyendo al bien de todos.

Los Apóstoles y los cristianos perfectos, al contrario, inspirándose en el Evangelio, que es como su partida de nacimiento, si han abandonado el mundo ha sido para seguir a Cristo; no han despreciado la sociedad común, sino que se han hecho superiores a ella; han huído de los aplausos de los hombres, solamente para asegurar la aprobación de Dios, y, libres así de todo compromiso y ajenos a toda aspiración menos noble, han podido hacer el bien en mayor escala, socorrer toda clase de necesidades privadas y públicas y alumbrar con la luz de la fe y de su inteligencia más dilatados horizontes. ¡Cuánto bien no ha hecho a la civiliza-

ción un San Francisco Javier! ; Cuánto a la humanidad un San Vicente de Paúl!

¿Y qué hubiera sido de esas y de otras almas ardientes sin las Ordenes religiosas? Probablemente el primero no habría pasado de ser un abogado de Pamplona y el segundo un pastor de los Pirineos; uno y otro vivieran desconocidos y fatigados en lucha incesante y dura entre la grandeza de su espíritu y la pequeñez de las cosas terrenas.

—Jamás había considerado bajo ese punto de vista a las Ordenes religiosas—dijo el abogado.

—Para conocer las enfermedades—replicó el sacerdote—es preciso ser médico; para sentenciar un pleito es necesario haber estudiado leyes, y para comprender las bellezas y sublimidad de la religión es indispensable haberlas aprendido y meditado.

Vi con satisfacción que estas observaciones, al paso que hacían brillar cierta sonrisa de alegría en los labios del anciano, hacían reflexionar a los jóvenes, especialmente al abogado, los cuales ya no se reían como al principio. El sacerdote continuó:

—Cuando, siguiendo la carretera, atravesamos un valle, no vemos sino los zarzales y plantas silvestres que crecen espontáneamente a orillas del camino; pero si luego subimos a la cumbre de la montaña que domina la llanura, el ánimo descansa y se deleita con la vista de los extensos campos cubiertos de doradas mieses; de prados frondosos, en donde pace ganado numeroso y variado; del

río, que aquí salta con estrépito, levantando nubes de espuma, allí corre mansamente en línea recta o serpentea y se revuelve cuando no puede vencer los obstáculos que halla al paso, y de las aldeas, caseríos, iglesias y castillos esparcidos por la comarca.

Así, no estudiando la religión sino de paso, y tal vez por las noticias de sus enemigos, no es fácil llegar a conocerla como es, perfecta, buena, hermosa y divina. Pero cuando se la medita con recto deseo y desde una esfera superior a la carne y al mundo, entonces se ve a la tierra colmada de sus beneficios se descubre la providencia especial con que Dios la sostiene y se ven las instituciones católicas saliendo del Evangelio como el río sale de la fuente; crecer y ensancharse y recorrer toda la redondez de la tierra derramando por todas partes, a su paso, frescura, vida y espiritual fecundidad.

—El señor es casi poeta—dijo el médico, queriendo decir del sacerdote.

—Si en lo que digo hay sublimidad y poesía, atribúyala usted al asunto, no a mí, porque soy prosaico en extremo y no son los tiempos de ahora para que los clérigos nos entreguemos a la poesía.

—Confieso que ese estudio de la religión yo no lo he hecho todavía; pero me hace usted venir deseos de hacerlo en cuanto tenga alguna oportunidad—dijo el abogado.

—¡Ojalá la tenga usted pronto!—exclamó el

sacerdote—; entonces verá usted perfectamente cómo las Ordenes religiosas son parte integrante de la religión católica; la cual, sin ellas, no merecería este nombre, que significa universal, puesto que no abrazaría a las almas mejor dispuestas para el bien, y, digámoslo así, más espirituales; entonces verá usted que Jesucristo entre los hombres y María Santísima entre las mujeres fueron los primeros que practicaron de un modo perfecto las virtudes de obediencia, pobreza y castidad, sobre las cuales, como sobre fuerte cimiento, se levantó y sostiene la vida religiosa; en una palabra; entonces verá usted que ésta fué instituída por Nuestro Señor Jesucristo.

—No me pesa haberle oído a usted—dijo el abogado—, porque a uno los negocios le llevan siempre tan atareado que apenas queda tiempo para pensar en esas cosas.

—Y, sin embargo, son las más, las únicas importantes.

El sacerdote llevaba trazas de continuar por este camino, cuando se abrió la portezuela del coche y un empleado del tren nos pidió los billetes.

Ibamos a llegar a la estación de Madrid.

El caballero anciano abrió su cartera, y, dando a cada uno una tarjeta, dijo:

—Espero que no será ésta la última vez que nos veamos. Yo he sido también enemigo de las monjas; ahora no lo soy, y deseo poder, con más tranquilidad, explicar a ustedes mi conversión. En

todo caso, la tarjeta les dirá a quién y en dónde pueden ustedes pedir los servicios de mi inutilidad en cuanto yo valga.

Las palabras del viajero y el tono con que las dijo indicaban que había en su fondo algo que no suele haber en los cumplimientos que se hacen al bajar del tren, entre personas que no piensan volver a verse jamás.

Los jóvenes, correspondiendo a su cortesía, le entregaron también sus tarjetas.

Lo mismo hice yo.

El sacerdote dijo:

—No puedo darles a ustedes tarjetas porque no las tengo; pero preguntando por el Padre Atanasio López en el colegio del Carmen sabrán ustedes siempre en dónde espera sus órdenes éste su servidor.

Vi que el anciano se apresuraba a apuntar la dirección del capellán y yo hice lo mismo casi maquinalmente.

Estábamos en Madrid. El tren paró. Abriéronse las portezuelas y todos nos echamos afuera. Entre el oleaje de gente perdí luego a los dos jóvenes. Un coche particular aguardaba al anciano; el sacerdote tomó un coche-simón; yo me metí en uno de la Administración Central, dirigiéndome después a pie a mi casa.

VI.—MADRID DESPUES DE LA REVOLUCION

Hacia ya algún tiempo que yo no había estado en Madrid, pero debo confesar que, aun sabiendo que había pasado la revolución, me sorprendió el cambio durante mi ausencia verificado.

Al llegar a la Puerta del Sol me llamó la atención la gritería varia y destemplada de los vendedores de periódicos, hojas sueltas y “extraordinarios”, que no cesaban de pregonar en todos los tonos y llaves del método musical los nombres más extraños: “¡El manifiesto del Gobierno!” “¡El indulto concedido por el general Prim!” “La sotana enemiga de la libertad!” “¡Historia secreta de Isabel de Borbón!” “¡El extraordinario que acaba de salir ahora!” “¡La Democracia federal!” “¡Abajo los Borbones!” “¡Carta que Narváez ha escrito desde el quinto abismo del infierno!” “¡Lo que son los jesuítas!” “¡La libertad de ahora!”

Entre tantos títulos papeleros como oí en pocos momentos me chocó especialmente el último. ¿Si la libertad de ahora—me dije—será distinta de la de antes? ¿Si no se tratará ya de la libertad natu-

ral humana? Y en efecto, así parece; pues entre tantos papeles contrarios más o menos a la religión ninguno se vocea en su favor.

Acerquéme a un muchacho que venía cargado de periódicos y le pedí un papel católico.

—Esos no se venden—me contestó—. Será usted un neo. Y siguió adelante.

Comprendí que no me convenía repetir mi inocente demanda.

Pero a una novedad seguía otra novedad.

Delante del Ministerio de la Gobernación se extendía un numeroso grupo de gente armada, y temí que se preparase alguna demostración; pero pronto supe que era el relevo de la guardia del Principal, formada por voluntarios de la libertad, a quienes acompañaban o iban a buscar sus compañeros.

Junto a mí oí a dos caballeros sostener el siguiente diálogo:

—¡Qué soldados esos voluntarios de la libertad! El uno con gorra, el otro con chambergo, éste con alpargatas, aquél con zapatos o con botinas..., y luego tan satisfechos con su fusil al hombro, que parecen ser los héroes de la función.

—Y no puede negarse que se les debe mucho; ellos han salvado el orden, cuando los que debían vigilar por su conservación no pensaban sino en intrigar.

—Esos hombres no saben nada, ni sirven más que para carne de cañón.

—Sirven para lo que vemos. En cuanto a saber, es verdad que muchos no sabrán acaso leer siquiera; pero saben que no se debe obrar mal.

—Son hombres del pueblo.

—Son hombres del pueblo español, que es, sin duda, el pueblo más moral del mundo. ¿En qué país se ha visto que el pueblo, dueño de las armas y del poder por muchos días, no sólo no haya cometido ningún exceso, sino que los haya impedido? Ese pueblo es digno de toda alabanza, y yo me glorio de pertenecer a él.

—Yo, español soy, puesto que nací en esta tierra de garbanzos; pero de la clase del pueblo me saldré a la primera oportunidad. Para eso he tomado tanta parte en la revolución.

—¡Quiera Dios que no maleéis a ese pueblo generoso y delicado!

—¡Hombre! ¿Por que dices eso?

—Porque, francamente, según la marcha que van tomando las cosas, me temo que ese carácter generoso e hidalgo que nos distingue pronto lo perderemos.

—¿En qué te fundas?

—Me fundo en que siendo debido a la educación religiosa que recibimos, y, por decirlo así, al aire católico que respiramos, gracias a la Unidad, desapareciendo la causa desaparecerá también el efecto. Las disposiciones anticatólicas del Gobierno contra las Ordenes religiosas de ambos

sexos y el derribo de las iglesias están produciendo ya un efecto fatal.

—¡ Eres un neo!

—Esa es tu respuesta de siempre cuando no tienes qué contestar.

El llamado neo tenía razón.

Antes de salir de la plaza, pasando por delante de una estampería, hube de cerrar los ojos para no ver las láminas indecentísimas expuestas a la vista del público, que una porción de niños y niñas estaban contemplando.

—¿Qué va a ser de esos niños?—me preguntaba a mí mismo—. ¿Qué pensamientos y qué conversaciones tendrán cuando se alejen de aquí? ¿Qué soñarán esta noche? ¡Tal vez algunos han salido de casa conservando la inocencia bautismal, y al volver a ella irán con el agujijón de la mala curiosidad en el entendimiento y el fuego de la concupiscencia en el corazón!

Mas bien pronto me persuadí tristemente de que el escándalo de que me lamentaba era un mal pintado en comparación de otro que hube de presenciar.

Ya había visto por la Puerta del Sol y calles inmediatas a una porción de... señoras sueltas y de aspecto sospechoso que antes no solían verse; pero no me atrevía a creer que fuese tan profunda la herida causada a la moralidad pública con pretexto y a causa de la revolución.

Al entrar en una calle menos concurrida, aun-

que bastante céntrica de la ex coronada villa, salieron de los portales cuatro o cinco jóvenes descocadas llamándome con las frases propias de su lenguaje particular (1).

¡Qué impresión tan triste me causó semejante espectáculo!

Nunca me había sucedido cosa parecida en tantos años que llevo de residencia en Madrid.

No es esto decir que antes no hubiese, desgraciadamente, muchos focos de corrupción; pero ni tantos ni tan manifiestos.

—¡Jesús!—dije yo—: ¿Ese es el fruto de la revolución?

—Sí, señor—me contestó un caballero que ve-

(1) (Histórico.) Hasta aquel día no había comprendido bien el pasaje de los Proverbios, en que se avisa contra la "mulier ornata meretricio, praeparata ad capiendas animas; garrula et vaga, quietis impatiens, nec valens in domo consistere pedibus suis, nunc foris, nunc in plateis, nunc juxta angulos insidians. Aprehensumque deosculatur juvenem, et procaci vultu blanditur; irretivit eum multis sermonibus, et blanditiis labiorum protraxit illum. Statim eam sequitur quasi bos ductus ad victimam, et quasi agnus lasciviens, et ignorans quod ad vincula stultus trahitur, donec transfigat sagitta jecur ejus; velut si avis festinet ad laqueum, et nescit quod de periculo animae ejus agitur". ¡Ay del joven que en semejantes tiempos debe venir a Madrid sin un ángel o una voz amiga que le diga de continuo: "No se deje arrastrar tu corazón en los caminos de ella, ni seas engañado en sus senderos. Porque a muchos derribó heridos, y los más fuertes fueron muertos por ella!"

nía detrás de mí y oyó aquella exclamación—. Parece que se ha quitado a las monjas la libertad de servir a Dios para darla completa a las mujeres de mal vivir. Y es natural que así sea—añadió.

—¿Natural?

—Oiga usted, joven—dijo, poniéndose a mi lado para hablar con más comodidad.

Yo presté atención, y el caballero habló en estos términos:

—Las monjas, siguiendo los consejos del Evangelio, practican la moral más pura y realizan el ideal de la virtud; son lo más sublime de la nueva creación hecha por el cristianismo.

Por el contrario, esas infelices, seducidas y seductoras a la vez, puestas en el último término de la degradación moral, despreciadas de la sociedad mundana, que se sirve y abusa de ellas, compadecidas solamente de las almas cristianas que evitan su roce cuando no las hallan en el hospital, representan los restos del paganismo quedados en el campo cristiano, como quedan siempre algunas malas hierbas entre el trigo para ocupar al labrador: son la antítesis de las monjas.

Estas dos instituciones—si tal nombre merece la segunda—son la una a la otra como los dos extremos de un diámetro, como los dos polos del eje alrededor del cual gira el mundo social, como la luz y las tinieblas.

—Quiere usted decir que cuando una sube otra baja; cuando aquélla es perseguida, ésta crece, se

dilata y se ufana, extendiéndose sobre la tierra como las sombras de la noche cuando se aleja el sol.

—Adivina usted mis pensamientos. A la manera que los términos de la tierra no pueden estar alumbrados a un mismo tiempo, así esas dos clases de mujeres no pueden disfrutar de libertad a la vez.

Si la educación es religiosa, si se inspira a los niños desde pequeños un santo horror al vicio y un grande amor a la virtud, robusteciendo a proporción que van creciendo, esos sentimientos con buenos ejemplos en la familia y en la calle, haciéndoles comprender la alteza de nuestro fin; entonces cada criatura examina y sigue su vocación; y aquellas que han recibido del cielo un alma distinguida para practicar la virtud en su grado más sublime, se retiran al santuario a adorar y pedir a Dios por sí y por la sociedad entera.

Si empero no se habla de Dios y del bien a los niños, si se les ponen a la vista malos ejemplos, si se les deja creer que nuestro destino es gozar en el mundo y del mundo..., en ese caso la vida religiosa, sólo de nombre conocida, se aparece al espíritu débil y despreocupado como un fantasma del cual se aparta la vista con miedo y horror: en este caso no hay monjas.

—Conforme.

—No he concluído todavía. Pero la mujer necesita un objeto digno a quien pueda consagrar el

amor que de su corazón rebosa; y si no se le ha enseñado a buscarlo en el cielo, se entrega al primero de la tierra que sabe vibrar las cuerdas de su sensibilidad y burlar su inexperiencia.

Y ¡ay de la joven que siente en sí una voluntad enérgica y un deseo inextinguible hacia lo bueno y hermoso si al salir de la embriaguez del primer placer encuentra, además del remordimiento y de la vergüenza, la evidencia de haber sido engañada!

La religión, que tiene consuelos para todos los quebrantos, al remordimiento opone el arrepentimiento, y cura la desesperación con la resignación, convirtiendo a las pecadoras públicas en Magdalenas penitentes. ¡Pero el mundo no tiene nada de esto!

Los hombres mundanos no tienen sino desdén y carcajadas sarcásticas para las víctimas de su propia iniquidad, las abandonan a la soledad de la desesperación, complaciéndose acaso en verlas abrazar una vida criminal para poder considerarse libertados de sus compromisos. La pobre mujer que ha entrado una vez en la carrera del crimen casi nunca halla más que una de estas dos salidas: seguir adelante hasta el abismo o retirarse a uno de esos conventos de arrepentidas tan sabiamente establecidos por el catolicismo.

Si no encuentra este sagrado refugio, en donde pueda purificarse fuera de la vista de los hombres, se lanza desesperada a todos los extremos de la disolución.

¡Cuántas de esas infelices mujeres, ahora sin rastro de pudor, habrían sido excelentes madres de familia si en la suya hubieren recibido educación religiosa! ¡Cuántas dejarían de escandalizar, consagrándose a la oración, si, como en otro tiempo, hubiese completa libertad para practicar el Evangelio!

Yo no puedo pensar en estas cosas sin que sienta abatírseme y entristecerse el corazón.

—Y aun hay quien pregunta “¿de qué sirven las monjas?”—dije yo.

Mi compañero iba a responder a esta observación cuando tropezó con una enorme piedra labrada, caída de una iglesia que se estaba derribando de orden del Ayuntamiento revolucionario.

A pesar de que sabía por los periódicos que en Madrid se derribaban iglesias, la vista de aquellas ruinas sagradas me impresionó profunda y tristemente.

—¡He aquí la obra de la revolución!—exclamó mi compañero.

—Esta tarde—dije yo—he visto desde el tren las cúpulas de El Escorial, que recuerdan dignamente la época de Felipe II a todas las generaciones. ¡Nuestra época no dejará a las venideras sino ruinas para señal de su paso sobre la tierra! ¡Qué diferencia entre las inspiraciones católicas y las inspiraciones revolucionarias!

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, pasaron cuatro coches, acompañados de volunta-

rios de la libertad, a los cuales seguían algunos hombres, una porción de mujeres y varios chiquillos curiosos.

—¡Pobrecitas!—exclamaba sollozando una de las mujeres.

—¡Es una atrocidad!—decía un hombre.

—¡Vamos a verlas!—decían los chiquillos.

Yo pensé que el Gobierno, para quitar el escándalo público de Madrid, habría hecho prender a algunas de las mujeres malas que con tanta pena como sorpresa mía había visto por las calles.

—¡Desgraciadas!—exclamé yo también; y añadí dirigiéndome a mi compañero: —¡He ahí el pago del mal obrar!

—¡Calle usted esa lengua!—gritó al oír mis palabras una de las mujeres que seguían a los coches, amenazándome al mismo tiempo con un terrible bofetón. —¿Qué mal le han hecho a usted las monjas?—me preguntó.

—¡Cómo! ¿Son monjas las que van en esos coches?

—Sí, señor—respondió la mujer—. Son las monjas del convento ***, a quienes llevan ahora al convento ***. ¡Pobrecitas! ¡Son unas santas! Daba gusto oírlas rezar; y luego, siempre que íbamos al locutorio, nos decían cosas tan buenas; y si había alguna necesidad en el vecindario, la socorrían en cuanto tenían conocimiento de ella. Año y medio han mantenido a mi marido, que estaba imposibilitado. ¡Pobrecitas!—repetía

la mujer, y luego añadió: —Fuera de uno que, según dicen (Dios me perdone el murmurar), quiere comprar el convento; todos los vecinos lloran, y hay para ello...

La mujer lloraba en efecto.

Instintivamente me puse en medio de aquel duelo, siguiendo a las monjas hasta llegar al convento de ***.

Renuncio a describir la entrada de las monjas, cuyo recuerdo todavía me entenece.

Los voluntarios de la libertad, cabizbajos, como quien cumple de mala gana una orden, formaron alrededor de los coches para impedir que la muchedumbre, ávida de ver a las religiosas y de besar su hábito, sin querer, las atropellase.

Necesarias eran esas precauciones.

Algunas de las monjas llevaban más de sesenta, y hasta setenta años, de estar en el convento; no hay para qué añadir que eran ancianas, y que al verlas bajar del coche en brazos de sus hermanas, movían a compasión.

A medida que iban saliendo, las mujeres llamaban a algunas por sus nombres, con ese cariño tierno y afectuoso que sólo sabe inspirar la virtud y únicamente saben sentir los corazones no gastados por las pasiones.

—¡La Madre Carmen! —¡La Madre Anita!
—¡La Madre Isidora! —¡La Sor Antonia!
—¡Adiós! ¡adiós!

Las monjas, preocupadas con su situación y el

deseo de encerrarse de nuevo en el santuario, apenas reparaban en esas demostraciones de estimación profunda; no obstante, alguna se volvió a oír la voz de una mujer que le sería conocida; y, sin detenerse, le dijo al pasar: “¡ Sé buena! ¡ Bendito sea de Dios!”

Cuando estuvieron todas en el patio de entrada del convento se abrió la puerta de clausura... Eran las diez de la noche; la luz de los faroles no llegaba allí; la calle, y más la entrada del convento, estaban en completa oscuridad.

Figúrense mis lectores la impresión que a cuantos estábamos presentes nos causaría el espectáculo que se ofreció a nuestra vista.

La comunidad interior estaba de rodillas, formada en dos filas delante de la puerta, con velas encendidas en las manos y la cruz levantada al frente, sostenida por la Abadesa.

Las cantoras entonaron un “Benedictus”, queriendo cantar sin duda: “Benedictus qui venit in nomine Domini” (Benditas las que vienen en nombre del Señor); pero los sollozos y el deseo de abrazar a las recién venidas apagaron el canto apenas principiado.

La Abadesa abrazó a la Abadesa; las demás se echaron también unas sobre el cuello de las otras, sin acertar a expresar los afectos que sentían, porque hay sentimientos para los cuales el lenguaje humano no tiene expresión.

Sólo pude entender, entre algunas frases entrecortadas, las siguientes:

—Somos hermanas y nos ayudaremos—decían las antiguas.

—Bendito sea Dios y bendita vuestra misericordia—respondían las nuevas.

—Juntas amaremos a Jesús, que es nuestro querido Esposo.

—Y rogaremos por los que nos persiguen.

—¡Pobrecitos!

—Son dignos de nuestra compasión.

—El trabajo será corto y el premio será eterno.

—Más padeció Jesús.

Pasados los primeros momentos de expansión, las monjas nuevas se interpolaron entre las antiguas, cerrando las filas las dos Abadesas o Superiores; la portera volvió a cerrar la puerta, y todo quedó otra vez a oscuras.

Oímos entonces que la comunidad entonaba con acento fervoroso y voz conmovida el “Te Deum laudamus”, mientras se alejaba de la puerta hacia el interior.

Aquel canto, que llegaba a nosotros al través de las paredes del claustro como una armonía celestial, derramó místico consuelo en nuestros corazones oprimidos y dulcificó el sentimiento de lástima y enojo que estaba pintado en los rostros de la multitud.

Los coches se volvieron.

El comandante de los voluntarios dió la voz de “marchen” a sus soldados.

Los hombres dejaban escapar de sus labios alguna palabra de indignación.

Las mujeres lloraban.

El canto, cada vez menos perceptible, apenas se oía ya allá lejos, lejos; en el interior del convento, cuando la voz de la Abadesa, tomando nuevo brío, hizo llegar hasta nosotros clara y vigorosa esta palabra, que parecía la última que debía oír el mundo, como una protesta de la virtud contra el vicio, de la humildad cristiana contra la soberbia egoísta, de la religión que se apoya en el cielo contra los perseguidores que no piensan sino en la tierra: “¡In te, Domine, speravi: non confundar in aeternum!” (1).

El caballero, cogiéndome la mano y conteniendo trabajosamente un suspiro, me dijo:

—Ahí queda depositada como en un arca santa la virtud. Esas mujeres adoran a Dios en espíritu y verdad, y contienen sus iras provocadas justamente por nuestros pecados.

No sé lo que contesté al caballero. El tomó su camino y yo me dirigí a casa, fatigado por tantas emociones y sumamente preocupado por las desgracias de mi patria.

(1) Señor, en Ti he puesto mi confianza; no seré confundida por toda la eternidad.

VII.—EI COLEGIO DEL CARMEN

Pocos días después de estos acontecimientos pasé un día por delante del colegio del Carmen. La vista del colegio me recordó al Padre Atanasio López, mi compañero de viaje desde Las Rozas hasta Madrid, y entré a preguntar por él. No estaba en casa; pero la Superiora del colegio se mostró tan amable que me atreví a pedirle tuviera la bondad de enseñarme el establecimiento.

—Con mucho gusto—me respondió, y entramos en la sala de recibimiento.

Si yo fuera novelista tendría ahora ocasión magnífica de hacer la pintura de un convento-colegio, con lo cual podría dar algún interés especial a la novela, ya que en ellas suelen escasear semejantes descripciones; pero como me limito a referir los sucesos, no diré de la casa sino lo preciso para mejor inteligencia de la historia.

Por otra parte, debo confesar a mis lectores que, en vez de gustarme, me empalagan esas descripciones de "detall" que se encuentran en algunas novelas, cuyos autores se parecen a un inventariador que yo me sé, el cual hasta los trozos de

estera y los cacharros rotos ponía en el inventario.

La sala de recibo del colegio, que forma un recángulo muy espacioso para lo que acostumbra a haber en Madrid, estaba adornada con gusto, pero con mucha sencillez.

Dos sofás antiguos, que habrían sido dados de limosna, algunas sillas de Vitoria, una mesa y un gran armario lleno de labores formaban el mueblaje; algunos cuadros de santos, otros bordados por las niñas y el retrato de la fundadora del Instituto, muerta en 1854, según el rótulo que estaba al pie, eran todo su adorno.

Esta circunstancia me dió lugar para pedir a la Superiora algunas noticias de su "Congregación de Hermanas Carmelitas de la Caridad", del cual tenía yo muy escaso conocimiento.

—Según veo, el Instituto de ustedes es muy reciente—dije.

—Sí, señor; sus primeros cimientos datan del año 1826, pero bien puede decirse que el Instituto no fué fundado hasta después de la guerra civil o hasta el año 1848, porque en los anteriores a éste apenas tenía carácter público.

—¿Y quién era la fundadora?

—Una de esas almas maravillosas que, prescindiendo de los respetos humanos e inspirándose solamente en el amor de Dios, se sacrifican por completo a las obras de caridad. Esta virtud formó la delicias de nuestra Madre desde su niñez. Casada más tarde con un caballero acomodado y

piadoso de Vich, era el consuelo de cuantos pobres acudían a su puerta y de los enfermos del hospital, a quienes visitaba y asistía con frecuencia. Habiendo quedado viuda, y colocado convenientemente a sus hijos, se dedicó a educar a las niñas pobres de la vecindad; asociáronsele otras mujeres piadosas, y, a pesar de alguna persecución y de varios disgustos que hubo de sufrir, tuvo la satisfacción de ver crecer rápidamente su obra con aplauso de las almas cristianas y confusión de las que antes se burlaban de su celo. La guerra civil suspendió este crecimiento, y por poco más hubiera ahogado el árbol, todavía tierno.

La Superiora se encaminó hacia el interior, indicándome que la siguiese para ver la distribución de la casa.

De paso vi en dos cuadros sencillos la lista de los establecimientos benéficos de que estaba encargado el Instituto a primero de año, y en otro el estado del personal. Según el primer estado, el número de casas de enseñanza o asilo era de setenta y seis, en las cuales se educaban once mil novecientas niñas, pobres la mayor parte, y recibían los auxilios necesarios tres mil quinientos treinta y tres enfermos o desvalidos; el número de hermanas era de seiscientas diecinueve.

Entramos en la capilla del colegio, de dimensiones bastantes para su objeto, y adornada con sencillez, pero con suma limpieza y gusto. Volviendo la vista para abajo me llamó la atención

el ver que había tres coros o tres pisos de coro con separación completa, en uno de los cuales dos hermanas estaban orando.

La Madre superiora conoció, sin duda, mi extrañeza, y saliendo de la capilla me dijo:

—El establecimiento es triple; es decir, tiene tres objetos distintos: hay señoritas o niñas colegialas que pagan pensión; hay niñas de catorce a veinte años, por lo común huérfanas, que no pagan nada, y hay criadas de servir que han quedado sin colocación y están aquí hasta que les sale otra aceptable. Cada sección ocupa su departamento particular y tiene su maestra especial, estando separadas unas de otras hasta en la iglesia; para esto sirven los coros.

—¡Cuán ingeniosa y paciente es la caridad!— exclamé. Y volviéndome a la Superiora le dije—: ¿A ustedes les han echado de alguna parte?

—Hasta ahora no, señor. En algún punto las hermanas han tenido que cerrar la escuela y dejar la casa; pero en todas partes ha habido personas caritativas que las han acogido con mucho amor hasta ver si se serena el cielo o poder tomar la resolución conveniente.

—Es verdad, que las órdenes de expulsión no las comprenden a ustedes.

—Sin embargo, otras hermanas, también de enseñanza, han sido expulsadas.

—Ya lo sé.

—Y es muy mala señal para nosotras que echen a las monjas de clausura.

—Pero ¿qué tienen ustedes que ver con ellas?

Hice esta pregunta a la Superiora, no porque yo ignorase la íntima relación que hay entre unas y otras monjas, sino para ver lo que ella contestaría. La respuesta no se hizo esperar.

—¡Cómo no hemos de tener—dijo—que ver, si todas llevamos un mismo objeto, que es dar gloria a Dios y hacer bien a nuestros hermanos!

Ya puesto en el camino de hacer objeciones repliqué a la Superiora:

—Y ustedes hacen bien al prójimo y dan gloria a Dios indudablemente, educando y cuidando a las niñas y a los enfermos; pero aquéllas...

La Superiora adivinó mi pensamiento, y, sin dejarme acabar de expresarlo, respondió:

—Aquéllas piden a Dios que nos dé fuerzas para llevar bien y meritoriamente el trabajo de que nos hemos encargado. ¿Cree usted que son más útiles a la vida del hombre las manos que cultivan la tierra, que el corazón que les envía con incesantes latidos la sangre que las sostiene vigorosas?

—¿Cómo he de creer esto, señora?

—Pues las monjas de clausura son, en el cuerpo místico de la iglesia, el corazón en donde la sangre se forma y se purifica; es decir, en donde se alcanza la gracia de Dios, que es como la sangre de

la vida espiritual; nosotras somos a manera de las manos.

—¿No pueden ustedes orar también?

—Debemos hacerlo; solamente mezclando la oración con el trabajo podemos esperar ser fieles a nuestra vocación; pero no podemos orar continuamente. ¿Ha visto usted dos hermanas orando en el coro?

—Sí, las he visto.

—He ahí lo que da ánimo a nuestra natural flaqueza y lo que nos sostiene en el cumplimiento de las reglas: la oración. ¡La oración!—añadió la Superiora entusiasmándose—; la oración, tan recomendada por nuestro divino Jesús, es necesaria a todos los cristianos, pero más a nosotras, que hemos aceptado un encargo que solamente, ayudadas de una gracia especial, podemos desempeñar.

Al decir estas palabras llegábamos a la sala de estudio de las niñas colegialas, junto a la cual está su sala de labor, desde la que se baja al patio-jardín, de donde recibe la luz. Entre otros muchos cuadros, ya sinópticos de historia, etc., ya de labores, había uno de grandes dimensiones, que contiene los principales pasajes de la Historia Sagrada.

—Vea usted aquí—me dijo la Superiora indicándome una de las láminas, que representaba a los israelitas combatiendo, bajo el mando de Josué, a los amalecitas en el valle de Raphidim. En

la cima de un collado, desde el cual se dominaba el campamento y descubrían todos los movimientos de los combatientes, estaba orando Moisés, sosteniéndole Aaron y Hur sus cansados brazos, porque cuando él levantaba las manos suplicando al Señor, Israel vencía; pero en bajándolas un poco, ganaba Amalec. La Superiora, señalando la figura de Moisés, añadió:

—He ahí a las hermanas que están orando, representadas en el caudillo que hablaba familiarmente con Dios; las que andamos de clase en clase vigilando y educando a las niñas estamos representadas en los combatientes.

—¡Me gusta la explicación de la lámina!— dije yo.

—Si saliendo de la consideración de nuestro Instituto pasamos a la de la iglesia general, puede decirse que los soldados de Josué representaban a las Ordenes religiosas de vida activa; Moisés, a las Ordenes contemplativas y de oración, y Aaron y Hur, al pueblo católico, que caritativamente acude a la conservación de las monjas.

—Mucha importancia da usted a las monjas.

—La tiene, señor. Un caballero que estuvo aquí hace tiempo dijo que el mundo se hundiría si llegase a faltar en él la oración (1), y casi puede decirse que la oración no se conserva ya sino por las monjas.

(1) Pensamiento del Marqués de Valdegamas.

—Me parece que hay en esto alguna exageración.

—¿En qué? ¿En el decir del caballero o en el mío?

—En verdad que me pone usted en aprieto.

—¿Cree usted que la oración puede dejarse?

—No, señora; pero... ¡que sólo las monjas hagan oración!...

—En el mundo ¿quién se acuerda de esto? ¿Quién ora? Ya sé que hay muchas personas piadosas que se acuerdan de Dios; mas ¿qué instituto existe, fuera de las monjas, consagrado a cumplir este deber del linaje humano, y especialmente del pueblo cristiano?

Una hermana que entró a la sazón llamó a la superiora para darle algún recado, y mientras tanto yo dí una mirada a toda la escuela. Había unas ochenta niñas. La aplicación con que atendían a sus tareas respectivas, la modestia que resplandecía en sus maneras, el orden admirable que guardaban sin ningún esfuerzo, y hasta, al parecer, con gusto, me recordaron el juicio que de la aptitud de las comunidades religiosas tiene formado un hombre muy práctico en la materia: "Somos de opinión, dice, de que las comunidades religiosas son el mejor medio de educación que puede hallarse para las niñas de cinco o seis a trece años; de que semejantes comunidades, dedicándolas a la enseñanza, deben propagarse en cuanto posible sea, y de que sólo allí donde no

“fuere absolutamente posible su establecimiento, debe encomendarse la educación e instrucción pública de las niñas a seglares”.

Cuando volvió la Madre le manifesté el pensamiento que en aquel momento me preocupaba.

—Mire usted—contestó ella con candoroso des-
embarazo—, se ha dicho y escrito mucho contra
la enseñanza dada por personas religiosas; yo lo
he leído todo o casi todo; lo he meditado, he ana-
lizado las acusaciones que se nos hacen, y—lo
digo con la mano en el corazón—no les hallo fun-
damento. Y la prueba de que nuestros acusadores
no tienen razón es que ellos mismos nos traen a
sus hijos para que los eduquemos.

—Usted habrá leído, pues, la objeción que ha-
cen algunos, diciendo que el rezo no las deja a us-
tedes tiempo para la enseñanza.

—Sí, señor, lo he leído; pero es un error el
creerlo. Nosotras empleamos en el rezo parte del
tiempo que una maestra seglar destina al cuidado
de su familia y a las relaciones de sociedad, de
que estamos libres; y aun cuando quisiéramos al-
guna vez estar más tiempo en la oración, el regla-
mento y la obediencia nos lo prohíben.

—Dicen también que las personas religiosas,
no teniendo hijos, no pueden saber cómo se ha de
amar a los niños.

La superiora se echó a reír cuando oyó mi ob-
servación. Luego respondió:

—Esa opinión es equivocada como la primera.

Nosotras, al vestir el hábito, no hemos arrojado el corazón del pecho; también sentimos amor, y la inocencia nos encanta. La diferencia entre un maestro casado y otro religioso, bajo este punto de vista, está en que el primero consagra la parte principal de sus afectos a los hijos, y el segundo dedica todo el cariño a los discípulos.

—¿De manera que, según usted, la educación religiosa aun lleva ventaja a la seglar?

—Así lo creo.

Dió esta contestación con tanta seguridad que no dejaba lugar a sospechar de su convencimiento, y al mismo tiempo, con tal naturalidad y modestia, que no permitía creer hubiesen influido en su juicio el amor propio ni el afecto al instituto a que pertenecía.

Viendo que yo guardaba silencio me dirigió la siguiente pregunta:

—¿Cree usted que un maestro podrá querer jamás a sus discípulos como a sus propios hijos?

—No, señora—me apresuré a responderle.

—He ahí, pues—prosiguió ella—, un origen de celos, que tan perjudiciales son a los niños, y una fuente de parcialidades y disgustos.

—Tiene usted razón—dije—; si los niños se regañan, si se han de imponer castigos, si hay premios a repartir, será muy difícil que el maestro no dé alguna preferencia a sus hijos.

—Usted mismo lo conoce.

—Sí, señora.



—Además, los hijos del maestro pueden ser mejores que los otros alumnos y pueden ser peores, así en talento como en aplicación. En el primer caso, la ventaja que llevan no se atribuirá a su buen natural, sino al mayor cuidado que el padre les dedica con perjuicio de los demás; en el segundo, serán oprobio del maestro.

—Es decir, que éste deberá ser murmurado o despreciado por causa de sus hijos.

—Es muy posible, y ninguno de estos inconvenientes se hallan en los maestros religiosos.

—Dicen que ustedes saben poco.

—Usted comprenderá la dificultad de responder a semejante acusación; pero puedo decirle a usted que nuestras hermanas ganaron por rigurosa oposición todas las plazas públicas que tenemos.

—¿Por qué, siendo así, se murmura tanto de los Institutos religiosos?

—Porque son religiosos; yo no encuentro otra razón.

Conversando de este modo recorrimos todo el colegio, o parte del establecimiento destinado a las niñas de pensión, maravillándome el orden y aseo en las clases, en el comedor, en el dormitorio y en todos los departamentos.

Después entramos al destinado a las huérfanas de catorce a veinte años. Había cuarenta niñas. Nadie hubiera sospechado su pobre condición, viendo la alegría con que trabajaban y el amor

con que las trataban las hermanas encargadas de educarlas.

De allí pasamos al departamento de las criadas de servir. Había treinta y ocho; la mayor parte de ellas había perdido la colocación para conservar su virtud.

Cuando la superiora me hizo saber esta circunstancia exclamé: —¡Todavía hay virtud en el mundo!

—Sí, señor, la hay—añadió la superiora—. ¡Lástima que no haya más educación para prevenir las tentaciones de la seducción y más asilos como éste para refugiarse la virtud cuando es perseguida!

—Es verdad. El mundo no piensa en esas cosas, y por eso la inmoralidad va creciendo como las olas del diluvio, amenazando ahogar a los mismos que la han provocado, los cuales, estremecidos y asombrados, preguntan cuando no hay remedio: ¿de dónde nos viene esa desgracia?

La superiora me acompañó hasta la puerta, mandando a la portera que viese si había llegado entre tanto el padre Atanasio.

Este vivía en un cuarto humilde, como una celda de fraile o como un cuarto de estudiante, situado a la derecha de la entrada, entre la puerta de la calle y la del colegio.

En efecto, había llegado.

Me reconoció al momento, y nos abrazamos como antiguos amigos.

En aquel momento se paró a la puerta de la casa un coche elegante, y vimos salir de él al caballero anciano que había venido con nosotros en el tren de Avila a Madrid.

—¡Es él!—dijimos a la vez el padre Atanasio y yo.

—Sí, soy—respondió el caballero, que ya estaba en el cuarto.

Después de saludarnos, el anciano añadió dirigiéndose a mí:

—Le he mandado a usted a su casa una esquila suplicándole que mañana venga usted a comer conmigo. Al padre Atanasio debía pedirle igual obsequio; pero he querido venir a suplicárselo yo mismo para asegurar el buen éxito de la petición.

—El obsequio es para mí y no puedo negarme a aceptarlo—dijo el sacerdote.

—Yo le doy a usted las gracias por el recuerdo con que me honra—dijo al caballero.

—También asistirán los dos jóvenes preopinantes de usted en el viaje.

—Nuevo motivo para que no falte.

Con esto me despedí del padre Atanasio y del anciano.

Me veo precisado a llamarle así porque habiendo metido las tarjetas en la cartera sin mirarlas ignoraba todavía el nombre de mis compañeros de viaje, con quienes iba a entrar de nuevo en relaciones.

Los lectores adivinarán fácilmente que mi primera diligencia en llegando a casa fué sacar las tarjetas y saber los nombres de las personas con quienes iba a encontrarme otra vez.

La del caballero decía:

Duque de Manlleu, Barón de la Roca de Clavellas.

La del abogado:

Pablo C. Vendrell, abogado.

La del estudiante de Medicina:

José S. Tressierras.

Las dos primeras indicaban además la habitación de sus dueños; la del estudiante contenía solamente el nombre.

VIII.—REUNION EN CASA DEL DUQUE

La casa del duque de Manlleu estaba amueblada con cierto gusto aristocrático, correspondiente a su posición; pero sin el lujo extremado e intempestivo que he visto en algunas otras. El mueblaje no tenía la antigüedad que sirve para manifestar el orgullo de los años, con que se envanece sobradamente ciertas familias, ni la novedad de la moda, tras de la cual otras familias se arruinan. Se conocía que la casa estaba puesta de veinte a veinticinco años antes, no habiendo tenido ya más cuidado que el de la buena conservación.

En la comida reinó casi toda la franqueza que se halla en las mesas de fonda.

Estábamos únicamente los viajeros del tren en el día 25, y el duque se esforzaba en hacer que estuviésemos cada uno como en su casa.

Después de la comida llevónos a su gabinete particular, en cuyo centro ardía una gran estufa, y se nos sirvió el café.

El duque sacó de su petaca una magnífica breva para cada uno, la cual aceptamos todos con

gusto, menos el padre capellán, quien se excusó diciendo que no fumaba.

Ya cuatro columnas de humo se levantaban serpenteando por la atmósfera templada de la habitación, llenándola del aroma tan grato a los fumadores, cuando el anciano tomó la palabra y se expresó así:

—Les dije a ustedes que yo fui también en otro tiempo enemigo de las monjas y prometí explicarles los motivos de mi conversión.

—Es verdad—dijimos todos casi a un tiempo.

—Si ustedes me dispensan el honor de escucharme, voy a cumplir mi palabra.

—Con mucho gusto.

—Sobrado honor nos hace usted.

—La historia es un poco larga, si la explicación ha de ser completa—añadió el duque—, y no quisiera serles a ustedes molesto.

—No, señor; no, señor; dígalo usted todo.

—Yo vine al mundo en el mes de junio de 1814. La fecha es importante para comprender los sucesos de que tendré que hablar. Mi padre, agregado por algún tiempo a la Embajada de Francia, había entrado en intimidad con los principales enciclopedistas y abrazado con ardor las nuevas teorías religiosopolíticas. Cuando volvió a España se dejó en París todo su equipaje para llenar los cofres con libros de Rousseau, Voltaire y otros filósofos franceses, que después daba a leer a sus amigos con cierto misterio necesario, que aumen-

taba el atractivo y hacía más punzante la curiosidad.

La revolución francesa y el asesinato del virtuoso Luis XVI no le sorprendieron ni le asustaron; creía de buena fe que aquellos excesos eran debidos a la falta de tacto político y a la resistencia intempestiva de la Corte. Asimismo atribuía a imprudencias del clero la matanza de los sacerdotes y la abolición del catolicismo.

Todos escuchábamos al duque con atento y absoluto silencio. Al concluir la relación anterior encendió de nuevo el cigarro, que se le había apagado, y continuó en estos términos:

—Al tratarse en 1810 de convocar Cortes extraordinarias para salvar a España del peligro en que la pusieran los desaciertos de Godoy y la ambición de Napoleón, mi padre trabajó como nadie, a fin de que el Congreso atendiese más bien que a defender la independencia, a cambiar la antigua Constitución de la Monarquía. Elegido diputado, jamás usó los títulos nobiliarios de la familia, firmando siempre con su nombre propio a secas, para parecer más consecuente con sus ideas democráticas.

La inmensa mayoría de los electores y muchos diputados creían sinceramente que las Cortes tratarían ante todo de echar de España a los invasores, y en segundo lugar de dictar leyes, que, sin menoscabar la dignidad del trono, ni barrenar las bases fundamentales de nuestra nación, hiciesen

imposibles los excesos de Godoy; pero una minoría, débil por su número y fuerte por su osadía y mayor habilidad en manejos políticos, logró desde luego sobreponerse a la mayoría de las Cortes, imprimiendo a sus decisiones un carácter enciclopedista, es decir, anticatólico y antimonárquico.

Mi padre pertenecía a los miembros más ardientes de aquella minoría, capitaneando su grupo más fanático y ardiente.

Habiendo sido las Ordenes monásticas objeto especial de los sarcasmos calumniosos de los enciclopedistas y falsos filósofos del siglo XVIII y de las iras de la revolución francesa, claro es que no habían de ser toleradas por los revolucionarios españoles, serviles imitadores de aquéllos.

La fracción de que formaba parte mi padre, no solamente trabajó contra las Ordenes religiosas con un celo digno de mejor causa, sino que gastó cantidades considerables para llevar a las tribunas del Congreso una chusma numerosa que aplaudiese o silbase, según la consigna, a los diputados, a fin de intimidar a los católicos y alentar a los reformistas poco decididos, y para crear periódicos que, al compás de la mayor libertad cada día alcanzada, trabajasen en desacreditar al catolicismo, traduciendo al castellano las sátiras publicadas en los diarios impíos de Francia (1).

(1) Aparecieron en breve tiempo los periódicos "El Semanario", "El Espectador", "El Conciso", "El Redactor", "La Triple Alianza", "El Tribuno", "La Abeja",

Así se logró formar en las grandes poblaciones un partido de españoles enemigos de la España histórica y de católicos contrarios a la Iglesia católica; partido al cual se agregaron sucesivamente todos los indiferentes en religión, todos los descontentos del Gobierno antiguo, todos los amigos de medrar a poca costa, todos los jóvenes menos aplicados y más ambiciosos de figurar y algunos incautos, arrastrados por las promesas de grandes mejoras que repetidamente y en toda clase de tonos se hacían.

Al amparo de este partido, que bullía principalmente alrededor de las Cortes, los diputados reformadores cobraron nuevos bríos, y el Gobierno, que no participaba de sus ideas, se acobardó (1). Abolióse "el Voto de Santiago", medida ni política ni económica, buena solamente para acos-

"La Inquisición sin máscara", "El Amante de la Ilustración", "El Diario Mercantil", "El Observador", "El Duende", "La Gaceta del Comercio", "El Centinela de la Patria", etc., etc. Estos diarios, generalmente escritos por jóvenes de poco saber y menos experiencia, o "por cuatro charlatanes que han tomado por oficio el escribir en lugar de tomar un fusil", como decía el diputado señor Ortolaza, estaban impregnados de cínica impiedad. Véase cómo se expresaba "El Conciso" del día 28 de septiembre de 1810: "Esperamos el exterminio de las preocupaciones, del fanatismo, del error, con un código de leyes que contenga costumbres puras, ideas liberales."

(1) El ex Regente, Sr. Lardizábal, en una memoria que publicó después, dijo: "Vimos que en aquella noche no podíamos contar ni con el pueblo ni con las armas; que a no haber sido así todo hubiese pasado de otra manera."

tumbrar a los pueblos a prescindir de las obligaciones de carácter sagrado contraídas por sus mayores (1). Abolióse también, después de grandes trabajos y largos debates, el Tribunal de la Inquisición, que había contribuido poderosamente a conservar en España la pureza de la Fe católica, Tribunal tan querido y respetado de los fieles como temido y odiado de los innovadores (2).

(1) En la discusión, un diputado decía: "Si es vuestro el interés y vuestra la honra, yo os invoco, santo Apóstol. ¿Por qué no os aparecéis aquí ahora, así como os presentásteis al rey Ramiro, para sacarnos de dudas y aquietar nuestra conciencia? Yo con veros a pie, o bien a caballo, me sobraría motivo para sentarme, enmudecer y separarme de la acción." Esto era jugar a alardes de impiedad.

(2) Se ha escrito tanto contra la Inquisición, que acaso parezca falsa o al menos exagerada la apreciación que acabamos de expresar. En las conmociones habidas en el siglo XV contra la Inquisición, en una de las cuales fué muerto San Pedro Arbués, los sublevados eran azuzados y hasta pagados por los judíos, según asegura el Sr. Rico y Amat. ("Historia política y parlamentaria de España", tomo I, capítulo XVIII.) Al principio de la guerra de la Independencia la Junta Central y la primera Regencia trataron con respeto y confianza a la Inquisición, aplaudiéndola todos los pueblos, los cuales condenaron el decreto de José Bonaparte que la suprimía.

Cuando los neocristianos españoles, separándose del común sentir y aprovechando la circunstancia de estar sus hermanos ocupados en las cosas de la guerra, quisieron tocar a la religión, se encontraron frente a frente de la Inquisición, capaz todavía de contener sus esfuerzos, de desbaratar sus cábalas, y sobre todo de descubrir los clubs y las artimañas de las sectas secretas; de aquí su odio al Tribunal de la Fe. Pero ese odio se lo tenían los innovadores, no el pueblo español, que en vez de pedir la supresión del Santo Tribunal hizo cuanto las circunstancias le permitieron para conservarlo.

Quitado del medio aquel obstáculo a sus miras, les quedaba a éstos todavía otro en las Ordenes religiosas.

Es verdad que los frailes y monjas no ejercían jurisdicción como el Tribunal de la Fe; pero predicaban y escribían defendiendo la religión y poniendo de manifiesto las intrigas y depravados intentos de sus enemigos; por lo cual, desde los tiempos de la mal llamada Reforma y aun de antes, eran objeto de una persecución vil e incesante.

Empero la supresión de las Ordenes religiosas no era fácil; el pueblo español las respetaba desde muy antiguo, ya por su carácter sagrado, ya por los grandes beneficios que habían hecho a la patria, y por su índole eminentemente democrática en el recto sentido de esta palabra. Además se juntaban entonces a este motivo histórico otro de actualidad, muy poderoso en las circunstancias que atravesaba España.

—Sin duda se refiere usted—dijo el padre Atanasio—a la parte que tomaron los religiosos en la guerra de la Independencia.

—Así es, en efecto—respondió el duque—. Entre los religiosos apenas había ningún afrancesado. Los conventos entregaron de buena gana todos sus ahorros para los gastos de la guerra. Muchos frailes recorrían los pueblos comunicándoles su entusiasmo, a semejanza de Pedro el Ermitaño; otros seguían a los ejércitos españoles para animar a los soldados en la hora del com-

bate, asistir a los heridos, enterrar a los muertos y hacer bien a todos; algunos llevaban su ardimiento religioso y patriótico hasta tomar las armas, creyendo que era santo y decoroso pelear por la patria y la religión. Y el pueblo, viendo semejantes actos de arrojo y desprendimiento, inspirados por el amor más puro, había sentido crecer en su alma el respeto y el afecto a los Institutos religiosos.

—Es verdad—dije yo—; muchas veces lo oí contar asimismo a mi padre, que en paz descanse.

—Y las monjas ¿qué hacían?—preguntó el médico.

—Las monjas—dijo el anciano—hacían hilas, vendas, daban las alhajas de sus conventos, cuidaban a los heridos y rogaban a Dios.

Los constitucionales se habrían visto muy comprometidos, continuó diciendo el duque, si los frailes hubiesen tratado de resistirles; por eso anduvieron con insidiosa cautela en las disposiciones que tomaron contra ellos. Primeramente se procuró desacreditarlos por medio del ridículo y de la calumnia, inventando cuentos, barbaridades y crímenes, en los cuales se hacía representar a un fraile el peor papel; después dictaron varias providencias, cuyo objeto y alcance pocos conocían, porque se ocultaba la intención perversa con una fastuosa palabrería de respeto, como ciertos salvajes adornan con flores el dardo

que en su envenenada punta lleva una muerte segura.

Siento tener que repetir—añadió el duque con verdadera amargura—, que en todo esto mi padre se conducía como uno de los más activos e inteligentes enemigos de las Ordenes monásticas.

Al fin Dios quiso romper el bastón con que había castigado a Europa, y la estrella de Napoleón se eclipsó, pudiendo Fernando VII volver libre a España. El paso del rey por las provincias fué un verdadero triunfo, una ovación ostentosa y espontánea, en la cual los pueblos manifestaban a la vez la satisfacción de la victoria tan costosa, el amor a la religión y a la Monarquía tradicional de España y el odio con que miraban a los franceses y a los innovadores que los tomaban por modelos.

Bien pronto debieron conocer éstos que ni el rey ni el pueblo les agradecían el trabajo que se habían tomado para regenerar a España. Cada “¡viva!” a Fernando equivalía a un “¡muera la la Constitución!”, y cada fiesta religiosa era una protesta contra las reformas decretadas en Cádiz.

Fernando debía elegir entre dos partidos: o reinar con la mayoría inmensa de los españoles, que le habían defendido con su sangre y le proclamaban absoluto, o reinar con los pocos reformistas que habían amenguado sus atribuciones y el brillo de la Monarquía: reinar con entrambos parti-

dos no era fácil ni posible. La elección no podía ser dudosa.

Algunos diputados huyeron viendo el sesgo que tomaban las cosas públicas; otros, más confiados o menos comprometidos, aguardaron en sus casas el resultado final, que no tardó en serles conocido.

Mi padre fué de los primeros.

Yo no le conocí hasta 1820, cuando volvió de la emigración.

Mientras duró ésta, mi madre, que era una santa en toda la extensión de la palabra, vivía sumamente retirada. Mi hermana, que me lleva seis años de ventaja, y yo, constituíamos el único objeto de sus delicias y, al parecer, de sus cuidados. Ella misma nos enseñó a leer y a escribir, Aritmética, Geografía e Historia, y a mi hermana las labores propias de su sexo. No hacíamos ninguna visita, y no recibíamos en casa sino la de un venerable sacerdote, que venía en días alternados a explicarnos el Catecismo y darnos lección de Historia Sagrada.

Nuestra vida era, por tanto, muy monótona; pero no habiendo conocido otra más variada, la llevaba yo con alegría.

En nuestros rezos mi madre siempre añadía una Avemaría por mi padre.

—¿Dónde está mi padre?—le preguntaba alguna vez.

—Pide mucho a Dios que puedas verle bueno—me respondía, echándose casi siempre a llorar.

Después he sospechado que para ella la palabra "bueno" tenía un doble sentido, que entonces no llegué a comprender.

Mi hermana, que me aventajaba en instrucción como en edad, era buena por natural carácter y por voluntad deliberada. Parecía la imagen de mi madre; pero, aunque igualmente caritativa y bondadosa, era de genio más vivo, más activo, y tenía más talento. Yo la quería con todo el amor con que se puede querer a una hermana, y la escuchaba con el respeto con que se oye a un maestro acreditado.

Aquellas dos mujeres aprovechaban con solicitud extremada las ocasiones para inspirarme amor a la virtud y aborrecimiento al vicio, manifestándome la obligación que tenemos y las consecuencias que se siguen de marchar siempre por el camino del bien.

¡Qué dicha la mía en aquel tiempo! Mis juguetes consistían en capillas; mi principal diversión, en predicar montado sobre una silla, y en celebrar misa cuando mi hermana podía hacer de monaguillo. Los premios que me daban eran siempre medallas, estampas, etc.; nunca golosinas.

¡Cómo cambié en poco tiempo! Al volver mi padre, nuestra casa se convirtió en club, adonde acudían diariamente los primeros jefes de la situación, discutiendo allí los asuntos del Estado y fraguando planes contra la religión y el monarca.

Mi madre procuraba con varios pretextos ha-

cernos retirar a mi hermana y a mí, para que no oyésemos las blasfemias que decían, ni presenciásemos los escándalos que daban algunos amigos políticos de mi padre. Mas habiendo querido éste encargarse de educarme por sí mismo, me separó de su esposa; hacíame asistir con él a las reuniones de casa, y hasta me llevaba también a las que se celebraban en otras partes, porque “estaba empeñado en hacer de mí un noble despreocupado”, según solía decir. ¡Cuánto oí entonces contra los frailes y las monjas!

Desde aquella época mi madre no se atrevió a hablarme sino como a hurtadillas de mi padre. Yo no sé lo que éste la habría mandado o prohibido respecto a mí; pero recuerdo que, cuando me encontraba solo, me abrazaba con extraña fuerza y singular ternura. Decíame: “Sé bueno”, y, cual si hubiese cometido un crimen, se alejaba apresuradamente y siempre llorando.

Mi hermana era más atrevida: a veces me llamaba, aun delante de mi padre, y, llevándome a su cuarto, me recordaba las lecciones de Religión que juntos habíamos aprendido, haciéndome al paso discretas advertencias.

Desgraciadamente, yo iba olvidando aquellas lecciones, y al mismo tiempo iba perdiendo el respeto a mi madre, que me parecía cada vez mujer más fanática, y a mi hermana, a quien tuve luego por demasiado ignorante de las cosas del mundo para hacerla caso.

Sin embargo, nunca dejé de amarlas entrañablemente en el fondo de mi alma, porque no podía dudar de su probadísima virtud, ni del verdadero amor que me profesaban.

Además, mi hermana me confundía siempre que disputábamos, y en su presencia yo no podía menos de reconocer la superioridad de su talento, por más que luego volviese a tenerla por preocupada.

Así, en los tres años que duró aquella época constitucional, yo aprendí al lado de mi padre y entre sus amigos a hablar ligeramente de muchas cosas que jamás entendí bien, a reírme de la Religión, a odiar las Ordenes monásticas y a ser soberbio.

Cuando vino la reacción de 1824 mi padre tuvo que emigrar de nuevo, y me llevó consigo al extranjero.

En la emigración se sufre y se gasta mucho. Pronto la escasez y luego la miseria reinaron entre los emigrados. Al principio los extranjeros nos daban algo; pero viendo que aquello se prolongaba mucho, diéronnos a conocer que ellos no se habían encargado de mantenernos para siempre. Algunos españoles se pusieron a trabajar, pudiendo así pasarlo medianamente; pero los más, no sabiendo ningún oficio, se vieron precisados a gastar el dinero que habían llevado, a vender sucesivamente sus prendas y a sufrir hambre. Por esto los pobres padecieron menos que los ricos,

y más de una vez se vió al antiguo amo pedir de comer al que había sido su jornalero, y al jefe pedirlo a los soldados.

Además de los gastos indispensables a la vida, nos ocasionaban otros mayores los trabajos que se hacían para volver a España, la organización de continuas malogradas conspiraciones y el incesante movimiento a que nos obligaban las pesquisas de la Policía.

Mi padre y yo no llegamos al extremo del sufrimiento a que muchos se vieron reducidos. Mi madre nos enviaba periódicamente cantidades de dinero, que, si bien en breves días quedaban agotadas, bastaban a librarnos de la miseria o, al menos del hambre.

Fuese por estos motivos o por acceder a las súplicas de su esposa, que me reclamaba sin cesar, después de haber estado tres años con mi padre en el extranjero, me envió otra vez a España.

—¡Día de gozo, sin duda, para su señora madre y su hermana!—exclamó el padre Atanasio.

—Debía serlo—contestó el duque, y se paró, enjugándose una lágrima.

IX.—TERESITA

A poco el anciano prosiguió su relación, diciendo:

—Mi madre y mi hermana lloraron, en efecto, de alegría al recibirme en sus brazos; pero bien pronto lloraron de pesar advirtiendo la mutación que en mí se había verificado.

El primer día rompí los juguetes de capilla con que antes me entretenía, quité de la cabecera de la cama el crucifijo para colgar el reloj en el mismo clavo, y al día siguiente, alegando varias excusas, quité todos los santos que mi madre había puesto en el aposento, comenzando por los que habían sido frailes o monjas, pareciéndome que hasta en pintura era necesario aborrecerlos y perseguirlos.

Quería acreditarme de “espíritu fuerte”.

Cuando mi madre se apercibió de lo hecho, lloró amargamente. Yo bajé los ojos, pesaroso de haberle dado aquel disgusto, aunque no tuve valor para decirle una palabra de satisfacción.

Mi hermana me llevó después aparte, y tomando un tono entre serio y cariñoso, me dijo:

—Has hecho mal en quitar los santos de tu cuarto.

Al oír ésta justa reprensión sentí rebelarse mi orgullo; recordé lo que había aprendido contra la religión, y respondí con aspereza:

—Yo no soy fanático, hermana mía.

—Tampoco yo soy fanática—repuso ella con gravedad—. La religión y la piedad filial—añadió—no son fanatismo, y tú has faltado a la una y a la otra haciendo lo que has hecho.

—¡Hermana, hermana!—exclamé, lleno de coraje, levantando la mano contra ella.

No la pegué. Al encontrarse mi mirada con la suya, volví a bajar los ojos y el brazo, ya levantado; porque la actitud grave, la mirada serena y tranquila y la superioridad de mi hermana me dominaron por completo.

Ella era el juez, y yo el reo; preparéme a escuchar la sentencia.

Mi hermana continuó:

—Has faltado a la religión, despreciando sus símbolos sagrados, y has faltado a la piedad filial, contristando sin motivo alguno el corazón de nuestra buena madre.

—¿Qué quieres?—le dije, no ya con aspereza, sino disculpándome—. Yo no soy el que era antes de la venida de mi padre.

—Demasiado lo veo—repuso, y volvió a colgar algunos de los cuadros, aprovechando aquel mo-

mento en que mi conciencia estaba bajo el peso del remordimiento.

En los tres años que estuve separado de la familia, mi cuerpo había crecido; pero el alma, si así puedo expresarme, se había achicado en vez de perfeccionarse. Mi hermana, por el contrario, habiéndose hecho una joven que llamaba la atención de cuantos la veían, por su belleza corporal, enamoraba todavía más a cuantos la trataban, por su discreción y por la hermosura de su espíritu. Dotada, como he dicho, de un talento claro y perspicaz, lo estaba también de un gusto exquisito para las bellas artes y de una delicadeza de juicio para apreciar las personas y las cosas, que rara vez se encuentra en las personas de su sexo, y menos en las de su edad. En mi ausencia había seguido los estudios con tal ardor y tanto aprovechamiento, que en el bordado, en el piano, y sobre todo en la conversación seria, pocas jóvenes, y acaso ninguna, hubieran podido competir con ella. A esto juntaba una naturalidad y sencillez de trato que daban nuevo realce a sus prendas, y una modestia tan verdadera, que parecía ignorar completamente el mérito que todos le reconocían.

Los amigos que venían a casa se maravillaban al verla, y se asombraban al oírla. Sintiendo dominados por su saber y por su virtud, guardaban, en su presencia, honesta compostura, y hablaban con desacostumbrada reserva, no atrevién-

dose ninguno a echarla piropos o pullas de mal género.

Yo estaba orgulloso de mi hermana.

—El orgullo de usted era muy disimulable—dijo el abogado.

—Es verdad—respondió el duque—. Ahora—prosiguió—van ustedes a conocer mejor aún cuánto valía mi hermana.

Al llegar a mi casa observé que no había cambiado nada en el mueblaje y ornamentación: todo estaba como lo habíamos dejado, y todo limpio, aseado; pero no había más servidumbre que una criada anciana, la cual, más que para servir de algo, estaba para ser servida. Mi hermana guisaba, barría, levantaba las camas, y dentro de casa hacía todos los oficios de sirvienta, como si para ello hubiese únicamente nacido.

Al principio no me paré en estas cosas, atribuyéndolas a capricho de mujeres. Poco después, habiendo tenido una cuestión con los compañeros, uno de ellos me abochornó, echándome en cara que no podíamos mantener criados.

Humillado, volví a casa, preguntando la razón de haberlos despedido.

—Hijo mío—respondió mi madre—, ¿a qué tener gastos que no son indispensables?

No queriendo entrar en contestaciones, repliqué solamente:

—Yo buscaré servidumbre. La casa del duque de Manlleu no debe estar sin criados.

Estaba exasperado y furioso contra mi hermana, a quien suponía autora de aquel disgusto. Bien lo conocía ella; pero calló.

Poco después, cuando mi madre no estuvo presente, me dijo:

—Comprendo que ha de serte doloroso lo que voy a revelarte; mas ya es preciso no ocultarte por más tiempo nuestra situación. Has de saber que las rentas de esta casa han disminuído extraordinariamente, y no puedes olvidar el deber que tenemos de enviar con frecuencia dineros a tu padre para endulzarle en lo posible las amarguras de la emigración.

Un rayo caído a mis pies no me hubiera anonado como estas palabras de mi hermana.

Me senté, cubrí la cara con ambas manos, doblé el cuerpo sobre la mesa que tenía delante, y estuve un largo rato sin saber lo que por mí pasaba. Un sudor frío corría por mis venas, me crujían los dientes, y mi cuerpo temblaba todo: tenía calentura.

—¡ Soy pobre—exclamé al fin con acento desgarrador—. ¡ Soy pobre—repetí con desesperación, y mis ojos se convirtieron en dos fuentes de lágrimas ardientes.

Parecióme que en un instante todas las cosas habían cambiado de color y de naturaleza; hasta los rayos del sol, que entonces penetraban en el aposento, habían perdido su brillo para mí.

El duque suspendió su relación para descansar un instante; después dijo:

—Tal vez les canso con estos pormenores, que para ustedes no tienen ciertamente el interés con que yo los recuerdo.

—No, señor—contestaron todos a la vez.

—Esté usted persuadido que le escucho con sumo placer—dijo el abogado.

—De las relaciones de los ancianos siempre podemos sacar los jóvenes alguna ganancia—dijo el padre Atanasio.

Yo hice señal de asentir a las palabras del sacerdote.

El médico se mantuvo callado.

El duque prosiguió así:

—Teresita—hasta ahora no les he dicho a ustedes el nombre de mi hermana—, Teresita no se separó de junto a mí en aquellos momentos de angustia suprema; dejóme llorar y gritar, y no sé si blasfemar, hasta que, pasados los primeros transportes de la desesperación, se acercó un poco más, y dándome un golpecito de cariño en el hombro, me dijo:

—Esto ya va demasiado largo, hermano; es necesario tener valor.

—¿Valor? ¿me falta a mí valor?

—Ya sé que eres valiente; pero hay un valor llamado valor moral, que consiste en hacerse superior a las circunstancias, y en dominar la des-

gracia, sufriendola con resignación; ese es el valor que te pido.

—¿Quién tiene valor para ser pobre cuando creía ser rico, y apartarse de las reuniones acostumbradas y verse abandonado de los compañeros con certidumbre de que se burlarán de mí?

—En primer lugar ten por cierto que nada sacarás de acobardarte y echarte en brazos de la desesperación; en segundo lugar piensa que nuestra situación, a tu parecer tan mala, aún tiene muchos envidiosos que de buena gana la trocarían por la suya. Dios prueba, pero no abate; humilla, pero no pierde a sus criaturas. ¡Bienaventurado aquél que sabe conformarse en todo con la voluntad de Dios!

—¿Qué será de nuestro padre?—preguntó entonces con ansiedad.

—Hasta ahora—se apresuró a responder Teresa—no le ha faltado lo que a su posición corresponde, y espero que no le faltará.

—¿Y nuestra madre?

—Nuestra madre es buena y se resigna; bien que dejando yo que se engañe en sus cuentas, ignora en qué estado nos hallamos. Sentiría—añadió—que llegase a su conocimiento el mal rato que aquí acabas de pasar.

—No lo sabrá.

—Te lo suplico.

—Yo creía hasta ahora que tú trabajabas solamente por capricho.

—Mi madre también lo cree, y conviene dejarla en ese error.

—Yo trabajaré también.

—Sí, tú debes también trabajar; debes trabajar en prepararte para levantar nuestra casa, para desempeñar el oficio que Dios te señaló haciéndote nacer en ella, y ser la gloria y el consuelo de nuestros queridos padres.

—¡Somos pobres!—volví a exclamar.

—El hombre que obra bien y cumple los designios de la Providencia lleva en su alma la mayor riqueza.

Las ideas de mi hermana y la voz reposada y segura con que las exponía, cual si ella no fuese parte interesada, derramaron sobre mi corazón lacerado un bálsamo consolador; parecióme que la fiebre se me pasaba, y sentí como si hubiesen echado agua en el volcán que ardía dentro de mi pecho.

—¿De dónde sacas tú ese valor que me maravilla?—le pregunté.

—Ven acá, rapazuelo—me dijo con aquel aire alegre y juguetón que tenía cuando me ayudaba a hacer capillas.

Me llevó al mismo gabinete en donde solíamos hacerlas, y corriendo una cortinilla, dejome ver un Crucifijo y una Dolorosa al pie de la cruz.

—Aquí, aquí—dijo—; aquí hallo el valor. ¿Quién maldecirá la pobreza, viendo a Dios desnudo en la cruz? ¿Quién rehusará eso que el mun-

do llama humillaciones, viendo a Jesús tan humillado? ¿Quién perderá la esperanza, viendo a la Virgen al pie del madero de la redención? Cada vez que una mala noticia o alguna nueva desgracia nos han afligido, aquí he venido a buscar consuelo para mí y para mi madre, y siempre lo he encontrado; aquí rogué por nuestro padre y por ti muchas veces; aquí he venido a dejar todos mis dolores, llevándome en cambio las alegrías de la resignación; aquí formé el propósito de trabajar y disimular los motivos de mi trabajo para aminsonar las penas de nuestros padres y las tuyas.

Mi hermana me parecía, cuando así hablaba, una heroína, un genio, una cosa superior, sublime.

—Lo era, en efecto—dijo el Sr. Cruells.

—Sojuzgado por la magia de su voz—continuó el duque—y por la grandeza de su espíritu, la dije:

—¿Qué debo hacer yo? Manda, y serás obedecida. Eres mi hermana; quiero que seas también mi padre, mi madre, mi maestro y director.

—Conviene no precipitar las cosas—repuso ella—. Todo se andará, con la ayuda de Dios.

Algunos días después volvió a llamarme para decirme que debería ir a la Universidad a cursar el Derecho, carrera que podría servirme para obtener una colocación decente, si las cosas no mejoraban, o para ocupar más dignamente mi puesto social, si no necesitase la abogacía para vivir.

Acepté la proposición con alegría; porque, se-

parado ya de mis compañeros, me cansaba de estar en Madrid, y me avergonzaba de mi ociosidad.

Ya saben ustedes cuál suele ser la vida del estudiante. Pronto tuve compañeros; en la misma casa que yo, vivía, entre otros, el joven marqués del Puente y barón de Santo Domingo, que estaba a punto de concluir la carrera de Leyes, hecha con extraordinario lucimiento, y era joven de excelentes cualidades, así como su familia una de las más ricas de Castilla.

En los primeros días yo hablaba de mi hermana como de una divinidad. Los compañeros se reían de mi entusiasmo; pero el marqués del Puente me llevó un día aparte, y estando solos, me dijo:

—Sé que son merecidos los elogios que haces de tu hermana.

—No hay elogio que alcance a su mérito.

—Ya lo sé. He tomado buenos informes, y creo que no llevaría mal el título de marquesa del Puente. ¿Qué te parece?

La proposición del marqués me cogió tan de sorpresa, que no supe qué responder. “¿Sabrá él que somos pobres? ¿Se lo deberé decir? ¿Le engañaré?”, me preguntaba yo interiormente. Al cabo le respondí, haciendo un gran esfuerzo:

—Marqués, somos pobres.

—También lo sé; pero yo no he de poner la corona del marquesado sobre una talega de doblones, sino sobre la cabeza de la esposa que Dios me dé.

No hay para qué decir que aquel matrimonio me halagaba en extremo.

Por fin las cosas se compusieron de manera que ya el marqués pidió formalmente la mano de mi hermana.

Teresita respondió que no quería pensar en casarse mientras hubiese de cuidar a mi madre y llevar, por la ausencia de mi padre y mi poca edad, el peso de la familia.

En vano se intentaron todos los medios imaginables para persuadirla. Yo mismo, loco de satisfacción con la idea de ser cuñado del marqués del Puente, vine a Madrid y le dije a mi hermana:

—¿En qué piensas, Teresita?

—En cumplir mi deber—me respondió.

—¿No te agrada el marqués?

—Creo que pocas esposas serán tan dichosas como la suya.

—¿Por qué, pues, no quieres tú ese título?

—Porque Dios me ha impuesto obligaciones que no me permiten aceptarlo.

—¿Qué obligaciones son ésas, hermana?

—Cuidar a nuestra madre, que se va haciendo anciana y debilitando cada día; ayudar a nuestro padre, que gime en extranjero país, y sostener tu carrera.

—¡Cuando Dios te presenta una ocasión magnífica de ser feliz!

—No hay felicidad comparable con la que se alcanza obrando bien, hermano.

—¡La riqueza del marqués es grande!—murmuré yo, sintiendo perder la parte que podría tocarme de ella.

—Por grande que sea—replicó Teresa—, es pequeña para inclinar mi voluntad. Las riquezas materiales no dan la dicha al alma, que fué creada para mayores destinos.

—¿Qué destinos son éstos?—exclamé.

—La verdad, el bien...

—Pues el marqués es bueno, veraz.

—Lo sé, y le aprecio; por esto él no se ofenderá de que yo desee también ser buena.

—¡Hermana, hermana! ¿Cuándo encontrarás otro marido semejante?

—Dios nunca abandona a los suyos.

—Dios es quien te ha puesto el marqués en el camino para que concluyan tus trabajos.

—Dios envía a veces penas para probar nuestra resignación; pero a veces nos pone también delante una felicidad deslumbradora para probar nuestra fidelidad y nuestro desprendimiento. El alma fiel sigue adelante su camino, sin torcer a la derecha ni a la izquierda, sin dejarse cegar por las tinieblas, ni deslumbrar por el sol.

Y echándose a cantar aquel sabido estribillo de su Patrona:

“Nada te turbe,
nada te espante;

todo se pasa,
Dios no se muda”, etc., etc.,

me dejó suspenso y maravillado.

—Digna era su hermana de usted de llevar el nombre de mi paisana Santa Teresa—dijo el abogado.

—Viendo la inutilidad de mis esfuerzos—continuó el duque—, volví otra vez a la Universidad, discurriendo en el camino la manera mejor de poner en manos del marqués la calabaza que mi hermana le enviaba.

A estas palabras del duque, el Sr. Tressieras soltó una estrepitosa carcajada, preguntando luego:

—¿Cómo recibió el marqués tan precioso regalo?

—“Admiro a tu hermana, dijo; yo no soy digno todavía de ella. Aguardaremos.” Esta última palabra del noble joven—prosiguió el duque—hizo renacer en mi alma alguna esperanza, esperanza que él alimentaba tratándome en todo como si fuera ya su hermano. Mas habiendo muerto a poco tiempo, se desvanecieron todas las ilusiones que con aquel suspirado enlace yo me había forjado.

Sucedió esta muerte el día 15 de septiembre de 1830.

Tres meses después supe la de mi padre, acaecida en Londres. El pobre hubo de morir sin vol-

ver a ver su patria y a su familia. Tengo el consuelo de que en los últimos momentos abominó los extravíos y errores de su vida, causados, más que por malicia del corazón, por la perversidad de su educación y los compromisos de la política.

Mi madre y mi hermana me escribieron varias cartas, rogándome que viniese a pasar con ellas el duelo y a arreglar los asuntos de la casa, sobre todo después que Calomarde mandó, en enero de 1831, que siguiesen cerradas las Universidades; pero yo me negué a complacer a mi familia, fingiendo cada vez nuevos pretextos. No sé si ustedes comprenderán los motivos que tenía para negarme.

—Estaría usted enamorado de alguna joven universitaria.

El duque hizo un gesto de desagrado, e iba a contestar; pero en aquel momento se oyeron gritos en la calle: la gente comenzaba a correr, todo el mundo cerraba las ventanas, y nosotros, a pesar de las instancias del duque para que permaneciéramos allí, salimos inmediatamente, citándonos para el día siguiente, si la revolución nos dejaba lugar.

X.—GUERRA A LAS MONJAS

El motín que nos obligó a salir, como queda dicho, de la casa del duque de Manlleu no fué más que uno de esos diarios alborotos, tan propios de los días de revolución, como las escarchas lo son en invierno y los sapos y lagartos en tiempo de calor.

A las pocas horas Madrid volvía a estar pacífico, al menos relativamente, y nosotros pudimos reunirnos al otro día en el gabinete del noble anciano.

—¿Qué saben ustedes de lo de ayer?—preguntó el duque.

—Afortunadamente, no fué nada, atendiendo a lo que hubiera podido ser—respondió el señor Cruells.

—Ese populacho—dijo el médico—merecería se le encerrase en un presidio o en una casa de locos; jamás está contento, y promueve mil disgustos, poniendo en alarma a toda la población.

—La culpa no es del populacho—observó el padre Atanasio—, sino de los que pretenden dirigirlo.

—Hombres a quienes se dan siete reales de balde, pues que no hacen nada, ¡aun piden aumento de jornal en son de amenaza!

—El corazón del hombre es insaciable—volvió a decir el sacerdote—; ansioso de felicidad, quiere hallarla a toda costa, y habiéndole enseñado que no debe esperarla del cielo, la busca en la tierra.

—¡Que la busquen sin incomodar a los demás!

—¡Si creen que los demás les incomodan a ellos!

—De todos modos, es preciso reprimir a esas gentes.

—¿Quién las reprime?

—¿Pues para qué está el Gobierno?

—Bien quisiera el Gobierno que se estuviesen quietos; pero ¿qué ha de hacer, habiéndoles él puesto en convulsión y movimiento? Solamente volviendo a los pueblos su fe en Dios y sus esperanzas eternas se les podrá hacer morales y pacíficos.

—Convengo—dijo el abogado.

—Dando por terminado este incidente—dijo el duque—, continuaré mi relación ayer interrumpida.

—Mejor será—respondió el padre Atanasio.

—Concluí diciendo que no quise venir de la Universidad cuando ocurrió la muerte de mi padre (que en paz descansa). Los motivos que tenía para no ir a casa, a pesar de las instancias de mi madre y hermana, eran varios y de diferente índole. Por una parte me abatía la idea de venir a

presenciar la pobreza y desamparo en que me las figuraba, sin tener medio para mejorar su situación; también temía entristecer demasiado a mi madre, no siendo posible ocultar mis extravíos a su vista, y acaso temía más aún que esto el hallarme frente a frente con Teresita. Por otra parte, yo estaba ya comprometido en la política, y las exigencias del partido no me permitían por entonces alejarme de la ciudad donde tenía todos mis conocimientos.

Los años que precedieron inmediatamente a la jura de Isabel II y al principio de la guerra civil fueron de una actividad política extraordinaria. Los dos partidos, el tradicional o legitimista, llamado también absoluto, y el de las innovaciones, conocido con el nombre de liberal, trabajaban con afanoso entusiasmo en prepararse para la lucha, que todos comprendían ser inevitable. Cristina procuraba hacerse partidarios contra su cuñado Don Carlos, y éste contra aquélla (1).

Pronto conoció la esposa de Fernando VII que, debiendo apoyarse el derecho de su hija en una ley para muchos dudosa, le era preciso buscar auxilio en otra parte; y no esperando que se lo prestasen las clases y los hombres bien avenidos con el pasado de esta nación, se echó en brazos de

(1) "La nación toda—dice un escritor—se convirtió en una academia o más bien en una barahunda; todos cuestionaban, todos alegaban razones, aducían ejemplos, y bien podía preverse que de las palabras había de pasarse a las obras, de las disputas a las batallas."

los que aspiraban a cambiar las bases de nuestra sociedad.

Aprovechando el interregno ocasionado por la enfermedad del rey, mandó abrir de nuevo las Universidades, que se convirtieron en centros de propaganda política, y a veces en club de conspiración (1), y publicó una amnistía para casi todos los delitos políticos, en cuya virtud volvieron, no como perdonados, sino como llamados a prestar socorro, los que en épocas anteriores habían combatido el antiguo orden de cosas.

Entonces volvieron a ser combatidos los institutos religiosos, mirados, no sin motivo, como el baluarte más firme del Catolicismo y el mayor obstáculo a muchas de las novedades que se querían introducir.

Al fin estalló la guerra civil, declarándose, en efecto, por Cristina todos los liberales, y por Carlos todos los absolutistas. La guerra se llamaba dinástica, pero era más bien de doctrina.

Yo fuí de los primeros en tomar las armas, en-

(1) La mal aconsejada reina echaba un borrón sobre el último período del reinado de su esposo y daba a conocer en el preámbulo del decreto cómo debía ser interpretado. Decía: "La ignorancia que, a manera de plaga, se ha derramado por todas las clases del Estado tan prodigiosamente, que apenas se ha librado alguno de su contagio. En efecto, de tan ominoso principio han nacido los vicios capitales... las divisiones, los partidos, las feas denominaciones, la garrulidad con que se afectan como virtudes los vicios más abominables, etc.". La clausura de las Universidades no había durado sino un año.

trando desde luego en la oficialidad, merced a la protección que me dispensaron entonces los amigos de mi padre. Desde luego fuí destinado al ejército de Cataluña. La suerte me favoreció en los primeros encuentros, y con ella y con el favor adelanté en breve tiempo en la nueva carrera militar.

Después de alistado lo escribí a mi familia. Mi madre me contestó en una carta de pocas líneas, pero llena de sentimiento y de vigor, dándome útiles consejos, dictados, sin duda, por mi hermana, consejos de que yo no hice, a la verdad, gran caso.

En marzo de 1834 recibí otra carta, con sobre enlutado; era de Teresita, la cual me participaba el fallecimiento de mi madre y suplicaba viniese a tomar cuentas al administrador y arreglar los asuntos de la hacienda.

Tampoco vine. Hallábame entonces en Cataluña, en donde las partidas carlistas, al mando de guerrilleros queridos y concedores del país, tomaban más cuerpo cada día, y un viaje a Madrid en esas circunstancias me era casi imposible.

Escribí a mi hermana facultándola para tomar las cuentas y posesión, asociada de un amigo mío a quien llamábamos "el beato" por sus costumbres morigeradas, y en el cual tenía mayor confianza que en los otros compañeros, más parecidos a mí.

La muerte de mi madre me entristeció y pre-

ocupó por algún tiempo: parecíame haber contribuido a ella con mi conducta; a pesar de mi despreocupación y fanatismo incrédulo, temía que alguna noche se me apareciese pidiéndome cuenta del olvido de sus consejos.

Los oficiales que venían conmigo procuraron distraerme multiplicando las orgías a que nos entregábamos con frecuencia; y tomando pretexto de cualquier cosa para dar un disgusto a los curas o un escándalo a los pueblos por donde pasábamos, nos divertíamos grandemente.

Como mis títulos radican en Cataluña, el coronel me dió licencia para ir con algunos amigos a Manlleu y a Roca de Clavellas, aprovechando una de aquellas temporadas en que los carlistas, después de una derrota, se dispersaban y desaparecían por algunas semanas.

El dolor causado por la muerte de mi madre habíase disminuído; los compañeros eran de carácter alegre: todos hacíamos gala de ser impíos; y la expedición fué, por consiguiente, impiamente divertida.

¡Pobres curas a quienes encontrábamos en el camino!

Al fin llegamos a Manlleu.

No quiero molestarles a ustedes haciéndoles la historia de "mis villas", como decía, no obstante mis aficiones democráticas, ni describiendo el ahora hermoso y pintoresco país que atravesábamos.

—Verdaderamente, es hermoso el país catalán—dijo el abogado.

—¿Ha estado usted por allí?

—Desciendo de un pueblo situado en la falda de Montserrat.

—También he estado en Montserrat—dijo el padre Atanasio—. ¡Qué bellezas naturales y artísticas encierran aquellos montes y aquel santuario! Allí establecieron los monjes la primera escuela de Música en España y tal vez de Europa.

—El pueblo en donde nacieron mis padres—dijo el Sr. Cruells, así como otros pueblos, deben su existencia al monasterio de Montserrat.

—Manlleu—dijo el duque—la debe a un antiguo convento de Padres Dominicos que hubo allí.

—Son muchas las poblaciones—observó el padre Atanasio—que no existirían sin el convento a cuyo alrededor y con cuya protección se fundaron; pero, ¡ay!, así como la yedra llega tal vez a ahogar al árbol que la sostiene, estas poblaciones, ¡hijas ingratas!, han destruído los monasterios a los cuales debían el ser. Si preguntáis los principios de su historia a los pueblos, muchos os responderán: “Esta comarca era un yermo, un bosque poblado de fieras o habitado por ladrones, adonde nadie se atrevía a llegar; pero vino el abad A o la abadesa B, acompañados de algunos monjes o monjas; echaron los cimientos de su monasterio, respetado entonces hasta de las gentes de mal vivir; desmalezaron el terreno, dieron

pan y buen ejemplo, nuestros mayores vinieron a disfrutar de la tranquilidad con que el convento les brindaba y del trabajo que les ofrecía, y nació el pueblo" (1).

—Eso es verdad—dijo el abogado.

—Nosotros no nos parábamos en estas indagaciones—continuó diciendo el duque—. Creyendo a los periódicos que leíamos, a las novelas que andaban por los cuerpos de guardia y a las inspiraciones de nuestro entusiasmo liberalesco, teníamos a los frailes por unos verdaderos zánganos de la sociedad, cuya sangre chupaban sin ayudarla en nada; a las monjas las juzgábamos tan pronto mujeres desesperadas que se habían metido en el convento por no encontrar novio, tan pronto víctimas de la violencia, encerradas allí por algún padre supersticioso o por algún hermano demasiado codicioso, cuando no atribuíamos su clausura a otros motivos más reprobables.

Recuerdo que, recorriendo la montaña del Principado, la columna se detuvo un día, y algunos oficiales fuimos a comer a una fuente muy fresca y abundosa cerca de un pueblo que se llama San Juan de las Abadesas. El nombre, que prueba por sí solo lo que poco ha decíamos, sirvió de tema a un sin número de equívocos y de chanzas, que no

(1) Es inútil y difícil aducir hechos, lo primero porque no hay quien no tenga noticia de algún pueblo formado de esta manera; lo segundo, porque entre tantos no se sabe cuáles elegir.

puedo recordar sin remordimiento. Toda la conversación versó sobre las monjas.

—¡Qué contentas estarán dentro de aquellas paredes!—decía uno.

—Al contrario—decía otro—: estarán rabiando siempre.

—¿Contentas y rabiando? ¿Cómo es eso?—preguntaba un tercero.

—Lo uno y lo otro es verdad—respondió un capitán, que, por pertenecer no sé a qué secta secreta de las muchas que entonces dirigía la política, tenía grande influencia, y a quien por esto se escuchaba siempre con respeto.

—Explica, explica, capitán—le dijimos todos, sentándonos junto a él para no perder ninguna de sus palabras.

—Por dos caminos se va al convento—dijo—. Cuando alguna familia, bien por superstición, bien por avaro cálculo, quiere deshacerse de una hija, la llevan a un diestro confesor, el cual, pintándole las delicias que en el claustro disfrutaban las esposas de Jesucristo, le predica que Dios la llama; la niña inexperta se deja persuadir fácilmente, y hé-tela ahí convertida en monjita, con gran contentamiento de sus bárbaros parientes, que se reparten entre sí la herencia correspondiente a la joven, regalando una parte al confesor. Otras veces es éste el que, sin encargo de la familia, y aun contra su voluntad, engaña a la niña para llevar su dote al convento, o por otras miras que él sabe

mejor que yo. Cuando estas niñas se hacen jóvenes y conocen su situación, ya no están a tiempo para protestar contra la violencia, quedándoles solamente el consuelo de pasar la vida maldiciendo a sus padres y al confesor y a los fundadores del convento y hasta a los albañiles que lo edificaron. Ya ven ustedes si rabiarán esas monjas.

—¡Qué horror!—exclamamos todos al suspender su relación el capitán.

—Dinos ahora cómo pueden estar contentas—le dijo uno de los compañeros.

—Voy a eso—respondió aquél—. Están contentas las que entraron ya viejas y después de haber usado y abusado del mundo; las que, hastiadas de vivir y careciendo de valor para echarse al río, se echaron al convento, en donde llevan una vida relativamente regalada, entregándose a la pereza, a la gula y a los mezquinos placeres que su naturaleza gastada les consiente. Estas, que son por lo común las superiores, tienen una estadística exacta y minuciosa de todas las familias distinguidas del país, de las niñas que nacen y dotes que tienen asignados, y están continuamente en relación con los confesores, que las ayudan a apoderarse de las jóvenes que mejor les convienen.

—¡Qué picardía!—exclamamos otra vez.

—España—continuó el capitán—no será feliz y liberal hasta que haya destruído esos nidos de holgazanería e inmoralidad.

—¡A poner fuego al primer convento!—añadió uno.

—Todo se andará—replicó el capitán—. La revolución ha jurado la muerte de esos restos de la barbarie y del fanatismo, y morirán. En cuanto se haya ilustrado un poco más la opinión pública, vendrá un gobierno revolucionario y decretará la supresión.

—¡Pronto, pronto!

—Trabajad en preparar al pueblo.

—¿Cómo?

—¿Cómo? ¿No veis lo que hago yo? Aprovechando todas las ocasiones para desacreditar a esos focos de superstición, repitiendo una y otra vez los hechos escandalosos traídos por nuestros periódicos; inventando cuentos, chascarrillos y anécdotas picantes contra los conventos. Así trabajaréis por la revolución tan bien como persiguiendo a los carlistas, y, además—añadió, bajando la voz—, trabajaréis en nuestro propio provecho.

—¿En nuestro provecho?

—Sí. Los conventos son muy ricos, guardan muchas alhajas, y... no os vendrá mal que se os nombre para formar el inventario cuando llegue la ocasión.

Mientras el capitán peroraba, un oficial, particular amigo suyo, se había entretenido en cubrir con nuestros pañuelos los arbustos de alrededor de la fuente, y volviéndose a nosotros, dijo:

—Ahí hay una comunidad de monjas que acreditarán las palabras del caballero capitán.

Y comenzó a preguntar a cada arbusto, y a responderse a sí mismo, en estos términos:

—¿A qué edad entraste monja?

—A los siete años.

—¿Por qué?

—Porque el confesor me engañó dándome dulces y prometiéndome que no debería trabajar.

—¿Quieres salir ahora?

—Sí; quiero ser mujer, quiero disfrutar del mundo.

—¡Sal! La libertad te salva—decía el oficial, y quitaba el pañuelo del tronco, haciendo lo mismo con los demás.

—¿Cuándo entraste?—preguntaba a otro árbol.

—A los diez años.

—¿Voluntariamente?

—No, señor; porque mi padre me pegaba cada día, mis hermanos me amenazaban incesantemente, y el confesor me dijo que sólo haciéndome monja podría librarme de sus impertinencias.

—¿Quieres salir?

—Nada más deseo.

—Y tú, ¿cuándo entraste?

—Yo... a los treinta y cinco años.

—¿Por qué?

—Porque...

—¿Quieres salir?

—Aunque llevo acá buena vida, no me pesará el respirar otra vez el aire libre.

—¿Quién te proporcionó la entrada?

—La compré por mi dinero, mediante el confesor.

—¿En dónde está tu confesor?—preguntó un oficial que acababa de salir del colegio.

—¡Allí!—respondió el otro, indicando un tronco que había vestido con una de nuestras levitas.

El joven corrió allí con la espada desenvainada tan furiosamente, que la habría roto contra el tronco si no le hubiésemos detenido.

Así se trabajaba villanamente contra los institutos religiosos: era una verdadera propaganda de calumnia y de rencores la que se hacía entonces.

Con estas impresiones volvimos al pueblo, cuando el sol iba ya escondiéndose detrás de las montañas de carbón que rodean aquel pueblo. Si al paso hubiéramos encontrado algún fraile, difícilmente habría escapado con vida; si hubiéramos pasado junto a algún convento de monjas, dudo que nos hubiésemos contenido de dar libertad, aunque no la quisieran, a sus moradoras, apoderándonos de sus riquezas.

De este modo se cometieron en aquellos años muchos actos de inexcusable y vergonzosa barbarie, invocando el progreso y la libertad.

Al llegar a casa encontré tres cartas, que conservo todavía y voy a tener el gusto de leérselas

a ustedes, porque son de grande interés en esta historia.

El padre Atanasio dijo que debía marcharse, por ser día de ir a confesar en el hospital, y nos despedimos todos, dejando para otro día la lectura de las cartas.

XI.—LAS CARTAS

Cuando volvimos a reunirnos, el duque de Manlleu sacó de un cajón de su despacho una cartera de terciopelo con broches de oro, y de ella tres cartas, que leyó por el mismo orden con que las había leído al recibirlas del correo en su alojamiento de San Juan de las Abadesas:

Carta del administrador.

“Madrid, 28 de abril de 1834.

Excmo. Sr.: El traspaso de la herencia y demás encargos que V. E. se ha servido hacerme quedan cumplidos. El estado de la hacienda no es tan malo como V. E. cree; gracias al desinterés y buen cuidado de su señora hermana, V. E. podrá llevar con honor el título de duque de Manlleu que ha heredado de sus mayores, y al cual no dudo que V. E. añadirá nuevos timbres. Adjuntos van los documentos y estados que prueban cuanto dejo indicado.

S. S. y súbdito de V. E.,

José Fernández.”

—En efecto—dijo el duque, cerrando esta carta y abriendo otra—, de los estados de las rentas resultaba que eran mayores de lo que yo podía prometerme. En los años transcurridos desde la muerte de mi padre se había pagado una porción de deudas, y una buena parte del patrimonio quedaba libre de cargas. Todo se lo debía a mi madre y hermana.

La segunda carta era del amigo a quien había enviado poderes para tomar en mi nombre posesión de la herencia.

Contestación del conde de Roda.

“Madrid, 30 de abril de 1834.

Querido duque: He tenido satisfacción suma en aceptar y cumplir tus encargos, que he desempeñado con celo, y espero que a tu satisfacción. En recompensa voy a pedirte, a mi vez, un obsequio, que no puedes negarme, siquiera porque tú me has puesto en el caso de necesitarlo.

Para evacuar las diligencias que me confiaste he debido tratar muchas veces con tu hermana, viniendo así a conocer a fondo la sublime bondad de su corazón y la superior perspicacia de su entendimiento. Teresita es admirable; es una joya que no debe estar oculta por más tiempo; una perla que debe sacarse de la concha y ponerla en una diadema. Yo me tendría por el hombre más dichoso si pudiera engarzarla en mi corona con-

dal, o, mejor, si pudiera poner mi corona sobre sus sienes.

Ya sabes que yo entiendo el amor de diferente modo que vosotros, que sois algo calaverillas, y puedes, por lo mismo, conocer que te hablo con formalidad. Procuraré hacer feliz a tu hermana, y espero lograrlo.

Probablemente me dirás que me entienda con ella, si es que por tu parte no hallas inconveniente en que se lleve adelante el casamiento.

Por eso debo anticiparte que indirectamente, y de la manera que se dicen estas cosas, le he hablado ya; pero hasta ahora sin resultado. Teresa tiene un secreto que no me ha confiado, ni yo he pretendido que me confíe. Ese secreto, que desconozco, es el único impedimento que podría oponerse a mi completa felicidad, porque estoy seguro de que tu hermana me aprecia.

Si quieres ser mi hermano, procura conocer ese secreto y remover con tu influencia el obstáculo que se opone a mi dicha.

Saluda a los amigos, y dispón del que lo es tuyo afectísimo,

El conde de Roda.”

—Las dos cartas eran a cual más satisfactorias para mí—dijo el duque—. El conde de Roda era un joven noble, rico, despejado, instruído, formal y religioso; ya he dicho que yo y mis compañeros le llamábamos el beato. Todas estas condiciones

me halagaban en extremo, porque así como para casarnos nosotros buscamos una mujer buena, dejando a aquellas que nos han divertido, así para casar a una hija o hermana preferimos un esposo de costumbres religiosamente severas, a nuestros propios compañeros de orgía.

Cuando acababa de leer estas cartas entraron en el cuarto el capitán y el oficial, su particular amigo, a quienes se las di a leer.

—Eres chico de suerte—me dijo el capitán.

—Aún tienes otra carta sin abrir—dijo el teniente.

—A ver si en esa te vendrá el premio gordo de la lotería.

—Voy a leerla con tu permiso.

Al coger la carta, cuyo sobre no había mirado todavía, conocí la letra de Teresita.

—¡Es de mi hermana!—exclamé.

—Bueno; te dirá con algún remilgo y con rodeos que el conde no le disgusta—dijo el teniente.

La carta decía así:

Carta de Teresita.

Madrid, 30 de abril de 1834.

Querido hermano de mi corazón: Dios ha dispuesto de nuestros buenos padres, llevándolos a mejor vida, y nosotros debemos ya ver cómo empleamos el tiempo presente para asegurar la salvación.

Tú me has dicho alguna vez que tengo un corazón grande: yo no sé si es grande; pero sé que no le llenan las grandezas de la tierra. Mi espíritu anhela una luz más clara que la del sol; aspira a un conocimiento de la verdad que no se halla en los libros ni en la conversación de los hombres; desea amar el bien, el bien absoluto, del cual solamente se descubren destellos en las criaturas, y amarlo con un afecto desinteresado, puro, completo, incesante y eterno.

Esas aspiraciones no puedo realizarlas en el mundo, por lo cual he resuelto salirme de él.

Después de haberlo meditado mucho a mis solas, y con consejo de quien en esto podía dárme-lo acertado, he solicitado y obtenido, aunque con algún trabajo, la admisión en un convento de monjas carmelitas, situado al pie de un monte de Oviedo. La ley y las disposiciones de nuestros padres me facultan para tomar esta resolución; sin embargo, tendré gusto en saber que tú consientes, suplicándote que, para demostrármelo, asistas a la función de entrada, la cual deberá celebrarse el día 15 del próximo octubre, festividad de mi gloriosa Patrona.

Aquel día tendré también el gusto de firmar a favor tuyo la renuncia de mi parte de herencia.

En el convento rogaré a Dios por nuestros padres y por ti fervorosamente, queriéndote siempre en Dios, tu hermana

Teresita.”

Cuando acabé de leer, mi cara estaba tan blanca como el papel de la carta. El capitán y el teniente, sospechando que con ella me habría venido la noticia de algún grave desastre, me hicieron un saludo frío y cumplimentoso y se marcharon.

Fué una fortuna que no comprendiesen la naturaleza de la noticia, porque si la supieran, difícilmente se habrían abstenido de vomitar alguna impiedad, y a mí me hubiera sido aún más difícil el contenerme de defender a mi hermana.

Apenas quedé sólo, dejéme llevar de la cólera hasta la rabia y el frenesí. ¡Triste suerte!—exclamaba—: ¿qué van a decir los compañeros en sabiendo que mi hermana se hace monja? Y esta idea me arrebató de manera que me pegaba en la frente, pateaba el suelo, caminaba a grandes pasos por el aposento, me mesaba los cabellos y la barba, tiraba la carta con desdén, la cogía y la estrujaba con los puños y... parecía verdaderamente haber perdido el juicio.

La patrona, asustada por mis gritos desatinados y por el ruido que desde fuera se oía, entró a ver lo que había ocurrido; la despedí con palabras destempladas; pero comprendí que era necesario reportarme para no promover un escándalo que hiciese más comprometida mi situación.

Entonces me puse a discurrir los motivos que habrían podido impulsar a mi hermana, a fin de quitarlos con tiempo e impedir que realizara su propósito.

Recordé la explicación que en la fuente nos había hecho el capitán, creyendo por ese hilo sacar el ovillo, según se dice vulgarmente.

La explicación del capitán no me daba ninguna luz.

Mi hermana no iba al convento obligada por un padre cruel, porque no le tenía, y si él viviera antes trabajaría para detenerla.

No iba para librarse de los malos tratamientos de algún hermano, puesto que no tenía otro que yo.

No iba, de seguro, engañada por ningún confesor, porque yo no podía concebir siquiera que hubiese un confesor capaz de engañar a mi hermana.

Por otra parte, ningún interés podía mover a nadie a llevarla al convento, pues antes de entrar renunciaría en favor mío sus derechos a la herencia.

Tampoco podían impulsarla los remordimientos o la desesperación. No los remordimientos, porque era una santa; no la desesperación, porque entonces mismo solicitaba su mano uno de los mejores hijos de la nobleza de Madrid.

He ahí un caso, dije al fin de este soliloquio, en que no ha pensado el capitán. Además de los dos caminos de que nos ha hablado, hay un tercer camino para ir al convento, y por ese va mi hermana.

Y seguía examinando los motivos de su vocación, sin acertar a darme cuenta de ellos.

¿Será un capricho de mujer? No; mi hermana no es caprichosa; jamás la he visto obrar sino con reflexión y mucha cordura.

¿Será por algún exceso de devoción?, ¿por fanatismo? No es posible; ella conoce y ama la religión, pero no tiene nada de fanática.

¿Qué será?, ¿qué no será?

En esta desazón de la incertidumbre volví a abrir la carta, y creí que un rayo de luz venía de ella a iluminarme.

—Aquel día—léi—tendré también el gusto de firmar a favor tuyo la renuncia de mi parte de herencia.

—¡Ahora lo comprendo todo!—exclamé—. Mi hermana quiere llevar el sacrificio hasta el último extremo. Después de cuidar a nuestros padres, abandonados por mí; después de sostenerme en la carrera; después de quitar al patrimonio las cargas que más le ahogaban, quiere renunciar a su legítima, a fin de mejorar mi situación, sacrificando, para lograrlo, su libertad y su vida. ¡Oh! —dije—; si hay mujeres santas, Teresita es una de ellas; pero no he de consentir en este sacrificio; no seré yo rico a costa de mi hermana.

Habiéndome serenado con este razonamiento, resolví no decir nada a mis compañeros, excusando con cualquier pretexto la impresión que delante de ellos me había hecho la lectura de la carta.

Como el correo no llegaba al pueblo sino dos veces por semana, había de tardar tres días en sa-

lir, y quise tomarme todo este tiempo para pensar la respuesta que convendría dar a las cartas.

Entonces comenzó la interesante correspondencia, que conservo entera en este pliego. Las cartas mías están fechadas en distintos puntos, adonde nos llevaban los azares de la guerra.

El duque sacó un manojo de cartas envueltas en papel de color y atadas con una cinta.

XII.—CORRESPONDENCIA INTERE- SANTE

Carta primera del duque a Teresita.

Manresa, 15 de mayo de 1834.

Querida hermana de mi alma: Tu última carta me ha sorprendido, y en el primer momento—te lo digo con lealtad—me ha encolerizado. Después he creído comprender los móviles generosos de tu inesperada resolución, y me he enternecido. Te admiro, hermana; admiro la grandeza de tu alma, pero yo sería indigno de llevar el mismo apellido que tú llevas si no supiera imitarte.

¿Por qué has pensado en hacerte monja? Las últimas líneas de la carta descubren tu noble intención; renuncias a tu libertad para poder renunciar a favor mío los bienes que te pertenecen.

Mas esto ni tú debes hacerlo, ni yo puedo consentirlo.

Tú debes disfrutar de esos bienes que has salvado, mejor que yo que ninguna parte he tenido en su conservación. No quiero los tuyos y estoy dispuesto a cederte los míos, seguro de que, estando en tu poder, me serán más provechosos.

La hija de los duques de Manlleu debe aspirar a cosas más altas que a encerrarse en un convento. Tu nacimiento y tus dotes te hacen merecedora de una diadema, y espero que no se pasará mucho tiempo antes que la diadema te sea ofrecida.

Conozco demasiado tu carácter para esperar que hayas desistido de tu propósito; pero espero que lo abandones inmediatamente en cuanto leas esta carta.

Así te lo suplica encarecidamente por el amor de nuestros padres, por el amor fraternal nuestro y por cuanto pueda interesarte, tu hermano, que siempre te ha querido, y desde ahora te quiere mucho más

El Duque, etc.”

Carta del duque de Manlleu al conde de Roda.

“Manresa, 15 de mayo de 1834.

Estimado conde y antiguo compañero: Muchas gracias por el celo que has desplegado en el arreglo de mis asuntos. Apruebo todas tus disposiciones, quedándote por ellas eternamente reconocido.

Más lo quedo aún por el favorable concepto que has formado de mi excelente hermana. Tu proyecto me honra y me halaga; puedes, por consiguiente, contar con mi apoyo para llevarlo a cabo.

No creo que Teresita tenga algún secreto que

pueda ser obstáculo insuperable. El dolor causado por la muerte de mi madre, el hallarse sola en esta circunstancia y la madurez de su carácter, la habrán sin duda aconsejado esta reserva, que hasta cierto punto no extraño, y espero que desaparecerá luego que vea la formalidad con que tú hablas.

Espero que seguirás en tus propósitos y me comunicarás cualquiera observación que hagas para obrar de acuerdo en asunto tan importante.

Besa tus manos, etc.,—

El Duque.”

Contestación de Teresita.

“Madrid, 2 de junio de 1834.

Querido hermano de mi alma: Creí haber sido bastante explícita en mi anterior para que comprendieses los motivos que me llevan al convento. Preocupado por el amor que me tienes y las distracciones de la guerra, te has fijado solamente en las últimas líneas, creyendo ver allí la causa de mi resolución.

No es ésta, hermano mío. Tengo un gusto muy grande en poder con mi renuncia mejorar algo tu herencia; pero esto nunca sería bastante para inducirme a tomar un estado contrario a mi vocación.

Al dejar esas riquezas, no hago el sacrificio que tú te imaginas. Dios no me ha criado para ellas.

Mi alma tiene necesidad de luz, de aire, de verdad, de virtud, de abstracción, de soledad, y voy al claustro en busca de esas cosas que el mundo no puede darme; dejo las vanidades y riquezas que me embarazarían con el mismo afán con que otros las recogen, como las plantas arrojan las hojas secas para dar nacimiento a otras nuevas, como el pájaro después de la lluvia sacude sus alas para levantar su vuelo.

En todo lo demás de tu carta veo tu buen afán por el estudio y tus generosos sentimientos y algunas de las preocupaciones que en la actualidad ciegan a muchos; pero es inútil todo para detenerme.

“La hija de los duques de Manlleu debe aspirar a cosas más altas”—estas son palabras tuyas—; en efecto, debo aspirar a más que a ser esclava del mundo material y pequeño.

Entre las satisfacciones del cuerpo y las satisfacciones del alma, doy la preferencia a estas últimas.

¡Ojalá pueda un día saber desde el convento que mi hermano muy amado juzga las cosas de la misma manera!

Esto le pedirá incesantemente a Dios tu

Teresita.”

Carta del conde de Roda.

“Madrid, 4 de junio de 1834.

Estimado amigo: Tu carta me fué sumamente satisfactoria, haciendo nacer en mi alma esperanzas que aún temo no poder realizar.

En vano he tratado de ganar la confianza de tu hermana. Estoy seguro, segurísimo, de que me aprecia, pero lo estoy también cada vez más de que tiene un secreto importante que no quiere revelar. José Fernández, el administrador, a quien hice confidente de mis propósitos, no sabe nada, y se manifiesta extrañado como yo; la vieja sirvienta no está mejor enterada que nosotros.

En otros tiempos habría sospechado que tu hermana hubiese hecho voto de entrar religiosa; ahora esta suposición sería absurda, estando en vísperas tal vez de que se supriman los conventos.

No lo comprendo.

Trabaja por tu parte para que pueda ser pronto hermano tuyo este tu amigo, etc.”

Carta segunda del duque a su hermana.

Gerona, 20 de junio de 1834.

Querida hermana de mi corazón: Perdona si pude pensar por un momento que tu resolución de ser monja nacía del deseo de mejorar mi suerte, añadiendo a las mías tus riquezas. Yo debí ha-

ber conocido que una alma grande como la tuya no da tanta importancia a los bienes materiales, ni para sí ni para sus hermanos.

Tu última carta me lo ha revelado todo.

Tienes la virtud de nuestra piadosa madre y el valor de nuestro padre, que has puesto al servicio de una causa divina.

No te haces monja para hacerme rico; esto es indigno de ti. Te haces monja para hacerme bueno, para recordarme que tenemos alma y llevarme con tu ejemplo a vivir en la atmósfera espiritual de la virtud.

Si es eso—y no concibo otra cosa—no te hagas monja. Sin necesidad de este sacrificio, yo seré bueno; dejaré los malos compañeros; iré, si quieres, a vivir contigo; creeré lo que tú creas; rezaremos juntos, y me haré digno de estar a tu lado.

Contéstame que ya no te harás monja, y harás la felicidad de tu hermano, etc.”

Carta segunda del duque al conde de Roda.

“Gerona, 20 de junio de 1834.

Querido amigo: Tienes razón en tener por absurda la suposición de que mi hermana pueda hacerse monja. En estos tiempos, ¿a quién se le ocurre semejante idea?

No le des a conocer siquiera que hayamos pensado en sospechar esto.

Su desvío pasará; a la reserva sucederá la con-

fianza. Los caracteres como el de mi hermana son así. Comunícame todas las observaciones que hagas, yo haré lo mismo.

No desees tú más que yo que sea tu hermano.

El Duque, etc.”

Contestación de Teresita.

Madrid, 30 de julio de 1834.

Querido hermano: Voy a ser monja, porque creo ser ésta mi vocación. Dios ha señalado a cada criatura su fin, dándole los medios adecuados para lograrlo, y la verdadera felicidad y la virtud están en no separarse del orden establecido por Dios; el pájaro no podría vivir en el agua, ni el pez en el aire, mientras cada uno en su elemento son dichosos, según su naturaleza, y alcanzan el fin que les es propio.

Así las criaturas racionales tenemos también, dentro del fin supremo, que es común a todas, cada una su fin particular, y recibimos del Señor las disposiciones y gracias necesarias para conseguirlo.

El mundo anda mal porque no se examinan las vocaciones, resultando que pocos hombres ocupan su puesto y se pierden muchas buenas disposiciones que el cielo concedió para ser aprovechadas.

Tú has nacido para la guerra; yo para monja.

Tú, encerrado entre cuatro paredes, separado de tus compañeros, reducido a la meditación, no sufrirías más de lo que sufriría yo en medio del bullicio. Tu alma activa necesita obrar grandes cosas; la mía quiere meditar, amar...

Yo doy gracias a Dios por haberme dado esta vocación.

No me hago, pues, monja por ti, sino por mí, para cumplir la voluntad del Señor.

Hay un modo de vivir diferente del común y ordinario; es una vida de trabajo espiritual, en la que el alma libre cuanto es posible de los lazos de la materia, se ocupa continuamente en su propio perfeccionamiento, conoce mejor y ama mejor, y esa es la vida religiosa, el modo de vivir a que me siento llamada y a que aspiro.

Hay almas que tienen necesidad de esta vida; el mundo no las conoce, las juzga mal, y acaso las persigue, atribuyendo falsos motivos a su resolución.

Cuando esté en el convento te explicaré la vida que llevamos.

Ya ves que mi resolución es irrevocable. Por esto no dejes de ser bueno y de querer a tu hermana, que te quiere cada día más en el Señor,

Teresita."

Contestación del conde de Roda.

“Madrid, 6 de julio de 1834.

Querido amigo: Nada he adelantado con tu hermana; pero creo que podrá darnos luz el padre Andrés Gutiérrez, que ha cuidado de su educación. Tú puedes dirigirte a él. Adiós.”

Carta tercera del duque de Manlleu a su hermana.

Olot, 11 de julio de 1834.

Querida hermana de mi alma: He recibido la carta en que me dices que tu resolución de ser monja es irrevocable.

No tengo derecho para impedírtelo; pero siento de veras y con amargura indecible que hayas tomado esa determinación que, contraria a la naturaleza, mancha el buen nombre de tu padre y te expone a peligros que no conoces a pesar de tu talento, porque no sabes cómo está el mundo.

Ocupaciones perentorias del servicio y el mal estado de mi cabeza (efecto de tu carta) me impiden escribir largo. Indicaré solamente dos ideas, esperando que las medites mucho antes de dar el último paso en tu loco empeño.

I.^a Según me escribe un amigo de la corte puede ser que el conde de Roda, joven excelente por todos conceptos y religioso como tú, haya pensado en casarse fijando en ti su atención.

2.^a Las monjas eran buenas para otros tiempos. Ahora el mundo no está para monjas, y de tal manera adelantan las ideas de libertad, que no se tardará mucho probablemente en suprimir ese género de vida, obligando a las que lo llevan a abandonar conventos.

Te querrá siempre tu hermano, etc.”

Carta del duque al padre Andrés Gutiérrez.

“Olot, 13 de julio de 1834.

Muy señor mío y de mi mayor consideración: Recordando con el agradecimiento debido los beneficios recibidos de Vuestra Reverencia en mis primeros años, cuando venía Vuestra Reverencia a darnos lección a Teresita y a mí, me atrevo a pedir a Vuestra Reverencia un nuevo obsequio, del cual depende gran parte de mi felicidad.

Siendo para con Vuestra Reverencia inútiles e innecesarios los rodeos, voy al grano inmediatamente y entro en materia.

He tenido alguna noticia de que mi hermana, cuyo bien deseo como el mío, piensa en hacerse monja. Si es o no así, le será a Vuestra Reverencia fácil el averiguarlo, y suplico a Vuestra Reverencia que ponga todos sus medios para saberlo con certeza y emplee toda su influencia para impedirlo.

Vuestra Reverencia sabe perfectamente cómo está el mundo, conoce sus tendencias, y compren-

derá, por consiguiente, los peligros a que se expondría mi hermana metiéndose en religión.

Yo sé que Teresita le respeta a Vuestra Reverencia tanto como yo, y que atenderá sumisa a sus observaciones y consejos.

Por esta molestia, que no dudo se tomará Vuestra Reverencia y por la respuesta que espero con ansia, le anticipa las gracias a Vuestra Reverencia,

El Duque de Manlleu.”

Carta tercera del duque al conde de Roda.

“Banyolas, 17 de julio de 1834.

Amigo de mi corazón: Por el correo anterior he escrito al padre Gutiérrez, cuya contestación estoy esperando con ansia suma. Te incluyo una tarjeta mía para ese señor, a fin de que puedas visitarle en mi nombre y entrar en relación directa con él, procurando ganarte su confianza.

Conozco que podrá servirnos mucho, sintiendo que no se me haya acordado antes.

Es hombre de mucha experiencia, de mucho saber, y nos quiere a Teresita y a mí casi como si fuéramos sus hijos; te hago esta prevención, aunque contigo poco necesaria, para que vayas con cierto cuidado desde el primer día.

Me parece prudente que tardes algún tiempo a manifestarle tus intenciones respecto a mi hermana.

Sigue avisándome de todo lo que ocurra, quedando yo obligado a hacer lo mismo.

Tuyo siempre, etc.”

Contestación de Teresita.

Querido hermano de mi alma: Uno de los mayores disgustos que pudiera yo tener en este mundo ha sido el saber que tú lo tienes de que me haga monja.

Esto bastaría para retroceder en mi determinación y no hablar más de ella, si se tratara de compromisos con alguna criatura y de mi felicidad temporal; pero se trata de más que eso, hermano mío. Se trata de cumplir la voluntad de Dios, de ocupar el puesto que Él me destinó en el mundo y de asegurar mi salvación eterna, y objetos tan sagrados no puedo posponerlos a ninguna otra consideración.

Siéndome imposible entrar en discusión contigo para rechazar las calificaciones que equivocadamente haces de la vida religiosa, responderé brevemente a las dos indicaciones con que pones fin a tu carta:

1.^a He conocido antes que tú lo supieras el afecto y adivinado los intentos del señor conde de Roda, con el cual he guardado toda la reserva que el caso requería, por lo mismo que yo no podía contribuir a que los realizara. Creo que el se-

ñor conde, que es excelente sujeto, no tendrá queja de mí.

2.^a Conozco el estado de la opinión pública, sobreexcitada por predicaciones impías contra los conventos, porque el padre Andrés, con quien desde el principio consulté este asunto, me lo hizo presente, y los sucesos han acreditado su predicción (1). Sé la posibilidad de que dentro de algún

(1) El día 17 de julio de 1834 fué un día de luto para el pueblo de Madrid. El cólera hacía grandes estragos en la población, que estaba sumamente consternada. Los enemigos de los frailes creyeron la ocasión oportuna para levantar contra ellos a las masas sobreexcitadas, haciendo correr la voz de que los frailes producían la mortandad, envenenando las fuentes. Por absurda que fuese esta suposición—pues el cólera mataba también en donde no había frailes—, fué creída por algunos fanáticos, que, juntándose con los emisarios de las sectas secretas, acometieron a los conventos y asesinaron a sus inocentes e inermes moradores. Resístese nuestra pluma a consignar aquí los detalles de tan horrosa carnicería; las autoridades nada hicieron para impedirlo.

He aquí el resumen de las víctimas:

	MUERTOS		HERIDOS	
	Sacerdotes	No sacerdotes	Sacerdotes	No sacerdotes
Jesuítas.....	4	11	1	3
Dominicos.....	6	1	2	1
Franciscanos...	22	24	»	1
Mercedarios....	8	1	2	3
	40	37	5	8

TOTAL GENERAL

Muertos..... 77
Heridos..... 13

tiempo se nos eche a la calle, y aun de que se nos maltrate; pero “nada te turbe, nada te espante, etcétera”. como decía mi patrona Santa Teresa; “quien a Dios tiene, nada le falta”. Cumpla yo mi deber, que el cuidado de lo demás en buenas manos queda.

Con esto se va acercando el día de la entrada, y te renuevo la súplica de que asistas.

Tu hermana, que te ama de corazón,
Teresita.”

Contestación del Padre Gutiérrez.

Madrid, 27 de julio de 1834.

Excmo Sr.: Aunque por doña Teresita acostumbro a saber de Vucencia, las cartas con que Vucencia me ha honrado recordando los tiempos en que les explicaba a ustedes la doctrina santa de Dios, me ha causado extraordinario placer.

Poco trabajo me ha costado, excelentísimo señor, el cumplimiento de sus encargos, porque la vocación de doña Teresita me era conocida hace tiempo.

Para satisfacción de Vucencia le haré brevemente la historia de esta vocación.

Después que Vucencia se fué con su señor padre al extranjero por los años 1824, yo dejé de dar lección a Teresita; pero a instancia suya y de su señora madre continué siendo su consultor y el director de su espíritu.

En esta calidad he podido seguir paso a paso todos los que daba la hermana de Vuecencia en la senda de la perfección moral, en la formación de su maravilloso carácter y en el desenvolvimiento de sus grandes facultades.

Confieso que jamás debí estimularla hacia el bien; mi trabajo se ha reducido a dirigir, y algunas veces a contener los ímpetus de esa fuerza interior que la empuja con extraño impulso a todo lo santo, a todo lo bello, a todo lo grande, sin reparar en dificultades.

Nadie conoce mejor que yo los sacrificios heroicos llevados a término para ayudar a su señor padre en la emigración, para endulzar los últimos años de su señora madre, dejándola ignorar el mal estado de la hacienda, para llevar a Vuecencia a la Universidad, y últimamente para matar las sanguijuelas más voraces que chupaban la sangre del patrimonio; nadie como yo puede dar fe de que todos han nacido de la generosa inspiración de nuestra heroína.

En más de una ocasión, al verla tan tranquila e igual en medio de los más adversos contratiempos, al ver cómo hacía esas obras admirables cual si fuesen cosas sencillas y ordinarias, desconociendo ella sola su grandeza, yo me he preguntado: ¿qué será de Teresita?

Porque las mujeres dotadas de semejante carácter y tales facultades no suelen servir bien para la vida ordinaria de su sexo, según me ha

enseñado una larga experiencia en el ejercicio de mi sagrado ministerio y en las relaciones que he debido sostener con gentes de todas categorías. Parece que Dios las trae del mundo para cumplir una misión especial de luz, de bien y de amor. Si se encierran en la vida ordinaria de la mujer, sufren dolores acerbos, porque su espíritu pugna de continuo para volar en otros horizontes más espaciosos, cuyos caminos les están cerrados; si venciendo desde el principio el alma al cuerpo y sobreponiéndose sus aspiraciones, pocas veces bien apreciadas por las personas vulgares, a las preocupaciones y costumbres sociales, toman el rumbo por donde las lleva su energía y espiritual ambición, van a parar a uno de dos extremos opuestos: cristianas, son una Santa Teresa de Jesús, una Santa Catalina de Sena, etc.; no cristianas o malas cristianas se llaman Safo, Aspasia, Mesalina.

De la hermana de Vucencia jamás temí esto último; pero temí muchas veces que las dotes de su alma privilegiada sirviesen para amargarle los mejores años de su vida.

Cuando Vucencia vino a Madrid a interceder en favor del difunto marqués de Puente (q. g. g.), tuve una gran satisfacción, porque, según los informes que me apresuré a tomar, pocos hombres hubieran podido, como él, comprender y hacer feliz a Teresita. Así me atreví a indicárselo, llevado solamente del deseo de su dicha.

—Espero hallar otro esposo mejor—me respondió—. Yo comprendí desde luego la significación de esta palabra, pero híceme el desentendido.

Después que Dios dispuso de la señora duquesa, Teresita me llamó un día: fuí inmediatamente que las ocupaciones lo permitieron, y medió entre los dos, poco más o menos, el siguiente diálogo:

—Le he llamado a Vuestra Reverencia para comunicarle que he elegido esposo.

—Quiera Dios que hayas acertado, hija mía.

—Creo que sí; porque el esposo de mi corazón es hermoso, con una belleza toda divina; es sabio, justo, amoroso, noble, rico, en una palabra, es perfecto en todos sentidos, y sobre toda ponderación, es el único que me conviene.

—¿Puedo saber cómo se llama?

—¿No lo adivina Vuestra Reverencia? Se llama Jesús.

Aquí hubo un momento de silencio, durante el cual yo me fingí como sorprendido.

—Para casarse con un hombre, dije después, es necesario que entrambos esposos convengan; para desposarse con Jesús debe saberse si Él llama. La dignidad de esposa de Jesucristo es tan grande, que nadie debe tomarla sin la preparación y las condiciones debidas.

—¿Qué condiciones son esas?

—El divino llamamiento, un corazón puro de todo otro efecto, porque Dios es celoso, y bastan-

te seguridad de permanecer constante toda la vida.

—¿De qué manera llama Jesús?

—Los caminos de Dios son diversos y muy profundos. A veces atrae a las almas por medio de un amor intenso que no encuentra objeto digno en las criaturas o por una intranquilidad del corazón que no sosiega sino cuando se fija en Dios; otras veces deja que el alma vaya recorriendo los objetos y conociendo sucesivamente su pequeñez y vanidad, hasta que habiéndolos examinado todos, de repente levanta el vuelo y se arroja en los brazos de Dios. En entrambos casos, Dios infunde en el espíritu cierta seguridad que, sin ensoberbecerla, no le deja lugar a duda acerca de su vocación.

—Padre, usted adivina lo que ha pasado por mí —me dijo Teresita con modesta y admirable sencillez—. Yo desde niña he sentido como cierta necesidad de algo superior a lo que conocemos por los sentidos. Nada he visto en el mundo que llenase mi corazón. Al principio ignoraba lo que quería, pero sabía que no quería ninguna de esas cosas que a tantos alucinan. Cuando comencé a discurrir un poco, me espantaba de mí misma, temiendo ser presa de alguna engañosa ilusión o parar en la manía del romanticismo, que tanto me lastimaba en mis compañeras. Después leí la vida de Santa Teresa, y como si amaneciese un nuevo sol o una luz divina viniese a alumbrar mi espíri-

tu, se disiparon las dudas, cesó el temor y todo lo vi claro. Jesús me llamaba.

—¿Cuándo sucedió ésto?

—Poco antes de la muerte de mi padre.

—¿Y no has vacilado después?

—Nada. Por el contrario, me he confirmado cada vez más en mi primera resolución.

—Cuando el marqués del Puente...

—No vacilé un momento. Sin embargo, aquel suceso no pasó en vano. Hasta entonces iba adelante en mi camino con la vista fija en Dios y complaciéndome en el pensamiento de ser su esposa, sin acordarme de si podía o no ser otra cosa; habiendo reflexionado sobre mí con motivo de las proposiciones del marqués, me persuadí de que no serviría para el mundo. Yo sufriría y haría sufrir a los mismos a quienes quisiera hacer dichosos. Cada uno tiene su vocación, como mejor sabe Vuestra Reverencia; yo tengo ésta, y doy gracias a Dios de que me la haya concedido.

—Tú tienes obligaciones en el mundo, qué debes cumplir ante todo.

—Las cosas que vienen de Dios nunca se contradicen. De Dios me ha venido la vocación y de Dios las obligaciones; cumpliré éstas mientras duren, y después seguiré aquélla. Habiendo el Señor llevado a Sí a mi madre, la obligaciones con el mundo tardarán poco en estar cumplidas.

—Tu hermano va a tener un disgusto, estoy se-

guro, porque los militares no entienden de estas cosas.

—Será el primero y el último que le dé. En cualquiera otra cosa cedería ante la consideración de disgustar a mi hermano; en esto no puedo, porque va en ello no sólo la felicidad de mi vida, sino también mi salvación eterna. Dios ante todo.

—Hay otra dificultad que tú no sabes—añadí.

—¿Cuál?

—Que, atendidas las tendencias del siglo, el porvenir de las órdenes religiosas en España aparece muy sombrío.

—Pero, ¿a quién debemos atender, a Dios o al siglo?

—A Dios, sin duda; pero si Dios permite que los conventos sean suprimidos, ¿cómo has de ser monja?

—Ese caso no ha llegado, y yo sería criminal si no siguiera mi vocación mientras haya medios para hacerlo.

—¿Y si después te echan?

—Padre; ¿cuándo ha sucedido que Dios abandone a los suyos? Cumpla yo mi deber, y húndase el mundo. "Sólo Dios basta"—decía mi Santa.

Como Vucencia comprenderá por estas palabras, Teresita había tomado su resolución, y era inútil tratar de contrariarla.

Sin embargo, antes de darle mi aprobación, pasó algún tiempo, que aproveché para hacerla otras

observaciones, a las cuales contestó con la misma energía.

Persuadido ya de que su vocación era verdadera, escribí a la superiora de un convento carmelita, pidiéndole la admisión de mi recomendada. La superiora, contra lo que yo esperaba, no respondió hasta después de bastante tiempo, haciéndolo con la carta que copio a continuación para que Vucencia se entere de los trámites por que ha pasado este negocio.

“Reverendo Padre y amado señor: La gracia de nuestro Señor Jesucristo resida en nuestros corazones. Amén. Recibí a su tiempo la muy grata de Vuestra Reverencia, que comuniqué a la reverenda comunidad, y todas las madres se alegraron por las buenas noticias de su salud, agradeciendo sus finos recuerdos.

Respecto a la hermana postulante de que nos habla Vuestra Reverencia debo decirle que, en otras circunstancias estaría ya recibida, bastando para su información el ser recomendada de Vuestra Reverencia; pero vista la marcha actual de las cosas y la tempestad que amenaza a los institutos religiosos, resolvimos hace algún tiempo suspender la admisión de nuevas novicias.

¡Qué tiempos, Reverendo Padre, qué tiempos!
¡Cuán equivocados andan los hombres del mundo respecto a las órdenes religiosas! Pidamos a Dios que les ilumine para que dejen de ofenderle, y a nosotros nos conserve en su santa gracia para más

amarle y servirle. Cúmplase en todo su divina voluntad.

Todas estas monjas le saludan cordialmente a Vuestra Reverencia, y se encomiendan a sus oraciones, especialmente su indigna servidora, que b. s. m., etc.”

Hasta aquí la carta de la superiora. Creí que con ella E. S., habría concluído el asunto. Teresita la leyó sin inmutarse.

Algún tiempo después recibí otra carta de la misma superiora, diciéndome sustancialmente:

“Vista la carta de la postulante recomendada por Vuestra Reverencia, de la cual le pongo copia, queda admitida.”

La carta de Teresita decía: “Madre superiora: Le escribo a Vuestra Reverencia estas líneas puesta de rodillas delante de Nuestro Señor Jesucristo para que haga eficaz mi súplica. Dios me llama al claustro; no sea Vuestra Reverencia obstáculo al cumplimiento de la voluntad de Dios. La tempestad que amenaza, no me espanta; antes me tendré por dichosa de sufrir algo por mi amantísimo Esposo en compañía de Vuestra Reverencia y de esas santas religiosas.”

Esta última carta me sorprendió. Fuí a casa de Vucencia con ánimo de hacer la última prueba de la vocación y regañar un poco a Teresita por haber escrito de aquella manera sin decirme nada; pero en cuanto se enteró de la respuesta, dejó de escucharme, diciendo:

—Ahora no es tiempo de hacer observaciones, sino de dar gracias a Dios.

Y arrodillándose a los pies del Crucifijo, comenzó a rezar el “Te Deum”.

¿Qué había de hacer yo? Oponerme por más tiempo hubiera sido oponerme a los designios de Dios.

Los sucesos del 17, de que Vuecencia tendrá ya noticia, no han hecho ninguna mella en su alma, ni hecho cambiar nada en su resolución.

Cualesquiera que sean las ideas de Vuecencia sobre las Ordenes religiosas, debe alegrarse de que su hermana haya llegado a tiempo de poder entrar en el convento, porque ha sido criada para esto.

No trate Vuecencia de oponerse, pues conozco que todo sería inútil y no serviría sino para aumentar el disgusto de la separación, etc.”

—Por el siguiente correo—dijo el duque—recibí esta otra carta, que es la

Contestación del conde de Roda.

“Madrid, 1 de agosto de 1834.

Querido duque: Cuando llegue esta carta a tus manos deberás haber recibido otra del padre Gutiérrez, en la cual te revela el secreto de tu hermana. Aunque no tengo derecho a quejarme, ni me quejo de ella, debo confesar que el chasco ha sido pesado; pero como soy cristiano. lo llevo con

alguna resignación. y digo que Teresa “optimam partem elegit”.

— Deseo que quieras siempre como su hubiese llegado a ser tu hermano, a tu amigo, etc.”

Cutrta carta del duque a Teresita.

“Vich, 2 de agosto de 1834.

Querida hermana de mi alma: Sé monja, ya que es esa tu voluntad decidida.

Da gracias al padre Gutiérrez por su atención.

Yo no iré a la entrada; pero será siempre tu hermano, etc.”

—Estas líneas—dijo el duque—las escribí inmediatamente y las eché en el correo antes de que algún impulso de cólera me hiciese escribir en términos más destemplados.

Así terminó aquella correspondencia. Otro día les diré a ustedes lo que me pasó después.

XIII.—LA PROFESION

—Mis sentimientos (digo sentimientos porque ideas no tenía) se modificaron profundamente después que supe que mi hermana estaba en el convento.

Unas veces pensando que las monjas habían arrebatado el único ser a quien amaba con amor puro sobre la tierra, me encolerizaba contra ellas; otras veces, considerando que mi hermana no podía ser feliz sino en la vida religiosa, me animaba a su favor, hasta el punto de arrostrar cualquier peligro para defenderlas. Pero cualesquiera que fuesen estos instantáneos movimientos de mi corazón, yo conocía la falsedad de las acusaciones que solían hacerse, avergonzándome de haberlas creído. El capitán, el teniente y demás oficialidad antimonjiles no podían ser amigos míos desde que eran enemigos de Teresita, y así se lo manifesté al comunicarles que, a pesar mío, se había hecho monja.

Esta circunstancia me obligó a separarme con frecuencia de los compañeros y a vivir más re-

traído, con gran ventaja de mi alma, y aun de mi carrera.

Me ocupé de mis asuntos, fui más asiduo en el cumplimiento de los deberes militares, más tratable para los soldados y más solícito de su bienestar; reflexioné sobre el hombre y sobre las cosas y me pareció ver en todo la mano de la Providencia, de la que en mucho tiempo no me había acordado, y alguna vez llegué a envidiar el retiro de mi hermana.

Así luchando conmigo mismo, entre los recuerdos de la infancia y los de la primera juventud, entre la voz de la conciencia y el grito de las pasiones, pasé el año que para Teresita fué de noviciado.

Dos meses antes que concluyese, me escribió ella invitándome con mucha instancia a asistir a la profesión. Al pie de la carta de la superiora escribió dos líneas, asegurándome que todas las monjas me encomendaban a Dios y tendrían un gran placer si accedía a la súplica de la novicia.

—¡Voy a ir!—exclamé; y al instante escribí la solicitud pidiendo el tiempo necesario de licencia.

Obtenida ésta, me puse en camino para llegar al pueblo en que está el convento con algunos días de anticipación.

¿Quería disuadir a mi hermana y llevarla conmigo? No lo sé; pero al menos quería estar seguro de que su profesión era libre, enteramente libre.

La profesión debía celebrarse el día 15 de octubre. Yo llegué al pueblo el día 30 de septiembre a las nueve de la mañana.

Una hora después estaba en el locutorio del convento hablando con la superiora.

Mientras yo hacía los preparativos de viaje, se acordó por la comunidad adelantar la profesión. La carta en que me lo comunicaba llegó a casa después que yo había salido.

Figúrense ustedes mi sorpresa al oír esto de boca de la superiora.

—Quiero ver a mi hermana antes que profese—la dije con todo demasiado militar.

—Ahora es imposible—me respondió—, porque ella misma ha pedido que no se la distraiga por ningún motivo. Esta tarde podrá usted hablarla.

—¿Por qué no desde luego? Su orden de no recibir a nadie no puede comprender al hermano que no ha visto hace años y viene a eso desde una provincia lejana.

—En este momento—dijo la superiora—están en la última plática de los ejercicios, y no es posible llamarla. Si usted quiere entrar a la iglesia y mirar por la reja primera que hay a la derecha, podrá verla pasar cuando salga del oratorio con las demás novicias.

Oír esto y marcharme a la iglesia fué cosa de un solo instante; ni siquiera dije “adiós” a la superiora.

Puesto junto a la reja oí la voz de alguno que

predicaba. Apliqué el oído, y pude entender estas palabras:

“Todavía estáis a tiempo, hijas mías, para volver atrás. Si no estáis seguras de que Dios os llama, si no os sentís con fuerza para llevar hasta la muerte este género de vida que ya conocéis, si vaciláis por cualquier motivo, retiráos. Mejor os será ser buenas en el mundo, que malas en el claustro. ¿Qué digo? Los pecados en la vida religiosa se revisten de una gravedad especial, que aumentando la culpabilidad aumentan también el castigo... El paso que vais a dar es muy importante; de él depende la felicidad de vuestra vida temporal y vuestra salvación eterna. ¡Pensadlo bien, hermanas mías! Si alguna de vosotras hubiese entrado por respetos humanos, por consideración a los padres, por complacer a hermanos, por resolución poco pensada, por un fervor momentáneo, no debe hacer los votos. La religión, por medio de la Madre superiora, buscará un medio, una excusa, un pretexto que, sin faltar a la verdad, la haga salir con honor. Todavía os queda algún tiempo; aprovechadlo para meditar a solas con Dios y con vuestra conciencia la resolución definitiva. Id a vuestras celdas con la bendición de Dios que os ilumine.”

El predicador dió la bendición, y a poco vi pasar por la otra parte de la reja a cinco monjas que venían del sermón. La oscuridad y el velo que

traían delante del rostro apenas me permitieron distinguir a mi hermana.

Por la tarde volví a preguntar por ella, y salió al locutorio.

—Dios te premie la buena obra que has hecho —me dijo—. Estando tú, mi fiesta será cumplida.

—¿Conque estás resuelta a hacer los votos?

—Con toda mi alma, con todo mi corazón, con todas mis fuerzas.

—¿Por toda tu vida?

—Por toda la eternidad.

—Hermana; ahora ya sabes lo que es el claustro.

—Hermano; “he estado sentada bajo la sombra de aquel que había deseado, y su fruto es dulce a mi paladar (1).

—Lo que no sabes es si te cansarás de él.

—“Su conversación no tiene amargura, ni tedio su trato, sino alegría y gozo” (2).

—¿Estás resuelta?

—Este lugar es mi descanso por los siglos de los siglos; aquí habitaré porque lo he elegido (3).

—¡Ojalá hubiésemos venido al mundo un siglo antes, y entonces te dejaría tranquila, ¡hermana

(1) “Sub umbra illius, quem desideraveran, sedi: et fructus ejus dulcis gutturi meo”. (Cant. II, 3.)

(2) “Non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec taedium convictus illius, sed laetitiam et gaudium”. (Sap. VIII, 16.)

(3) “Haec requies mea in saeculum saeculi: hic habitabo, quoniam elegi eam”. (Ps. CXXXI, 14.)

mía!; ¡pero ahora!, ¿sabes cuántos enemigos tiene la vida monástica, y de qué crímenes son capaces?

—“Aunque se pongan contra mí campamentos, mi corazón no temerá. Si se levanta guerra contra mí, yo esperaré en él. Una sola cosa he pedido a Dios, y la alcanzaré: que pueda morar en su casa todos los días de mi vida (1).

Las preguntas de mi hermana caían sobre mi corazón como la lluvia en el campo seco; cada una de sus palabras derramaba nuevo bálsamo en mi alma, que junto a ella se iba rejuveneciendo.

Al día siguiente asistí a la profesión sin enojo

(1) “Si consistant adversus me castra, non timebit cor meum. Si exurgat adversus me praelium, in hoc ego sperabo. Unam petii a Domino, hanc requiram, ut inhabitatem in domo Domini omnibus diebus vitae meae.” (Ps. XXVI, 3, 4.)

Los atropellos contra los institutos religiosos fueron frecuentes, atroces y no castigados en el año 1835. A 3 de abril fueron asesinados el canónigo Marcó y varios religiosos en Zaragoza; a 6 del mismo mes hubo un alboroto igual en Murcia; a 6 de julio nuevos asesinatos en Zaragoza; a 22 en Reus; a 25 la gran matanza en Barcelona, y luego en otros muchos puntos. El Gobierno, en vez de reprimir, daba con sus disposiciones la razón a los asesinatos. El día 4 de julio decretó la extinción de la Compañía de Jesús y la ocupación de sus temporalidades; el día 25 de julio declaró suprimidos los monasterios y conventos que no tuviesen doce individuos profesos, de los cuales las dos terceras partes fuesen de coro. Como hacía algún tiempo que por prudencia no se dejaba profesar a los jóvenes, se suprimieron por esta disposición más de 900 conventos.

ni pesadumbre. Casi todas mis preocupaciones contra las monjas se habían desvanecido.

La comunidad cantó una Misa solemne. Después se abrió la reja que llaman del coro bajo, junto al altar mayor. El celebrante se vistió de capa pluvial, y acompañado de los asistentes fué a sentarse en las sillas que les estaban preparadas. Detrás de los sacerdotes nos colocamos los parientes de las novicias, y detrás de nosotros el pueblo, que llenaba todo el presbiterio y una buena parte del templo.

A la otra parte de la reja estaban las monjas en dos filas con velas encendidas, y en medio las tres novicias, acompañadas de su maestra. Ninguna de las tres novicias vestía de monja.

Teresita llevaba el vestido que estrenó mi madre el día de su casamiento, y las mejores joyas que había en casa; sus compañeras estaban igualmente engalanadas como están las mujeres el día de su boda.

Yo me fijé solamente en mi hermana, que aparecía verdaderamente sublime, y como un feliz ensueño, una aparición de gloria: las tres parecían el grupo de las tres Gracias imaginadas por los antiguos poetas. En su rostro brillaba la alegría de la conciencia pura, la satisfacción de la victoria alcanzada y cierta cosa superior, que debía ser la gracia de Dios.

Cuando estuvimos todos sentados, el sacerdote celebraba dirigiéndose a las novicias, pronunció

una plática cuyos principales pensamientos conservo escritos en este papel. Permittedme leerlos, porque algunas de sus palabras más me pareció que iban dirigidas a nosotros que a las religiosas.

“Dios ha sujetado todas las cosas al hombre —decía— “omnia vestra sunt”; pero reservándose la posesión de nosotros; “vos autem Christi”, para que le adoremos en nombre nuestro y como representante de todas las demás criaturas.

Todos somos de Dios, todos debemos amarle y servirle dirigiendo todos nuestros actos a su mayor gloria; mas entre todas las criaturas, el Altísimo se digna llamar a algunas especialmente para que, dejando cualquier otro cuidado, no piensen sino en Él; estén, digámoslo así, a sus inmediatas órdenes, rodeen continuamente su trono y sean sus cortesanos. Esposas suyas llama Dios a esas almas, y como a esposas las quiere y atiende.

¿Quién podrá negar a Dios el derecho de elegir algunas almas para su inmediato servicio? ¿Quién podrá quejarse si Su Divina Majestad, dueño universal de todo, quiere que se le pague y consagre alguna primicia de la cosecha del linaje humano?

¡Ah!, en vez de quejarnos debemos estar agradecidos, porque es gran misericordia que Dios se sirva admitir nuestros dones y recibir en su palacio como privados suyos a nuestras hermanas y vuestras hijas.

Pero la dicha mayor es para vosotros, hermanas mías; váis a ser esposas de Jesucristo, a vivir

constantemente en la casa de Dios, a estar para siempre unidas a Él por el pensamiento y por el amor a hacer, en cuanto es posible a la mortal naturaleza, lo mismo que hacen los bienaventurados en el cielo, a no ser como un tercer estado y un lazo de unión entre ellos y nosotros.”

Después les manifestó otra vez la necesidad de verdadera vocación y las principales señales para conocerla, las invitó de nuevo a salir si no se sentían verdaderamente llamadas; ponderó bajo otros aspectos la dignidad religiosa; recordó brevemente los beneficios que estos institutos ha reportado a la sociedad; respondió a las principales objeciones que contra ellos se hacen, y exclamó dirigiéndose al público:

“Imaginad que el paganismo hubiese tenido un alma religiosa capaz de abandonarlo todo para practicar la virtud con libertad entera, como por millares las tiene la Iglesia católica, y considerad el papel que esa alma representaría en la historia antigua.”

Cuando el sacerdote concluyó su plática, siguiendo el ritual de la Orden, les tomó los votos a las novicias, las cuales contestaron a sus preguntas con voz pronta, entera y serena.

Un “Te Deum”, cantado a voces por la comunidad, alternando con el órgano, puso fin a la función.

¡¡ Mi hermana era monja!!

De las flores con que se había adornado la reja

y de las que llevaban las nuevas profesas, se regaló una a cada convidado, esparciendo las demás sobre la muchedumbre, que se apresuró a recogerlas como una especie de reliquia.

Los que toman el nombre del pueblo español para perseguir a las religiosas debieran presenciar una profesión de monja.

Cuando volví a casa encontré tres regalos:

Un hermoso ramillete, regalo de la comunidad.

Un escapulario de seda bordado con oro, regalo de la superiora.

Un escapulario sencillo, regalo de mi hermana.

Con este último venía una escritura con todos los requisitos legales, por la cual Teresita cedía solemnemente a favor mío sus derechos a la herencia de nuestros padres, imponiéndome únicamente la obligación de emplear cada año cuatro mil reales para ayuda de dote de jóvenes pobres que quisieran ser monjas, y no habiéndolas de esta clase para dotar huérfanas.

La escritura estaba hecha desde 14 de agosto del año anterior, pero con una cláusula que la invalidaba para hasta que hiciese los votos religiosos.

En la tarde del mismo día, los que habíamos sido convidados a la función fuimos a tomar chocolate en el locutorio del convento, a donde bajó toda la comunidad.

Yo creía que no había en el mundo otra mujer como mi hermana; mas debo confesar que si bien

no todas las demás monjas la igualaban en gallardía de cuerpo y talento, todas me parecieron igualmente virtuosas, todas habían entrado libremente y renunciado de buena gana a los bienes que poseían. Ninguna había ido ni estaba allí por los motivos que habían indicado el capitán allá en la fuente.

Confieso que aquello me pareció un mundo nuevo, y que aquel día me acosté pensando en el descubrimiento que había hecho, como Colón se dormiría pensando en el suyo en la primera noche que durmió en América.

El día de la profesión de Teresita ha sido para mí uno de los más notables y más fecundos.

XIV.—PRUEBAS TERRIBLES

Los lectores habrán observado que hace tiempo dejó hablar el señor duque de Manlleu, sin interrumpir su relación ni siquiera para decir cómo empezaban ni cómo concluían las sesiones en que con tan ingenua franqueza nos explicaba su conversión; pero espero que me dispensen, atendiendo a que la palabra del noble anciano vale más para mi objeto que cuanto yo pudiera decir.

Cuando volvimos a reunirnos en casa del duque después del día en que explicara la profesión de su hermana, tomó de nuevo el hilo de la historia, diciendo así:

Parecía que Dios me había traído al convento para quitarme arraigadas preocupaciones, haciéndome testigo ocular de la virtud de las monjas y de la inquietud de sus perseguidores.

¡Ah! Yo no puedo recordar aquellos sucesos sin oprimírseme el corazón.

El día 11 del mismo mes, diez después de la profesión de Teresita, el Gobierno declaró extinguidas todas las comunidades religiosas de hombres y de mujeres con muy pocas excepciones, y

seis días más tarde declaró propiedad nacional los bienes de todos los conventos, aun de los pocos que quedaban abiertos por el decreto anterior.

Como en aquellos días carecía de periódicos, no tuve noticia de estas leyes de despojo, hasta que la Madre Superiora me dió a leer el oficio del jefe político de la provincia, en el cual se las comunicaba.

Las monjas estaban consternadas; pero ni por un momento perdieron la paz interior.

Yo me ofrecí a hacer por ellas cuanto estuviese en mi mano.

¡Al fin allí estaba mi hermana!

La Superiora reunió a las monjas en capítulo, y de común acuerdo se resolvió celebrar en la iglesia una solemne función de rogativas, a la cual acudió en masa toda la población.

Yo también fuí.

La primera vez que volví a orar después de tanto tiempo de vivir olvidado de Dios, rogué por las monjas, a quienes poco antes odiaba; rogué contra los proyectos de mis amigos y para que no triunfase del todo la causa de la revolución, a la cual defendía.

Escribí inmediatamente a algunos amigos de Madrid, colocados en posición de poder influir en el negocio, suplicándoles que salvarsen el convento de mi hermana.

Mas dos días después de haber escrito, antes por consiguiente de que pudiera tener respuesta,

se presentó el comisionado del Gobierno a incautarse del convento y sus dependencias, acompañándole un piquete de voluntarios y algunos compradores de bienes eclesiásticos.

La mandadera del convento vino llorosa y jadeante a avisarme esta novedad; yo me vestí el uniforme y corrí allí al instante.

La puerta del convento, violentamente desce-rrajada, estaba abierta de par en par; dos voluntarios hacían centinela; los demás entraban y salían, chanceándose sin ningún respeto al lugar sagrado. Al paso encontré uno que jugaba volteando un crucifijo, contra el cual vomitaba las blasfemias más atroces. Otros, más positivistas, se llevaron los objetos de algún valor que podían haber a las manos (1).

—¿Dónde está el señor comisionado?—preguntó un voluntario.

—Está predicando a esas pícaras a ver si se convierten.

—¿Dónde están las monjas?

—En el coro.

—¿Por dónde se va?

—No sé; hay un laberinto de corredores.

Dejé al voluntario, y, metiéndome por todas partes, pude luego a mi derecha oír la voz del representante del Gobierno. Entré en el coro.

(1) En Madrid se vió a las queridas de los ministros ostentar las alhajas de la Virgen de Atocha y de otras efigies.

Las monjas, cubierto el rostro con el velo, estaban de rodillas, continuando, al parecer, la oración que hacían al entrar los invasores.

Yo me quedé detrás de éstos para oír al comisionado, que, con voz arrogante, decía a las religiosas:

—El sol de la libertad que alumbra el suelo español ha descubierto los misterios inicuos de que sois víctimas, y fundido las cadenas de vuestra esclavitud. No temáis. Levantaos y salid.

Las monjas no contestaron ni se movieron.

Por debajo de los velos se oían algunos sollozos escapados del corazón.

El comisionado repitió casi las mismas palabras.

La superiora se levantó entonces, y con voz entera respondió:

—Señor, hemos hecho libremente voto a Dios de servirle en esta casa, y debemos y queremos, con su ayuda, cumplirlo hasta la muerte.

—Los votos están abolidos—replicó el comisionado—. Luego añadió dirigiéndose a la monja que acababa de hablar; tú podrás hablar por ti, pero no por las demás.

—Pregúntelas usted mientras yo pido a Dios que les dé virtud para responder con acierto.

Dicho esto, la superiora volvió a arrodillarse.

El comisionado iba a seguir su peroración, mas no le dieron tiempo.

Tres monjas que ocupaban el extremo de la

fila, adelantándose hasta besar los pies del crucifijo situado en medio del coro, dijeron en voz alta, abrazadas a la cruz:

—¡Señor, Jesús! Postradas a vuestros pies renovamos y libre y gustosamente los votos que hicimos hace veinte días, protestando que queremos vivir y morir en esta casa según los estatutos de la Orden.

Después de esta breve oración se levantaron las tres religiosas, y volviéndose al comisionado, dijo la que estaba en medio:

—Ya sabe usted nuestra resolución; somos las últimas entradas.

Era Teresita la que así habló.

El comisionado, acercándose a ella, quiso levantarla el velo; pero la joven se ladeó oportunamente para impedirlo.

—¡Jesús, María!—exclamaron todas las monjas con un acento tal que el comisionado se detuvo.

Yo estaba ya a su lado con la espada desenvainada.

—¡Caballero!—me dijo sorprendido de mi aparición.

—Caballero soy—respondí—, y como tal dispuesto a defender a esas damas.

—¿Quién es usted?—repuso.

—Usted lo ha dicho: soy un caballero.

Los voluntarios calaron bayoneta y se acercaron a nosotros.

Las monjas, interponiéndose, pidieron que tuviéramos paz en la casa del Señor.

Como mi objeto no era acreditar me de valiente, sino salvar a las monjas, creí que mejor era contenerme.

Afortunadamente yo conocía las señas con que se distinguían los individuos de casi todas las sectas secretas, y valiéndome de ellas me hice tener por comunero de un grado elevado.

Entonces valía más esto que una faja de general.

Las monjas no sufrieron ningún otro atropello; pero sus bienes, comprados con los dotes que cada una había traído, pertenecían a los ocho días a distintos dueños.

Jamás se ha tirado de una manera tan escandalosa la riqueza de la nación.

Uno de los compradores que se quedó con una hacienda de junto al pueblo pagó su importe con la renta de un año, que se hizo adelantar por el colono, so pena de despedirlo al instante (1).

La iglesia y el convento fueron vendidos en mil reales (2). El comprador sacó inmediata-

(1) Fincas riquísimas se pagaron en todos sus plazos con la renta del primer año. En cuanto a las pinturas, libros y alhajas, el robo ha sido tal que ha quedado en proverbio.—V. Lafuente.

(2) Los edificios más hermosos de nuestra patria han sido regalados a los especuladores por una cantidad insignificante.—V. Lafuente.

mente treinta mil del oro de los altares, que hizo raspar (1).

En medio de estos disgustos vinieron las familias de varias religiosas para llevárselas a sus casas, pero ninguna quiso salir. Las jóvenes y más instadas a marcharse, parecían las más valientes; todas decían que si se las precisaba a salir, saldrían con la superiora e irían a donde ella fuese.

Habiendo concluído su comisión y su objeto, marcháronse el comisionado, los voluntarios y los compradores, menos el que comprara el convento, porque estaba ocupado en quitar el dorado de las imágenes.

Ocurrióseme entonces comprar la hacienda que a tan poca costa acababa él de adquirir. Y, en efecto, se la compré en veinte mil reales.

Extendida y legalizada la escritura mandé hacer otra, por la cual alquilaba a la superiora el ex convento y ex iglesia, y firmé los recibos del inquilinato para seis años. No puse el inquilinato a nombre de mi hermana, persuadido de que no lo admitiría de ninguna manera o que le causaría grave disgusto.

Arreglados estos papeles fui al convento, cuyas

(1) La Junta creada para la enajenación de bienes eclesiásticos hizo varias ventas de maderas doradas de los templos, compradas solamente para extraer el oro. A 16 de noviembre de 1848, aún se circuló una orden del Regente, a instancia de un rematante de Cádiz para que se le entregaran algunos altares en que se daba culto.

puertas estaban aún abiertas y rota la clausura; subí a la sala capitular, en donde solían reunirse las religiosas, no atreviéndose a estar en sus celdas, y dije a la superiora:

—Cuando Vuestra Reverencia quiera puede ya cerrar las puertas del monasterio.

—¿Con permiso de quién?

—Del amo de la casa—respondí sonriendo.

—¿Tan bueno es?

—El amo soy yo.

Y le entregué la escritura de inquilinato, enseñándole antes la de compra.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó.

Y aquellas mujeres lloraron ahora de alegría, más que no habían llorado de pena en los trastornos anteriores.

En seguida le entregué también los recibos.

La superiora no sabía cómo manifestar su agradecimiento.

Todas las monjas prometieron encomendarme mucho a Dios.

Teresita se levantó el velo y me dirigió una mirada de gratitud, que valió para mí más que un tesoro.

Varias familias de las monjas y del pueblo vinieron también a darme las gracias.

En los pocos días que permanecí todavía en la población convinimos con los padres o hermanos de las religiosas en la manera de proveer a su sub-

sistencia. El cura, persona tan ilustrada como buena—uno y otro en alto grado— se encargó de correr con las diligencias que serían necesarias y de avisarnos cualquiera novedad que ocurriese.

Hecho esto comencé a preparar mi marcha.

Cuando llegué a Cataluña para incorporarme otra vez en mi regimiento, éste se hallaba en Vich, ciudad ilustrada y religiosa, patria de Balmes, célebre por su rico salchichón, y que lo sería indudablemente por otras industrias, si nuestros Gobiernos, en vez de ocuparse siempre en la política, tratasen alguna vez de explotar los veneros de riqueza que hay en España, y de proteger contra los extraños el ingenio de sus hijos. En Vich estuve largo tiempo, y ya por esto, ya por estar la ciudad muy próxima a Manlleu, conservo de ella gratísimos recuerdos.

Los compañeros vinieron a visitarme, como era regular, preguntándome por el resultado del viaje; yo les hice una breve y verídica relación de cuanto había hecho y presenciado, relación que conmovió a varios oficiales e hizo palidecer al capitán.

En adelante no volvieron jamás a hablar de monjas en mi presencia.

Yo tampoco les hablé, porque si bien estaba convencido de la inocencia de los institutos religiosos no lo estaba de su grande utilidad ni tenía valor para defenderlos.

Teresita me escribía de tiempo en tiempo que estaba contentísima y resuelta a sufrir todas las estrecheces antes de dejar el hábito y la compañía de sus hermanas, las cuales estaban tan contentas como ella; yo solía contestarla en seguida, sin presentarle discusión de ningún género.

XV.—OBJETO DE LAS MONJAS

—Dos años después de estos sucesos—dijo el duque en otra tertulia—habiendo ido a una comisión con otro oficial, hombre de rectas intenciones y muy moderado en sus opiniones políticas, tratamos en el camino de las disposiciones del Gobierno de Madrid, especialmente de los decretos de 8 de marzo de 1836 y de 20 de julio de 1837, cuyo objeto sabrán perfectamente ustedes, al menos el padre Atanasio y el abogado no lo ignorarán (1).

—Demasiado que lo sé—respondió el padre Atanasio.

—Yo los he leído también—añadió el abogado.

—El oficial y yo—continuó el duque—reprobábamos la estrechez de miras del Gobierno, su dependencia, ya vergonzosa, de las sectas secretas; la codicia de los compradores de bienes eclesiásticos y la injusticia del despojo; pero no supe qué

(1) Por estos decretos fueron extinguidos casi todos los conventos de España y ocupados sus bienes por el Gobierno, que no respetó ni siquiera los dotes de las monjas.

responder a mi compañero cuando un día añadió a sus lógicos razonamientos:

—Por lo demás, yo no sé de qué sirven las monjas.

A la primera ocasión escribí a Teresita, pidiéndole contestación a esta pregunta del oficial para poder responder acertadamente si algún otro me la dirigía.

Mi hermana no tardó en contestar, haciéndolo en una carta, que espero me permitirán ustedes leer.

—Por mi parte—dijo el abogado—tendré mucho gusto en escucharla.

—Siendo contestación a la pregunta de Vucencia—observó el padre Atanasio—, no podrá menos de ser interesante.

—Lea usted, lea usted—dije yo que estaba pensando en publicar toda esa historia.

El duque leyó la carta, que decía así:

Carta de Teresita desde el convento.

“Querido hermano de mi alma: Me has puesto en grave aprieto, preguntándome cuál es el fin de nuestra institución y el bien que de ella reporta la sociedad. Nunca habría reflexionado sobre eso.

Bastábame saber que una porción de almas que pertenecemos a la sociedad y tenemos tanto de recho como cualquiera otra a su protección y a nuestra libertad, hemos encontrado aquí el objeto de nuestras inocentes aspiraciones, el contenta-

miento de nuestra ambición, el centro de nuestro espíritu y la unión con Dios que en el mundo no hallábamos; bastábame saber que nosotras no hacemos mal a nadie y que en los conventos se ama y sirve a Dios, rogándole por los que de Él se han olvidado y hasta por los que nos persiguen para creer que somos de alguna utilidad.

Tu carta me ha hecho pensar más sobre este asunto, y voy a comunicarte el resultado de mis reflexiones.

No me tengas por pretenciosa si digo alguna cosa que no corresponda a la humildad de una monja, pues tú eres quien me obliga a salir por hoy de mi estilo ordinario.

Empiezo:

Habiendo Jesucristo, nuestro divino Esposo, venido al mundo para redimir a todos y enseñar los caminos de perfección, lo mismo al hombre que a la mujer, uno y otro sexo debemos seguirlo para no hacer inútil la obra de Dios y corresponder a sus misericordiosos designios.

Entre las personas que abandonaron sus cosas para seguir a Jesús, el Evangelio nombra a varias mujeres, y en verdad que ellas fueron más valerosas que los hombres cuando llegó el tiempo de la pasión.

Pero en la vida perfecta predicada por el Señor humanado hay dos sendas muy distintas, dos centros de vida espiritual, que me atrevería yo a llamar la "cabeza" y el "corazón" de la Iglesia.

Los que marchan por el primer camino enseñan, predicán, confiesan socorren todo linaje de necesidades conocidas, van continuamente de una parte a otra derramando a su paso la luz y la gracia del Señor; para ellos no hay bárbaro ni civilizado, griego, ni romano, nacional ni extranjero; la tierra es su patria y todos los hombres sus hermanos por quienes se sacrifican, porque los aman en las entrañas de Jesucristo. Estos hacen los oficios de la cabeza: “pensar y dirigir”.

Por el contrario, los que forman el corazón de la Iglesia, según el símil que he puesto, se cierran en un reducido espacio, como el corazón natural está encerrado dentro del pecho, y libres de toda distracción exterior se entregan a los arrobamientos del amor divino, a los éxtasis de la adoración sublime, y piden a Dios para el mundo las gracias que solamente se conceden a la caridad llevada hasta el sacrificio.

Jesucristo enseñó la primera manera de perfección cuando recorría los campos de Judea predicando a las muchedumbres, sanando enfermos y haciendo tantos otros milagros de caridad; enseñó la segunda en los treinta años que pasó en la casa de la Virgen, olvidado, al parecer, de la misión que le había traído a la tierra, pero mereciendo infinitamente para nuestro bien; la enseñó retirándose al desierto por espacio de cuarenta días antes de comenzar su predicación, y después cuando se apartaba periódicamente de las turbas y de

sus discípulos para orar en la soledad, como consta en el sagrado Evangelio.

Sin que ninguno de estos caminos sea exclusivo de alguno de los dos sexos, el primero es naturalmente más propio de los hombres, a quienes en todo corresponde el obrar y el dirigir; el segundo es el más adecuado para las mujeres, a las cuales el Criador dió por principal destino el amar y el interceder.

He ahí lo que hacemos las monjas.

Mientras del seno de la sociedad corrompida se levanta descarado el crimen hasta el cielo provocando las divinas venganzas, del interior de los claustros se eleva también hasta Dios la humilde plegaria para alcanzar el perdón. Son como dos corrientes a dos fuerzas contrarias, de las cuales la más fuerte triunfa de la más débil, o bien como los dos platillos de una balanza, en la cual el más pesado vence al más ligero. ¡Pobre sociedad aquella en que el grito de los malos ahoga la voz de los buenos, en cuya balanza el platillo de los pecados pesa más que el de las virtudes!

Conociéndolo así los cristianos de otro tiempo, edificaban sus moradas cerca de los monasterios no sólo por las ventajas materiales que allí encontraban, sino por las celestiales bendiciones que esta vecindad les atraía.

Y a la verdad, querido hermano, aunque se haya debilitado mucho la fe, ¿qué cristiano medianamente instruído puede negar la eficacia de la

oración? La Sagrada Escritura nos presenta el ejemplo de Moisés, de Elías, de Esther, de Judith, etcétera, que, orando, salvaron al pueblo. La historia eclesiástica nos enseña que muchos siervos de Dios, por la oración, han dominado la naturaleza, vencido ejércitos, sujetado demonios, curado enfermos, resucitado muertos y salvado el mundo, que, según la expresión de un santo Padre, no subsiste sino por las oraciones de los santos.

Permíteme ahora proclamar sin orgullo la vanidad, que las oraciones dirigidas al cielo desde el interior de los claustros son las mejor atendidas en el acatamiento de Dios, porque salen de corazones más amantes y desapegados de la tierra, y han sido purificadas en los santos rigores de la penitencia.

La vida activa es admirable. Yo no puedo pensar sin enternecerme y sentir profundísimo respeto, en el sacerdote que pasa el día en el confesonario y acaso pegado al oído de enfermos contagiosos, escuchando repugnantes narraciones y discurrendo los mejores consejos para casos arduos de conciencia; en el misionero que aporta a extrañas islas, en donde el hambre le obliga a comer el fruto del árbol que halla al paso, sin saber si es venenoso, y debe para predicar aprender la jerga de los salvajes que huyen de su vista o le amenazan con sus mortíferas flechas; en la hermana de la caridad, que sepulta su juventud y su vida en-

tera en las salas de un hospital y acude hasta los campos de batalla... ¡Oh, esta vida es muy bella, sublime!

Pero, ¿pueden orar en medio de tantos trabajos? Ellos nos piden con frecuencia nuestras oraciones, y son los primeros en proclamar la utilidad de las monjas y enaltecer los institutos religiosos de clausura.

—¡Tienen razón!—exclamé yo recordando en aquel momento la conversación tenida con la superiora del colegio del Carmen.

Después que conté mi visita a este establecimiento, el señor duque continuó la lectura de la carta.

“Menos se ora en el mundo, decía. En cuanto a las personas que moran en él, puede sospecharse que su oración es casi siempre el eco de un interés material más o menos legítimo; por lo común, no levantan la vista al cielo sino para volverla con más seguridad a la tierra. En nuestras humildes celdas, por el contrario, no buscamos otros intereses que la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Por ventura, sin exagerar los méritos de nuestro sexo, podría decirse que la mujer religiosa por su alma ardiente y santamente apasionada y por su voluntad santamente pasiva, es el lazo de reconciliación más natural y más fuerte entre el hombre culpable y Dios justamente irritado.

¡Ay hermano mío! Si pudiera escribirse en li-

bros la historia misteriosa de la oración, ¡qué parte tan importante y tan bella correspondería a muchas entre nosotras, a quienes el mundo desprecia porque no las conoce! Oye lo que dice a este propósito un escritor contemporáneo, cuyo libro me ha dejado el padre capellán:

“Tal vez una virgen sencilla y pura que vive por Dios en el retiro y el silencio, ignorada y despreciada de los hombres y aun de sí misma, salva la ciudad, la provincia, el país donde habita. ¿Cómo lo salva? Con su amor, con sus sufrimientos, con su oración. Subiendo en alas de su caridad hasta las fuentes eternas de la vida, se llena de gracias, que luego derrama como refrescante rocío alrededor de sí; con su virtud neutraliza los efectos del mal; presenta en su alma limpia al sol de justicia un foco purísimo a donde puedan descender sus rayos, y por estos medios conserva el lazo sagrado, es decir, la “religión que liga a la tierra con el cielo.”

Sí, hermano de mi alma, la oración es la salvaguardia de los individuos, de las familias y de los pueblos.

¡Ah! En estos tiempos en que los vicios más nefandos encadenan y ciegan a la mayor parte de los hombres, convirtiendo el mundo en una gran Sodoma o en otra Babilonia criminal...dejad en paz a las pobres almas justas que pueden detener la lluvia de fuego que nos amenaza; dejad que del fondo de los claustros se eleve la oración a Dios!

No he concluído todavía ; pero la campana me llama al coro. Allí rogaré por tí, hermano mío. Después concluiré la carta con ayuda de Dios”.

Habiendo el duque suspendido la lectura, dijo el señor Tressierras :

—Su hermana de usted escribe bien ; mas no sé lo que podrá añadir cuando venga del coro.

—Mucho puede decir todavía—repuso el padre Atanasio.

El abogado no dijo nada ; estaba profundamente meditando.

—Ahora oirán ustedes lo que añadió mi hermana—dijo el duque—, y volvió a leer en estos términos :

“Vengo del coro. Hoy ha sido día de disciplina. ¿De qué sirve la disciplina?—preguntarás acaso—, y voy a responderte :

El ayuno, el hábito grosero, la regla severa, el cilicio, la disciplina, y, en una palabra, la mortificación, constituyen nuestra fuerza, y son el segundo medio de acción que tenemos.

Para nosotras ésta es una cosa sencilla y fácil de entender ; a ver si sabré expresarme de modo que tú también la comprendas.

El sacrificio ha tenido en todos tiempos la virtud de reconciliar al hombre con Dios. Hasta ahora no ha habido pueblo sin religión, ni religión sin sacrificio. Mas, después del sacrificio de Jesucristo, ¿cuál otro puede ser más perfecto y agradable a Dios que el del mismo hombre? Pero como

todo sacrificio exige para ser completo la muerte o destrucción de la víctima, y es imposible que todos los hombres se sacrifiquen de esta manera, nosotras nos ofrecemos por nosotras mismas, por los seres que nos son queridos y por el linaje humano entero.

Nuestra oblación se consuma por una muerte mística, única posible en las condiciones ordinarias de la vida.

No creo que habrás olvidado la ceremonia de mi profesión. Aquello no fué una comedia o representación vana: fué una realidad.

Cuando me despojé de los adornos que, a quedarme en el mundo, habría llevado toda la vida, ofrecí a Dios la posición social, los recuerdos y las esperanzas que aquellas joyas representaban; cuando tendida en el suelo y cubierta con un paño mortuorio oí la voz que decía: "Muere al mundo", le hice a Dios el sacrificio de mi vida. Al pronunciar poco después los votos de pobreza, obediencia y castidad, no prometí ya sino ser constante en mi propósito: no volver a tomar ninguna de las cosas que voluntariamente acababa de sacrificar.

Desde entonces no me pertenezco. Soy de Dios.

Aunque en apariencia continúo siendo la misma que antes era, todo ha debido transformarse en mí, porque el holocausto fué completo.

Mis ojos, que se complacían en derramarse sobre las bellezas de la tierra, ya no deben fijarse

sino en Jesucristo crucificado y buscar la hermosura increada en las alturas de los cielos.

Mis labios, tan inclinados a las dulces expansiones de la amistad, no deben besar otra cosa que la cruz de nuestro Redentor.

Mi lengua, que sirviera para expresar tantos pensamientos frívolos y tantos afectos ligeros del corazón, sólo debe prestarse ahora al canto de los himnos sagrados, a conversaciones espirituales y a la oración.

Mi corazón, en fin, purificado de las aficiones terrenas y sujeto totalmente a la ley de Dios, no debe latir sino al impulso del amor, de la caridad, que ama a Dios sobre todas las cosas como principio y fin último de ellas, y al prójimo por el amor del mismo Dios.

Esto es ser monja.

Si por mis miserias no he llegado a serlo con perfección, mis hermanas, más afortunadas, lo han logrado, y yo trabajo en seguir su ejemplo.

Ahora bien. Habiendo un Dios que cuida de las criaturas y quiere ser amado por ellas, ¿qué hombre puede dudar de que esas almas purísimas, consagradas y santificadas tan por completo al servicio y honor del mismo Dios, no han de ser de grande utilidad a todo el género humano? ¿Cabe pensar siquiera que Dios desprecie esos sacrificios o desatienda las oraciones que semejantes víctimas le dirigen?

¡Ah! Si en Pentápolis hubiese habido cinco de

esas almas justas, el Mar Muerto sería aún un valle ameno y florido como cuando Abraham y Loth lo visitaron por primera vez.

Pero ese servicio constante y perpetuo que hemos prometido a Dios exige una sumisión absoluta a la disciplina, a la manera que el servicio militar demanda la sumisión a la ordenanza. El fuego del sacrificio exige que se le alimente con frecuentes actos de renovación sensible por medio de periódicas mortificaciones: de otra manera se apagaría fácilmente, y el holocausto no sería completo.

Porque el enemigo no ha dejado de perseguirnos; aunque consagradas a Dios, no estamos confirmadas en la gracia como los santos del cielo para no temer perderlo.

Desde la soledad de nuestras celdas oímos todavía los silbidos engañosos de la serpiente enemiga; pero en vez de pararnos a escucharla como Eva, redoblamos la oración, el retiro interior y nos abstenemos de la fruta lícita para no caer en la tentación de gustar la manzana prohibida. Está probado por nosotras que la abstinencia voluntaria es un arma poderosa contra los espirituales enemigos.

A veces, los recuerdos del mundo se presentan en tropel, y llenan, a pesar nuestro, la flaca fantasía, y sentimos nacer afectos extraños en nuestro corazón, y la lengua busca en la tierra alguien a quien comunicar aquellos sentimientos y repre-

sentaciones de un pasado, al cual el alma renunció para siempre... ¿Sabes cómo se vence esta tentación? Guardando un silencio más absoluto con las criaturas, a fin de comunicarse más libremente con el Criador y humillándonos a confesar todas las debilidades de nuestro espíritu al superior que representa a Dios.

En otras ocasiones, la carne, de que no podemos despojarnos enteramente hasta la muerte, se rebela y cocea contra el aguijón, en cuyo caso la reducimos a servidumbre de que hablaba el apóstol por medio de la disciplina y del ayuno.

He ahí, pues, el objeto de la disciplina y de toda mortificación temporal. Hacer sensible y más eficaz el sacrificio que de todo nuestro ser hemos ofrecido a Dios, satisfacer en lo posible por nuestros pecados y los de todos los hombres, ahuyentar las tentaciones, avergonzar al enemigo y domar la carne disminuyendo los bríos de la concupiscencia.

Partiendo de estos principios, a veces alguna hermana, o toda la comunidad, añaden a las mortificaciones generales otras extraordinarias, ya para desagaviar a Dios de alguna falta particular, ya para asegurar mejor el éxito de alguna súplica especial.

Así, siempre que por las escasas noticias que acá nos llegan o por una especie de presentimiento del corazón, he sospechado que tú corrías algún peligro particular, he pedido permiso para ofrecer

a Dios por ti algunas mortificaciones, en las cuales la madre superiora ha solido querer acompañarme. ¡Ojalá te hayan sido de utilidad!

Querido hermano: no sé si habré acertado a contestar a tu pregunta; pero sí que te quiere mucho, mucho, en Jesús y María, el corazón de tu hermana,

Sor Teresa de la Piedad.”

—Está perfectamente— dijo el padre Atanasio, mientras el duque doblaba la carta que acababa de leer.

—Esta carta me ha hecho mucho bien—añadió por su parte el señor conde y Vendrell.

—Desde el punto de vista católico—dijo también el estudiante de Medicina—no puede negarse que las monjas tienen su razón de ser.

Yo estreché la mano del duque en señal de no-rabuena por el buen efecto que su historia producía en los jóvenes.

XVI.—LA RELIGION

Al fin, después de siete años de guerra fratricida, brilló en el firmamento de nuestra Patria el sol de la paz; pero un sol de luz tibia e incolora, empañado por densas nubes que de un momento a otro podían estallar en tempestad.

La cuestión dinástica no estaba bien resuelta todavía. Los defensores de don Carlos, retirados a Francia para esperar mejor ocasión, eran numerosos y valientes, y creían en el derecho de su rey, mientras los liberales victoriosos, merced en gran parte a una traición, se decían en voz baja que Isabel II no tenía más derecho que el de la victoria por ellos conseguida, y formaban proyectos de destronamiento para el día en que no les agradase.

La cuestión doctrinal o religioso-política aparecía más preñada aún de complicaciones que la cuestión dinástica, porque el mismo partido liberal se dividía en pequeños grupos de legitimistas de Isabel II, moderados, exaltados, etc., que era de prever no tardarían en combatirse mutuamente.

En esta situación, cansado de la guerra anterior y temiendo la que amenazaba, resolví retirarme del servicio, y pedí la licencia absoluta.

Hallábame entonces en Balaguer, provincia de Lérida.

Balaguer es una antigua plaza fuerte, ahora abierta y completamente desmantelada, que ocupa distinguido lugar en la historia de Cataluña. Fuera de la población, en un cerro inmediato, se venera un santo Crucifijo, hecho, según explica la tradición, por Nicodemus y pintado por San Lucas. Aquel Crucifijo es el patrono, amparo y refugio de toda comarca. El templo es visitado por muchos devotos de Lérida, de Urgel y otras comarcas de Cataluña; los vecinos de Balaguer, que en general conservan íntegras las costumbres religiosas de mejores tiempos, suelen ir al Santo Cristo todos los días o, al menos, todas las semanas. Acaso por esto la población es tan morigerada; que la religión influye fuerte y saludablemente en los pueblos que la conservan.

Yo me acostumbé también a estas visitas.

Allí vi por primera vez a una joven, que me llamó desde luego la atención por su modestia, por el recogimiento con que oraba y por la humilde solicitud con que asistía a una señora anciana, que debía ser su madre.

Con esto conocerán ustedes que me enamoré.

No quiero molestarles ahora haciendo el retrato de la joven, porque estas descripciones en boca de

los enamorados acostumbran a ser tan poco creídas como fastidiosas.

Habiendo tomado informes de la joven y de su familia, supe que descendía de una de las casas más nobles y antiguas de Castilla... En fin, al cabo de poco tiempo yo recibí la licencia absoluta, y, en el camarín del Santo Cristo, me casé con la señorita doña Eulalia Ruiz del Castillo, que era la joven aludida.

Casados fuimos a establecernos en Barcelona, ciudad que me ha gustado siempre por la facilidad y comodidad con que allí se vive, por su mar y sus paseos, por sus grandes monumentos y por la laboriosidad y honradez de sus moradores, no siempre estimados como merecían.

Antes de cumplir un año de matrimonio murió mi esposa, dejándome una niña de dos meses. El sentimiento que tuve en esta ocasión fué tan profundo como justo, pudiendo mitigarlo solamente los consuelos de la religión, a la cual mi Eulalia me había devuelto y la esperanza de que nuestras almas se encontrarán más tarde en el cielo.

Pocos momentos antes de morir, luchando ya con las últimas agonías, me dijo: "Sé tú el padre y la madre de nuestra hija; edúcala en la religión de Cristo, que es consuelo en los trabajos de la vida, y la alegría y fortaleza en la hora de la muerte."

Yo se lo prometí todo.

Después que mi Eulalia expiró, su familia bus-

có para mi Monserrate un ama de confianza en los alrededores de Balaguer, quedando yo solo en Barcelona.

Entonces experimenté la verdad de las últimas palabras de Eulalia.

¿Qué hubiera sido de mí sin la religión?

Por esto pensé en estudiarla formalmente.

¡Qué bellezas y qué magnificencia descubrí en el plan del catolicismo! ¡Cuán hermosos y creíbles me parecieron sus dogmas! ¡Cuán pura y cuán fecunda su moral!

¡Ah! Esa religión que parece no tener otro objeto que el de llevarnos al cielo, es también la base más segura para la sociedad temporal y la fuente más abundante de puras satisfacciones acá en la tierra.

Ella toma en sus brazos al niño recién nacido, y lavándole de la mancha de origen, le infunde sobrenaturalmente el hábito de todas las virtudes y le da la dignidad moral de cristiano; pónole nombres que sean un constante estímulo a la santidad y coloca a su lado un ángel que le guarde; antes que las pasiones combatan su débil espíritu, le confirma contra ellas; comenzado el combate, le enseña las vías de la penitencia para manar las heridas que acaso reciba; cuando empieza a salir de la familia y a formar sociedad le sienta con otros niños en el banquete eucarístico sin hacer distinción de clases, dándoles así a todos una lección práctica de fraternal igualdad;

santifica con el matrimonio el principio de una nueva familia; le ayuda en la enfermedad con sagradas unciones; no le desamparará en las agonías; después de muerto le acompaña al sepulcro, que hace respetable con el signo de la cruz.

Aparte de estos bienes generales, la religión los tiene también apropiados a las varias necesidades de la vida. Al rico y al poderoso les preserva de la soberbia, recordándoles lo deleznable de las cosas de la tierra y el juicio futuro; al pobre y al débil les libra de la desesperación, dirigiendo su vista al cielo, en donde todo trabajo será premiado y exaltada toda humillación. Junta en maravillosa armonía a todas clases por el lazo de la caridad, y hace del linaje humano una sola familia por la identidad de origen y la idea de un destino común.

¡Oh! los hombres nos quejamos con frecuencia de nuestra suerte, no queriendo conocer que es tan mala por la falta de religión. De esa falta nacen un gran número de las enfermedades que nos aquejan; de esa falta proceden el odio, la injusticia, la mala fe, los robos, las defraudaciones, la ambición desmedida, la soberbia, la sequedad de corazón, el frío egoísmo con su séquito de malas pasiones, etc., etc. Por la falta de religión son necesarias las cárceles, los tribunales de crimen y tantos costosos institutos destinados a impedir los delitos y a castigar los que no se pudieron detener.

También estudié las principales sectas, y vi que no son sino un remedo, una caricatura de la religión verdadera. Si tienen algo bueno es que lo conservan del Catolicismo, como el noble degenerado guarda líneas fisonómicas de familia que descubren a un tiempo su origen y su perversión. Las sectas, por lo que tienen de religiosas, impiden algunos males; pero por carecer de la gracia divina, son infecundas para el bien.

Pues para que la religión produzca sus fecundos resultados debe venerársela como ordenación que es de Dios y no mirarla como invención humana; es menester dejar a su iniciativa y desenvolvimiento toda la libertad que corresponde a una obra celestial. Poner límites a su acción y sujetarla por cualquier estilo a la voluntad humana, es quitarle su mejor título y exponerse a perder todas sus ventajas temporales y eternas.

—¡ Perfectamente!—exclamó el padre Atanasio.

—Señores—dijo el duque—; ustedes deben dispensarme si recuerdo aquel período de mi vida con entusiasmo y con placer.

En la primavera del año 45 fuí a pasar una temporada en Manlleu. Nadie hubiera dicho que era el mismo pueblo que había visitado en tiempo de la guerra. El río Ter, que antes corría perezoso e inútil sobre un lecho de piedras, se había dividido en una porción de brazos que pasando unos encima de otros y cruzándose por mil puntos, parecían disputarse quién produciría mayor utilidad

a los vecinos, moviendo máquinas, regando huertas, alimentando baños, etc. Sus orillas desiguales y peñascosas se habían convertido en un paseo igual y sombreado por largas filas de árboles; inmensas fábricas se levantaban a cada paso, y todo respiraba vida y animación. El vecindario se había triplicado, acudiendo gentes de los pueblos vecinos, y esto sin daño de la piedad. Vi que muchas personas tenían la costumbre de oír misa antes de ir a la fábrica, prestándose el cura a celebrar en hora muy temprana para satisfacer su devoción.

—Señores—añadió el duque con la convicción más firme—, es una mentira el decir que la religión y el verdadero progreso sean incompatibles; yo los he visto en mi pueblo estrechamente unidos y a entrambos desenvolverse, prestándose recíproca, aunque desigual ayuda.

De Manlleu pasé a Balaguer para recoger a mi hija y venir a establecerme en Madrid con ella, consagrándome enteramente a su educación.

No queriendo separarme de ella ni exponerla a los peligros de un colegio (que también los colegios tienen peligros), tomé una aya y maestros que viniesen a enseñarla en casa, reservándome el cargo de director general.

Acaso el amor paterno me cegaba, como suele cegar a los padres; pero el testimonio de los maestros, acorde con mi propia observación, me hizo creer que Monserrate sería una gloria para la fa-

milia. Una memoria feliz y un discernimiento precoz hacían que recordase fácilmente las lecciones, discurriendo sobre ellas con prematuro tino, casi impropio de su edad.

Al llegar a los diez y ocho años era una señorita capaz de enorgullecer a su padre y a sus maestros. Yo sentía estos dos linajes de orgullo.

—Ese orgullo era disculpable—dijo el abogado.

—Muchas gracias—contestó el duque, siguiendo su narración.

—Debo confesar ahora—dijo—otra miseria mía.

Yo deseaba que mi hija fuese buena, moral, religiosa; pero no hubiera querido por todo el mundo que pensase en hacerse monja.

Con esta prevención apenas le hablé jamás de su tía Teresita, hablándole, por el contrario, mucho de su madre y de la breve dicha que había gozado en su compañía; cuidé de que entre sus libros no hubiera ninguno que tratase de monjas ni de vocación religiosa, y previne a los maestros para que secundasen en esta parte mis intenciones.

De ahí resultó cierta flojedad en la educación religiosa de Monserrate. Dotada de un carácter semejante al de Teresita, carecía de su elevada inspiración y de aquel vigor de espíritu que sólo se adquiere en el crisol de la propia desgracia, con el ejemplo de heroicas virtudes o en un gran fervor de piedad.

Por que ello es que los institutos religiosos for-

man una parte tan principal de la historia y vida de la Iglesia, que no es posible hablar de ésta sin tropezar con aquéllos al momento. El que como yo no quiere darlos a conocer, se ve privado de presentar a la vista de sus hijos o discípulos los ejemplos más sublimes de abnegación y caridad, los cuales se han verificado en los conventos.

Llevado de la preocupación que he indicado, esperaba con ansia el día en que mi hija, joven ya, me quitase toda zozobra de que se hiciera monja, con el compromiso de otro estado.

Entre varios jóvenes que hicieron indicaciones para obtener su mano, mereció la preferencia de Monserrate, y mi aprobación, un noble y gallardo oficial, con quien casó el día 18 de junio de 1859.

Dos meses después, el Cuerpo a que pertenecía mi yerno, recibió la orden de marchar a Africa.

Ustedes recordarán, sin duda, el entusiasmo general que en toda la nación despertó aquella "guerra al moro", cuyo nombre sonaba al oído del pueblo español como una reminiscencia de la lucha de siete siglos sostenida por nuestros mayores contra el mahometanismo, y al de los poetas como una pulsación inesperada del arrinconado laud de los antiguos trovadores.

Cuando el esposo de mi hija vino a despedirse, sentí rejuvenecer mi espíritu y revivir en mi corazón los bríos de la juventud. Si no me hubiese retenido el cuidado de Monserrate, habría vuelto a ser soldado.

Ella lloró al ver partir a su marido; era natural. ¡Ay! No sabía la infeliz que aquella era la última vez que la abrazaba en este mundo.

El duque se conmovió profundamente al decir estas tristes palabras. Los que hasta entonces le habíamos escuchado con tanto gusto, le interrumpimos dando otro giro a la conversación hasta la hora de separarnos.

XVII.— ENFERMEDAD Y MUDANZA DE MONSERRATE

Al otro día continuó el duque de Manlleu su narración en estos términos:

—Mi hija no lloró cuando supo que su esposo había muerto atravesado por una bala mahometana. El Sr. Tressierras, que está concluyendo la carrera de Medicina, sabe lo que significa el no llorar una esposa joven y amante al recibir la noticia de la muerte de su marido.

—Tiene una significación bien triste—respondió el aludido—. Significa que el alma, avara de su propio dolor, no quiere exteriorizarlo, rehusando hasta la ayuda de su cuerpo, y esta reconcentración del sentimiento suele producir fatales resultados. ¡Quiera Dios que no los haya causado el dolor en su hija de usted!

—Al principio lo temí—respondió el duque—. Sentada todo el día en su diván, delante del cual estaba el retrato de su esposo, pasaba las horas en un continuo estupor con los ojos bajos o clavados fijamente en el cuadro. Cuando la llamábamos para distraerla de aquel ensimismamiento o

para hacerla tomar algún caldo, parecía despertar de un letargo, y dirigiendo una mirada ardiente y extraviada a todo alrededor, preguntaba con un acento que a mí me daba miedo y aterraba el corazón: “¿Ha muerto?”

En tres o cuatro días no pronunció más que esas palabras.

Después cayó en una postración total, de manera que los médicos temieron seriamente por su vida. Pasados algunos días comenzó a notarse una reacción favorable; pero, habiendo sorprendido a los médicos, oí que uno de ellos decía a su compañero: “¡loca!”. Es decir, que, en su concepto, al recobrar la vida del cuerpo, quedaría muerta el alma...

¡Oh, cuánto le pedí a Dios entonces!, ¡a cuántos santos invoqué!, ¡con qué fervor rogaba que se alumbrase otra vez la inteligencia de mi hija!

Dios me oyó.

Mas la convalecencia había de ser muy larga, y en cuanto el estado de ésta lo consintió, los médicos me aconsejaron que llevase a mi hija a respirar los aires puros del campo y a disfrutar de su tranquilidad, evitándola cualquier linaje de emociones.

Entonces me acordé del pueblo en donde está el convento de Teresita, consulté a los facultativos, y unánimemente aprobaron la resolución de trasladarnos allí.

Salimos de Madrid a mediados de marzo del año 1860.

Mi hermana recibió a Monserrate como si fuera hija suya, y todas las monjas se manifestaron casi tan deseosas, como Teresita, de su curación.

—La encomendaremos mucho a Dios y a San José—me dijo la superiora.

Tomamos para vivir una casa junto al convento.

En los primeros días mi hija caminaba con gran trabajo la corta distancia que había entre nuestra habitación y el locutorio de las monjas; poco después pudimos dar algunos paseos, cada vez más largos, notando yo con gran satisfacción que con las fuerzas corporales recobraba también el uso expedito de sus facultades.

Así se pasaron cinco meses, al fin de los cuales la enfermedad había desaparecido, y yo estaba pensando en venir otra vez a la corte.

Estando en esto recibí un día, muy temprano, un billete, en el cual Teresita me decía:

“Deseo hablarte sin que lo sepa mi sobrina.”

Inmediatamente fuí al locutorio, se pasó recado y vinieron la superiora y mi hermana.

—¿Vienes — me preguntó ésta — por el billete que he mandado?

—Sí.

—Te he llamado, de acuerdo con nuestra reverenda madre, en primer lugar, para felicitarte por el feliz restablecimiento de Monserrate

—¿Y en segundo lugar?—pregunté con ansia.

—En segundo lugar—respondió Teresita—para indicarte la conveniencia de que os vayáis de aquí.

—¿Se nos echa?

—Nada de eso—respondió la superiora—; no tenemos derecho, y si lo tuviéramos no lo haríamos valer. Pero el invierno está próximo, el pueblo carece de medios para templar el rigor de la estación, faltan aquí objetos para distraer las largas veladas de noviembre, diciembre y enero...

—Basta, madre superiora. Cuanto V. R. dice es verdad y veo en sus palabras una prueba de verdadero afecto. Consultaré con Monserrate.

—En esta ocasión no le hagamos mucho caso—añadió mi hermana.

La prevención casi me ofendió, y le pregunté con algún desabrimiento a mi hermana por qué me lo hacía.

Antes de responderme miró a la superiora, como pidiéndola consejo o permiso, y habiéndolo obtenido por una señal de asentimiento, dijo:

—¿Has observado que tu hija desde algún tiempo se ha vuelto más seria y reflexiva?

—No me había fijado, pero es verdad.

—¿Te ha llamado la atención su gusto por estar y conversar con las monjitas?

—No me la había llamado hasta ahora en que tú me lo adviertes.

—¿Has visto con qué puntualidad acude a nues-

tra iglesia siempre que le es posible, y sigue desde abajo los rezos del coro?

—Mejor has observado a mi hija tú que yo.

—¿Son exactas mis observaciones?

—Mucho.

—¿Y no dicen nada a tu corazón?

—¿Qué quieres que le digan?

—¿No te dicen que, siguiendo así, tu hija podría pretender ser monja?

—¡Cómo! ¿Acaso lo ha pretendido ya?

—No. Hasta ahora ella mismo no se ha dado razón del cambio que en su alma se está verificando.

—¡Ah! ¡Gracias a Dios!—exclamé con una alegría poco oportuna.

Mi hermana prosiguió:

—La herida causada en el corazón de tu hija por la muerte de su esposo fué tan profunda como sabes. La religión, única medicina que podía hacerlo, se la ha cicatrizado; y Monserrate, que tiene una alma noble y dispuesta para la virtud, agradecida a Dios y enamorada de la vida espiritual, comienza a sentir deseos vagos de ofrecerse en holocausto perfecto y cierta necesidad interior de separarse más del mundo. La reverenda madre superiora ha sido la primera en observar este estado de mi sobrina, y me ha hecho llamarte para advertírtelo.

—Gracias, madre superiora, gracias. Nos iremos al instante.

—Si—dijo la superiora—. Quitad a Monserrate de aquí, volvedla al mundo, no al mundo de las tentaciones y del pecado, sino al mundo que sirve a Dios según una vocación distinta de la nuestra. Allí podrá hacer mucho bien, y su ejemplo alentará a otras jóvenes. Hasta ahora no conocía sino el nombre de las virtudes, y su alma nadaba en el vacío; en adelante, sabiendo practicarlas, hallará en su ejercicio el apoyo y ocupación que antes le faltaban.

Las últimas palabras de la superiora envolvían, sin ella pensarlo, una grave censura del sistema de educación que yo había seguido con mi hija; pero no había motivo para darme por ofendido, y me callé.

De vuelta a casa, comencé a preparar la marcha, pretextando no sé qué motivos.

Mas en el camino conocí que mi hija se había dejado el alma en el pueblo: al pasar por un collado desde el cual se descubría por última vez, se volvió como para despedirse, y en sus ojos sorprendí una lágrima. Aunque se esforzaba en aparecer alegre, yo la veía preocupada interiormente, y contestaba apenas a las preguntas que la dirigía. Yo esperaba, sin embargo, que en llegando a la corte se distraería aquel recuerdo.

¡Vana esperanza!

Haciéndome cargo del cambio verificado en ella, y viendo que las cosas que antes la distraían no

hacían ahora ninguna mella en su alma, traté de ocuparla de otra manera.

Al efecto le dí a conocer las Conferencias de San Vicente de Paúl, las Asociaciones de Escuelas Dominicales y otras Sociedades caritativas, proponiéndome proporcionarle, al mismo tiempo que pábulo a su actividad, rëlaciones nuevas que la distrajesen.

Pero todo fué inútil.

Casi diariamente tenía que asistir a alguna junta, a la escuela u obras de piedad, adonde marchaba siempre con gusto; mas a la vuelta venía rendida, meditabunda; se echaba en un sofá y lloraba.

—¿Qué tienes?—le preguntaba.

—¿Cuándo volveremos al pueblo de tía, papá? Esa solía ser su respuesta.

—¡Ojalá nunca hubiéramos ido!—exclamé alguna vez.

—Entonces, papá, no tendrías hija—replicaba tristemente—; y pronto la perderás si no vamos—añadía.

En efecto, yo notaba en su rostro un desmejoramiento de día en día más visible, y en su espíritu un vacío, la falta de alguna cosa que no encontraba en Madrid. Con frecuencia se la veía indecisa: salía de su habitación y volvía a entrar sin motivo; cogía una labor o un objeto cualquiera y lo dejaba al momento; comenzaba una conversación y la cambiaba de repente, o dejaba de ha-

blar, quedándose abstraída por una preocupación secreta; a veces, sin saber por qué, echaba a llorar, y otras soltaba una carcajada estridente, que a mí me partía el corazón y me hacía temblar aún más que sus lágrimas.

Los médicos me aconsejaron que la volviese a llevar al pueblo en cuanto el rigor de la estación lo permitiese.

A últimos de febrero salimos de Madrid.

Teresita, la superiora y demás monjas, a quienes con la preocupación que me embargaba no me acordé de prevenir nuestro viaje, se sorprendieron menos de vernos otra vez allí que de la postración en que había vuelto a caer Monserate.

Excusado sería decir que todas hicieron cuanto la clausura y sus obligaciones les consentían en favor de mi hija.

A poco tiempo estaba muy mejorada.

Yo me alegraba, como ustedes comprenderán; pero estaba presintiendo un golpe terrible. Se lo explicaré a ustedes en otra velada.

XVIII.—REVELACIONES

El duque cumplió su palabra, diciendo cuando volvimos a reunirnos:

—Al caer de la tarde de una del mes de agosto, salimos a paseo y subimos a un montecillo, desde el cual se descubría un panorama magnífico. Desde allí a la costa el terreno formaba una especie de escalinata cortada por algunas lomas que apenas interrumpían la vista de aquel inmenso plano inclinado, cubierto de verdura, a cuyo extremo se extendía el mar.

—¡Qué paisaje!—exclamó Monserrate.

—¡Magnífico!—contesté yo.

La criada que nos acompañaba lo había visto repetidas veces, y se alejó de nosotros para coger flores y moras silvestres. Monserrate se sentó a mi lado, como si quisiera revelarme algún secreto para cuya expresión no encontraba la palabra apropiada.

—Papá—dijo—: ¿quién ha extendido encima de nosotros ese lienzo inmenso que llamamos cielo, y en la tierra ese otro que llamamos mar? ¿Quién...

No la dejé concluir la pregunta. La miré sonriendo, y dije solamente:

—¡Qué! ¿No lo sabes?

—Sí, papá — respondió —: lo ha hecho Dios. Pero ;cuán grande debe de ser nuestro Dios, que ha hecho todas esas maravillas!

—Infinito, hija mía, infinito.

Hubo un momento de silencio, y después continuó:

—¿No es verdad, papá, que el servir a ese buen Dios es un deber y una dicha?

—Ya lo creo—respondí.

—¿Y que solamente en su amor y servicio se halla la paz del alma y la verdadera felicidad?

—También es cierto.

—¿Y, por consiguiente, que quien más le ame y mejor le sirva será más feliz?

—Tampoco admite duda.

Yo temblaba, temiendo que por tan sencillas consecuencias me llevase a alguna conclusión que no pudiera conceder sin mucha pena.

—Papá...—volvió a decir mi hija.

Pero en aquel instante vino la criada a ofrecerle un ramillete de flores del monte, y concluyó la conversación, con gran contento mío.

Mas la satisfacción duró poco.

De vuelta a casa, Monserrate se presentó en mi gabinete pidiendo permiso para hablar de cosas interesantes.

—Habla, hija mía—le respondí—: ¿qué más

gusto tengo yo en el mundo que oírte hablar a ti?

—Ya sé que me quieres mucho, papá. Por esto atenderás a mis deseos.

—Dí, hija, dí.

—Quiero ser monja, papá.

Mis prevenciones contra las monajs se habían desvanecido completamente hacía mucho tiempo, y los deseos de Monserrate no me eran desconocidos; sin embargo, aquella manifestación tan franca y resuelta me aterró.

Estuve largo rato sin responder ni mirar a mi hija.

Ella continuó después:

—Papá; no tomes a reproche ninguna de mis palabras.

—; Habla, hija de mi alma, habla!

—Yo he estado enferma, muy enferma; pero más del espíritu que del cuerpo. Sabes que no he amado en el mundo más que a ti y a mi esposo. Cuando recibí la noticia de su muerte, pensé en ti y pensé en mí, concentrando en estos pensamientos todas mis facultades hasta temer que me volvía loca.

Como si los sentidos hubieran perdido su natural energía, apenas veía ni oía lo que pasaba a mi alrededor. A la hora de las tinieblas—y las tinieblas no se disipaban nunca—sentía unos estremecimientos extraños de miedo, de tristeza y de tedio de la vida; interiormente pedía luz, y la luz no amanecía para mi espíritu; pedía socorro, y, a

pesar de tus cuidados, nadie venía a prestarme el que necesitaba.

Entonces parecíame que el corazón plegaba sus alas bajo el peso de aquella opresión, el entendimiento se nublaba, el mundo se hundía fuera de mi vista, y la imaginación me representaba fantásticas y espantosas visiones. Ya veía a mi marido chorreando sangre por innumerables heridas, y entonces mis ojos se hacían fuentes de lágrimas; ya le veía volar por el espacio fuera del alcance de las armas enemigas, en cuyo caso reía de aquella manera extraña, que después me daba vergüenza y a ti te causaba dolor.

En los momentos de lucidez que tenía me preguntaba: ¿por qué ha muerto tan joven?, ¿qué ha sido de él?, ¿qué he hecho yo para que Dios tan pronto me lo quite? ¿Qué será de mí ahora?, ¿qué haré de este corazón que rebosa amor, faltando aquel a quien lo había consagrado?, ¿qué voy a hacer en el mundo? ¿Qué será de mi pobre padre sin más familia ni consuelo que una hija viuda, siempre triste y enlutada?

He ahí—prosiguió Monserrate—los únicos pensamientos que ocupaban mi espíritu. El pasado me parecía un soplo, un sueño; el porvenir se me presentaba eterno, lleno de sombras, y como nadando en espantosa soledad. De aquí nacían aquel ensimismamiento, aquella variada atonía de exaltación febril y de debilidad, aquellos insomnios,

y, como consecuencia de los trabajos del alma, la enfermedad del cuerpo.

Las monjas me han curado. Ellas me han hecho sentir la existencia de otra vida, en la cual vive realmente mi esposo, a quien volveré a ver, abismados entrambos en sempiterna felicidad; me han enseñado a ser resignada, manifestándome cómo la Providencia dispone todas las cosas para nuestro bien; han dado a mi corazón un objeto de amor tan grande como Dios, y han derramado en mi espíritu atribulado un bálsamo vivificante y consolador que me ha devuelto la salud y la alegría.

—Pero mujer—dije yo—; ¿no sabías todas estas cosas?, ¿cuántas veces las habías oído y leído?

—Muchas—respondió—; mas no las había practicado nunca. Si podía tenerme por mujer honrada, distaba mucho de merecer el nombre de cristiana. No quería hacer mal a nadie y hasta gustaba de dispensar favores que no costasen nada; pero no conocía la rectitud de intención que hace meritorios nuestros actos, ni el espíritu de sacrificio que engendra las verdaderas virtudes. Si acaso leía u oía algo relativo a perfección, se me figuraba que aquello era una hipérbole imposible de realizarse o que iba dirigido a seres de naturaleza superior a la humana; mas después que he tratado a las monjas, y conocido la pureza interior con que hacen todas las cosas, su conformi-

dad con la voluntad de Dios, la alegría con que se mortifican y la tranquilidad con que soportan cualquier contratiempo, me he persuadido de que la virtud no existe solamente en los libros, y Dios me ha dado el deseo de practicarla en compañía de tan excelentes modelos.

—¿No puedes practicarla sin hacerte monja?
¿No puedes dedicarte a Dios, a las obras buenas y a los ejercicios de piedad estando en casa?

—Esos propósitos llevaba cuando volvimos a Madrid el año pasado; pero tú has visto el resultado. Separada de mi esposo para siempre en el mundo, siento un vacío en el corazón que sólo puede llenar la infinitud de Dios, una flaqueza que no puedo vencer sino apoyándome en Dios, y una pena que únicamente se mitiga levantando la vista al cielo, en donde creo que él disfruta de Dios. Fuera de esto, todo es triste, mezquino y sombrío para mí; parece que las flores han perdido el atractivo, su brillo las estrellas y el sol su resplendor. Déjame, pues, pensar en Dios siempre, amarle sin interrupción y apoyarme en su fortaleza...

Aquí dejó de hablar; pero viendo que yo callaba, prosiguió:

—Sabes que estando en Madrid hice cuanto pude para distraer esta preocupación. Todo fué inútil: en lugar de tranquilizarme, me sentía cada vez más agobiada, hasta que los médicos te mandaron volver a vivir cerca del convento.

Volvió a suspender su narración; yo quise hablarla, pero la emoción no me dejó, y una lágrima se escapó de mis ojos. Ella me cogió las manos, y después de un momento de silencio, añadió:

—Papá; has hecho por mí todo lo que un padre puede hacer por su hija. Las ocupaciones y relaciones que me buscaste eran indudablemente las más apropiadas a mi situación y a mis intenciones. Aquellas señoras de Madrid son muy buenas, pero con frecuencia hablaban de sus maridos, de sus hijos, de su familia, y esta conversación me hacía daño, recordándome la intensidad de mi desgracia. Además yo no podía estar con ellas sino breves horas, y rara vez tenía ocasión de desahogarme. Yo necesito una ocupación constante, unas compañeras que, como yo, no tengan en el mundo esposo ni hijos, que escuchen mis narraciones a veces impertinentes, y que, mirándome como hermana, estén siempre prontas a ayudarme, a sostenerme y dirigirme.

Todo esto lo hallaré en el convento, que parece Dios lo ha hecho para mi remedio.

—Para ser monja—le dije entonces recordando las palabras del padre Gutiérrez a mi hermana— es necesario tener vocación.

—La tengo, papá—respondió—. Yo no he sido educada para monja. Cuando me casé lo hice sin vacilación y sin escrúpulo, ignorando que pudiese ser otra cosa que mujer de mi marido y madre de mis hijos; pero Dios me ha llevado el uno y no

me ha dado los otros, porque quería traerme a servirle con mi santa tía.

—No te engañe, hija mía, la confianza de tu tía, porque ella no vivirá siempre.

—Papá—replicó—; tú no conoces a las monjas. Mi tía no es sino una de tantas en la comunidad. El parentesco que allí se atiende es el que nace del amor divino, de la comunión de afectos y de la identidad de aspiraciones. El misterio de consolación, de serenidad y de paz que aquí se disfruta no depende de las personas, sino del estatuto mismo que las dirige, de la esencia de su vida y de la gracia de Dios, que se derrama con misericordiosa abundancia.

—Monserrate—dije levantándome para salir—, lo que pides debe meditarse.

Antes de consentir en el proyecto de mi hija tuvimos otras muchas conversaciones parecidas, en las cuales, más sereno, le presentaba cada vez nuevos obstáculos. Así se pasaron algunos meses. Veía llegar el invierno sin que me atreviese a pensar siquiera en venir otra vez a Madrid.

Un día me dijo Monserrate al acabar la discusión tenida sobre este punto:

—Papá; temo que pronto te quedes sin hija.

—Antes moriré yo, hija de mi alma—contesté abrazándola.

—Si Dios lo dispone así—añadió—dejarás en el mundo una hija joven todavía, sin apoyo, sin fa-

milia, sin salud y acaso sin la luz del entendimiento.

No tuve valor para resistir más. Fuí a hablar a mi hermana y a la superiora, las cuales se sorprendieron algún tanto, porque Monserrate no las había dicho nada; solamente había consultado a su confesor de Madrid, con el cual había sostenido correspondencia constante.

Por lo mismo se retardó la admisión, queriendo antes la superiora y las ancianas que formaban su consejo, probar por sí mismas la vocación de la postulante.

Una vez admitida, se pasó a hacer las diligencias previas para la entrada, en las que se invirtió bastante tiempo, porque yo no me daba prisa en concluir las que a mí me correspondían.

En el año de noviciado mi hija se puso completamente buena. Han pasado catorce años, y ni por el momento ha perdido la tranquilidad y la alegría.

Cuando Monserrate hubo profesado, parecióme que el convento era mi casa y aquella comunidad mi familia. Entonces, mediante escritura legal, les hice cesión absoluta del convento y de la iglesia comprados el año 36, y regalé algunos cuadros para uno y otro sagrados edificios; como la huerta fuese pequeña, compré en nombre de las religiosas un campo contiguo, que hice cercar convenientemente, y las proporcioné agua para el riego de que hasta entonces carecían.

Todo esto me costó una cantidad respetable; pero, ¿en qué podía emplearla mejor que en ayudar a unas santas, entre las que estaban mi hermana y mi hija?

Con ésta entró y profesó otra joven, que vive con el nombre de sor Magdalena, cuyo historia, que contaré otro día, parece un episodio de novela.

XIX.—HISTORIA DE SOR MAGDALENA

—Magdalena—dijo el duque de Manlleu—es hija de un barón de provincia, que, al concluir la guerra de la Independencia, se retiró a su casa solariega, conocida en el país con el nombre de “El Castillo”, de donde no volvió a salir sino para alguna cacería poco lejana, a pesar de las mudanzas y trastornos ocurridos en esta época. Verdad que no habiéndose hecho sentir apenas por allí los estragos de la guerra civil, no estuvo en tentación próxima de tomar otra vez las armas.

Muerta la baronesa cuando Magdalena tenía sólo dos años, la niña fué criada, a la vista de su padre, por la mujer del mayordomo y educada por ésta y el capellán del castillo, participando su educación de lo antiguo y de lo nuevo. Por las costumbres de la familia y hasta por los muebles de la casa, pude decirse que crecía en un mundo pasado; pero el capellán, que era hombre muy instruído para la posición que ocupaba, la enseñaba cuanto las necesidades actuales exigían en una señorita de su rango.

El día en que murió el barón, en 1854, su hija cumplía catorce años.

El mayor, que tenía como veinticinco años, educado por su padre para conservar, según decía, las tradiciones de la nobleza antigua era casi una rareza en los tiempos presentes; idólatra del honor, hubiera preferido derramar su sangre gota a gota antes que verla manchada con alguna de esas faltas que la sociedad nunca perdona.

El otro hermano, de seis años más que Magdalena, había sido llevado desde niño a un colegio militar, y en la época a que me refiero estaba ya agregado al ejército.

En otoño de 1859 fué, en compañía de otro oficial, a pasar una temporada de licencia en su casa, que no había visto desde la muerte del anciano barón.

Sor Magdalena tiene talento, y entonces latía en su pecho un corazón ardiente; pero carecía de experiencia, y acaso admitió con demasiada confianza los obsequios del compañero de su hermano. Madrid, pintado por los viajeros con colores exagerados, aparecía en la imaginación de la joven, como en la nuestra, esas ciudades encantadas, construídas con topacios y rubíes, que describen los cuentos de los árabes, y manifestó un infantil deseo de ver la corte de España.

El hermano mayor no se atrevió a negar a los oficiales el permiso para llevarla, aunque dió bien a entender que lo otorgaba con disgusto, a pesar

de asegurarle el amigo que Magdalena estaría con una tía suya en Madrid.

La salida del castillo pareció más bien un raptó criminal que un gozo de familia. Cuando Magdalena montó a caballo, el joven barón volvió las espaldas sin decir una palabra; la mujer del mayordomo echó a llorar, y el capellán le dió su bendición con graves palabras; hubiérase creído que todos presentían alguna desgracia.

Magdalena ha dicho después que faltó muy poco para que, bajando del caballo, fuese a postrarse a los pies del hermano mayor, pidiéndole perdón de una ligereza que su conciencia comenzaba a acusar de falta.

¡Pobre Magdalena, cuán cara le ha costado!

Al llegar a la corte, su hermano hubo de salir inmediatamente para el Africa, encargándose el oficial, su compañero, de velar por la joven y hacerla luego acompañar a su casa. La tía de que había hablado no estaba en Madrid.

Medio año después volvió de Africa, en donde había logrado distinguirse el hermano menor de sor Magdalena. ¡Ay! Esta no era ya la joven graciosa e inocente que había sacado de su casa... Seducida y abandonada por el oficial, sufrió en breve tiempo todos los horrores de la miseria, y bajó a la última degradación del vicio.

Cuando su hermano la encontró después de muchas diligencias maldijo al traidor, bramando de coraje como debe hacerlo al entrar en su cueva

la leona a quien han robado sus hijos. Cogiendo del brazo a la infeliz Magdalena, la arrastró hasta encontrar al falso amigo que así abusara de su confianza.

.....

.....

Al anochecer de aquel mismo día, un "simón", rodando por la Cuesta de la Vega, llevaba una joven y dos oficiales hacia el Campo del Moro. El cochero fué despedido con buena propina, y los tres personajes se metieron en uno de los caminos cubiertos por el bosque hasta llegar a una plazuela, situada lejos de todas las sendas transitadas. La dama se desmayó y cayó tendida sobre la hierba. El ruido de dos pistoletazos, disparados a un tiempo, la devolvió el sentido. Junto a ella había dos cadáveres: no supo si la sangre que salpicaba su vestido era sangre del hermano o sangre del seductor.

Por fortuna para ella, los guardias de Madrid tienen el oído tan duro, que ninguno había oído la detonación. Magdalena cayó otra vez como muerta, hasta que el relente de la mañana, refrescándole la frente, hizo revivir su espíritu.

Aunque medio enloquecida, conoció la inmensidad de su desgracia y la profundidad del abismo abierto a sus pies:

No quiso volver a Madrid, e hizo bien.

Echó sobre los cadáveres su vestido ensangrentado, y marchando por caminos extraviados

y viviendo de limosna, llegó, al cabo de un mes,, a su casa. Ninguno de los criados que trabajaban en los alrededores del castillo la conoció.

La pobre, no teniendo valor para presentarse a su hermano, se escondió en un cobertizo, en donde pasó veinte horas sin comer ni beber, contemplando las ventanas de su cuarto y las macetas en donde comenzaban a reverdecer las plantas que ella había sembrado.

Era el hijo pródigo que tornaba a la casa paterna, pero al cual su padre no salía a recibir.

Después de tan larga tortura acertó a pasar por junto al cobertizo la mujer del mayordomo.

Magdalena la llamó, pues sin esto tampoco la habría conocido.

La buena mujer lloró de lástima y de alegría. Hubiese querido avisar en seguida o toda la casa; pero, conociendo mejor Magdalena el carácter del barón, impuso silencio a su ama hasta que hubiese hablado con el capellán.

Inútil es decir que la mujer del mayordomo no perdió el tiempo en traerle de comer y avisar al pua.

sacerdote, el cual se apresuró a ir a ver a su disci-

—Padre— exclamó ésta arrojándose a sus pies—: ¡soy pecadora!; pero habiendo sobrepujado a Magdalena en el vicio, quiero imitarla en la penitencia.

—Tus propósitos presentes—respondió el cape-

llán enternecido — borrarán delante de Dios las faltas pasadas, cualesquiera que hayan sido.

Magdalena confesó sus culpas, y habiéndola el sacerdote absuelto en nombre de Dios, resolvieron de común acuerdo que permaneciera oculta en casa del mayordomo hasta lograr también la absolución del jefe de la familia.

Pero éste fué más duro que el Altísimo.

Cuando el digno sacerdote acabó de hacerle la relación que la penitencia le había encomendado, contestó:

— Mis hermanos han muerto; a mí solo cumple ahora salvar el honor de nuestros mayores.

— ¡ La hermana vive !

— La mujer que vilipendió la sangre de mi padre no puede ser su hija. ¡ No tengo hermana !

Todas las reflexiones e instancias del ministro de Dios fueron inútiles.

Magdalena se resolvió, finalmente, a presentarse ella misma al inflexible hermano; pero siempre se le negó la entrada.

Un día le aguardó al paso, y postrándose con el rostro en el suelo, no dijo más que esta palabra:

— ¡ Perdón para tu hermaná !

— ¡ No tengo hermana ! — respondió secamente el barón, y se alejó con paso apresurado.

A pesar del natural abatimiento y de la pena que esta dureza había de causarle, Magdalena mejoraba cada día en casa del mayordomo. Los cuidados del ama devolvieron poco a poco la sa-

lud a su cuerpo, y las reflexiones del sacerdote la paz a su alma.

Mas a proporción que se tranquilizaba respecto al pasado, la dominaba con mayor fuerza un pensamiento fijo para el porvenir,

—He muerto para el mundo—solía decir—; no tengo ya familia, puesto que la mía me rechaza..., en adelante sólo debo vivir para el cielo, para Dios, que me ha perdonado.

En más de una ocasión el prudente director tuvo trabajo en contener sus arranques de penitencia, y aun en impedir que marchase a encerrarse en alguna gruta del monte, imitando a los antiguos anacoretas.

Por el tiempo en que hice con mi hija el segundo viaje al pueblo, el prelado llamó al servicio de una iglesia al capellán del castillo.

Con esto la situación de Magdalena cambiaba por completo.

Faltando el sacerdote para dirigirla y poner límites a su fervor, el mayordomo y su mujer no se atrevían a arrostrar la responsabilidad de tenerla en casa.

El capellán tampoco podía llevarla consigo.

Aquellas tres personas resolvieron, en una especie de consejo, dirigir al barón una nueva y apremiante súplica, que fué desatendida como las anteriores.

—Si quisiera entrar en un convento—dijo después el capellán—, allí no faltaría quién la dirigie-

se y aseguraríamos su tranquilidad para siempre.

A los dos esposos les pareció que el cielo se abría piadoso al oír estas palabras.

Se llamó a la interesada, a la cual el sacerdote manifestó lo que acababan de pensar.

—¡Qué más quisiera yo!—respondió Magdalena—; muchas veces lo he deseado; pero considerando mi indignidad, jamás me he atrevido a pedirlo.

El sacerdote escribió al capellán del convento; éste habló a la superiora; se celebró capítulo para resolver, porque el caso era extraordinario, y la admisión quedó acordada.

Cuando Magdalena recibió esta noticia sintió el gozo más puro que había disfrutado en mucho tiempo, el más profundo que había sentido en toda su vida.

Quería hacer a pie, como penitente, las treinta y cuatro leguas de camino que hay entre el castillo y el convento; pero el capellán y el mayordomo no lo consintieron.

Llegó pocos días antes del señalado para vestir el hábito mi hija, y yo pedí que mientras tanto se la dejase vivir en casa.

Entre Monserrate y Magdalena se estableció al momento una intimidad afectuosísima. Las dos habían sufrido mucho, y entrambas, bien que por distintos caminos, iban a buscar consuelo en un mismo punto.

Poco a poco Magdalena nos contó toda su historia.

Cabalmente, su hermano y mi yerno habían estado juntos en el colegio y pertenecido a un mismo regimiento, según colegimos de sus noticias.

Esto fué un lazo más que unió a las dos jóvenes.

Yo cuidé de arreglar algunas dificultades de poca importancia que se oponían a la entrada de Magdalena, y le serví de padrino en la función.

—¿Te falta ahora algo?—le pregunté un día.

—La reconciliación con mi hermano—respondió.

En consecuencia, escribí al barón en los términos que creí más propios para alcanzar de su tenacidad una palabra de indulgencia, y me contestó que: “no pudiendo conservar odio contra una esposa del Señor, y viendo el sincero arrepentimiento de su hermana, la perdonaba de todo corazón, olvidando cuanto había sucedido antes de su entrada en el convento”.

Desde entonces Magdalena es feliz.

Esto quise decir de su historia.

—Novela parece—dijo el estudiante de Medicina.

—Y muy instructiva—añadió el abogado.

El padre Atanasio iba también a decir algo; pero el duque, que no pudo observarlo, concluyó así:

—Desde el día en que Magdalena y mi hija profesaron soy amigo y defensor de las monjas. De-

jando a otros más entendidos que funden su defensa en el Evangelio y en la historia, yo, cuando oigo preguntar “¿de qué sirven las monjas-”, respondo: “Sirven para hallar su centro las almas levantadas y sublimes como mi hermana; sirven para dar apoyo y consuelo a las almas delicadas y afligidas, con dolores muy profundos, como mi hija; sirven para ofrecer medios de voluntaria expiación a las almas arrepentidas como sor Magdalena”.

—¡Oh!—añadió el duque, levantándose y tomando un tono más solemne—. Aquellos que dicen que las monjas no sirven de nada, ignoran el Evangelio, no conocen el Catolicismo, no saben lo que es virtud, no han estudiado el corazón humano, no han tratado espíritus extraordinarios, o son... unos perversos.

Dicho esto, el duque se dejó caer sobre el sillón. Estaba profundamente conmovido.

Entonces se levantó el abogado, y con un tono semejante al que acababa de usar el duque, dijo:

—Yo añado que aquellos que persiguen a las monjas persiguen la libertad más sagrada, que es la de servir a Dios según la propia vocación; atacan lo que se llama derechos individuales; combaten la propiedad despojando de sus dotes a indefensas mujeres; insultan a la debilidad y a la desgracia; perjudican a los pobres, y... son despotas de la peor especie.

—¡Dios les perdone e ilumine!—exclamó a media voz el padre Atanasio.

—Mañana—dijo el duque al despedirnos—les diré a ustedes de dónde venía cuando tuve el gusto de encontrarles en el tren del Norte.

—Yo no podré asistir—respondió el abogado.

—Guardaremos la conferencia para otro día—dijo el padre Atanasio.

—No—repuso aquél—: un gran negocio me lleva fuera de España, siendo acaso hoy la última vez que nos vemos.

—¿Nos escribirá usted?—preguntó el duque.

—Espero poder hacerlo. De todas maneras, el recuerdo de ustedes no se borrará jamás de mi memoria.

XX.—DE DONDE VENIA EL DUQUE DE MANLLEU

Cuando al otro día nos juntamos en casa del duque las personas nombradas en esta historia, faltaba el abogado.

Después de los saludos ordinarios, tomó el duque la palabra, diciendo:

—Yo estaba en Madrid cuando el Gobierno provisional dió el decreto de 14 de octubre del año pasado, suprimiendo los conventos establecidos después del año 1839 y la mitad de los que la revolución entonces había respetado.

Inmediatamente me puse en camino para Oviedo, a fin de llegar al pueblo del convento antes que las monjas tuviesen conocimiento de la nueva persecución que las amenazaba; pero, por más que me apresuré, ya el gobernador de la provincia se me había adelantado.

El convento de mi hermana y de mi hija fué contado entre los que se habían de suprimir. ¡Todas las diligencias hechas para salvarlo fueron en vano!...

Dispensen ustedes mi emoción. Quisiera olvidar estos sucesos, pero no es posible.

Yo vi al encargado de ejecutar aquel decreto dictatorial, penetrar en el convento acompañado de sus satélites y atropellar por todo, faltando a los preceptos de la religión, a las leyes del decoro y a los sentimientos de la humanidad.

Le oí declarar propiedad de la nación, es decir, del Gobierno y de los agiotistas, los bienes comprados con las dotes de las religiosas y los que sus familias les habían regalado.

Le vi tomar posesión en nombre del Estado, y sin más título que la orden del señor Romero Ortiz, del convento comprado con mi dinero en el año 35 y del campo para huerta que compré más tarde.

Vi a los que le acompañaban apoderarse y llevar los cuadros que yo había regalado a la Comunidad, las ropas de mi hija y de mi hermana y algunos recuerdos de familia que, con permiso de la superiora, conservaban en sus celdas.

Vi quién se llevaba un hermoso reloj que mandé al convento en el verano pasado, pocos meses antes de la revolución.

Yo estaba allí cuando se intimó a las religiosas que había llegado la hora de salir irremisiblemente.

Yo vi a mi hermana, a mi hija, a Sor Magdalena y a las demás monjas insultadas y tratadas brutalmente por los representantes de la autoridad.

Las vi arrodilladas a los pies de sus verdugos, pidiéndoles por amor de Dios, de sus padres y de sus hermanas, que las dejaran morir en el convento que habían elegido.

Las vi andar de un punto a otro, como para retardar la expulsión; pero sin darse cuenta de lo que hacían.

Vi a algunas agarrarse a los hierros de las rejas, protestando contra la violencia y la injusticia de que eran víctimas, y a otras pedir a Dios que, si era su voluntad, les enviase la muerte en el acto para ser sepultadas junto a sus hermanas.

Después las vi salir entre las sombras de la noche, conducidas en malos carros, y llevadas a otro convento, en donde se habían reunido hasta sesenta religiosas pertenecientes a distintas Ordenes.

Ninguna fué infiel a su vocación, ni vaciló siquiera. Todas resistieron a las provocaciones de los enemigos y a las instancias de los parientes, prefiriendo a la vuelta al mundo las estrecheces a que se las ha reducido en el convento.

Vi a un pueblo entero asombrado y conmovido ante este espectáculo. Muchas mujeres y algunos hombres lloraban como niños: especialmente los pobres exhalaban tales gritos, que daban casi tanta compasión como las monjas perseguidas, y es que en el convento hallaban siempre pan y consuelo para sus necesidades.

Después de dejar a las religiosas establecidas

en el otro convento que se les ha señalado, en el cual tienen que dormir tres monjas en cada celda, y alimentarse de limosnas las que no tienen familia que las socorra, me vine otra vez a Madrid.

Cuando en Avila entraron ustedes en el tren y entablaron a poco aquella conversación, que comenzó por preguntar: "¿De qué sirven las monjas?", yo no tomé parte en ella por dos razones: primera, porque estaba demasiado preocupado para responder con la calma conveniente; segunda, porque el señor—al decir esto me señaló a mí—contestó a ustedes perfectamente.

He concluido mi historia, señores. ¿Juzgan ustedes que mi conversación ha sido inmotivada?

Todos contestamos a esta pregunta en los términos que fácilmente comprenderá el lector.

La despedida fue más afectuosa que en los demás días, sintiéndonos cuantos estábamos presentes sinceramente afectados por las palabras y las desgracias del noble anciano, el cual nos ofreció de nuevo su casa y amistad.

Así concluyeron aquellas conferencias que dieron por resultados, según nos dijo él mismo al salir de la última, la conversión del estudiante de Medicina. El padre Atanasio y yo no teníamos necesidad de convertirnos. En cuanto al abogado, era evidente que le habían hecho pensar mucho; pero como se había marchado de Madrid, ignorábamos el resultado de sus meditaciones.

Esto sucedía a primeros de marzo.

XXI.—NOTICIAS INESPERADAS

Desde la tertulia narrada en el párrafo anterior ha pasado medio año, durante el cual, ocupaciones perentorias me han impedido volver a visitar al señor duque de Manlleu y ver a los otros compañeros.

Ya no pensaba que Su Excelencia se acordase de mí, o creía que me tendría por un ingrato, cuando recibí anteayer un besalamano de su parte invitándome a su casa para ayer a las cuatro de la tarde.

Allí encontré reunidos al simpático padre Atanasio, al señor Tressierras, ya hecho doctor en Medicina, y aquel vecino de El Escorial que nos había contado en el tren la expulsión de las monjas del Real Sitio. De todos los antiguos conocidos, sólo faltaba el señor C. y Vendrell, que era, no obstante, causa de esta extraordinaria reunión.

El señor duque, sin decir por qué nos había llamado, pidió permiso, que se le concedió al instante, para leer la siguiente carta:

“Francia..., 1 de octubre de 1869.

“Excelentísimo señor: La discusión tenida en el tren en noviembre del año pasado y la historia de lo que Vuestra Excelencia llama su conversión, no han sido estériles para mí.

Yo no conocía sino vagamente, como a muchos sucede, la religión divina de Jesucristo. Ocupado en los estudios y divertimientos, nunca había pensado seriamente en mi principio y en mi fin; no era impío, pero no era religioso.

Algunas de las ideas expresadas por nuestro compañero de viaje desde Avila a Madrid, me hicieron sentir el vacío que había dejado en mi educación; las respuestas, tan sencillas y convincentes, con que resolvía todas las dificultades, hicieron avergonzarme de mi ignorancia en cosa tan importante como es el conocimiento de la religión, de la cual y contra la cual yo hablaba, sin embargo, como si la conociera a fondo siempre que se ofrecía ocasión.

Las conversaciones posteriores con Vuestra Excelencia y la vocación de su hermana, de su hija y de Magdalena, me convencieron de la necesidad de las Ordenes religiosas para las almas más dignas de respeto y de compasión.

Al mismo tiempo que la existencia de ese otro mundo de sublimidad y de virtud, conocí la vanidad de este en que hasta ahora había vivido, y,

mediante la gracia de Dios, lo he abandonado para vivir en adelante en el retiro religioso.

No entraré en pormenores para explicar a Vuestra Excelencia por qué manera he conocido mi vocación; bástele saber que la creo verdadera, habiendo reflexionado mucho antes de resolverme a seguirla.

Las observaciones que voy a consignar en esta carta son frutos de las meditaciones hechas desde noviembre del año pasado hasta marzo del presente, y de lo que he visto con mis propios ojos en los seis meses pasados en este monasterio.

Si Vuestra Excelencia lo estima oportuno, puede darlos a conocer a nuestros contertulios, especialmente a mi querido Tressierras, porque pueden servir también de respuesta a la pregunta “¿De qué sirven las monjas?”, que hacíamos en el tren.

Entro en materia.

Tres plagas corroen principalmente a las sociedades modernas: la avaricia, la liviandad y la ambición. El claro talento y la experiencia de Vuestra Excelencia me dispensan de probar esto, que la observación más somera basta a demostrar.

Acaso estas tres plagas podrían reducirse a una sola, de la cual constituyen distintas manifestaciones o diversos grados de desarrollo: la soberbia, ese deseo desordenado de independencia, que se rebela contra todo orden establecido, se levanta hasta escupir al cielo y quiere ser consentido y re-

conocido por los hombres, entre los cuales siempre hace vivir la envidia, la desconfianza y la guerra.

Aquel que se deja contaminar por semejante peste—y más o menos contaminados estamos todos—aspira incesantemente a llamar la pública atención, aunque sea por el crimen; a subir a los primeros puestos, sin reparar en medios, y a establecer sobre los demás un dominio absoluto, que por fuerza ha de ser violento.

Habiendo pasado a ser axioma en la ciencia del mundo que el oro lo alcanza todo y es llave que abre todas las puertas, a trueque de allegar, no se hace escrúpulo de vender el alma y prostituir el cuerpo, naciendo de esto la liviandad escandalosa y la avaricia sin entrañas.

He ahí, excelentísimo señor, lo que, sin ellos darse razón, empuja por el camino de la intriga, de la deslealtad y del crimen a muchos hombres que no carecen de buen fondo, y acaso tienen cualidades para ser héroes.

¿Qué motivo impulsa a los de nuestro siglo a exponer sus vidas, a quebrantar hoy los juramentos de ayer, y a defender o combatir, según las circunstancias, una misma causa? La opinión pública no señala otro que la insaciable ambición.

¿Y cuál es el resultado de las graves revoluciones que con tan desastrosa como inmotivada frecuencia trastornan la sociedad? El engrandeci-

miento de pocos a costa de la perdición de muchos.

Por otra parte, la malicia, apoderándose del hombre por la educación, envenena los gérmenes de la familia, ahoga en su raíz los sentimientos generosos, pervierte las nociones de lo bello y de lo justo, rebaja los caracteres, y siembra abundantes simientes de disensiones en las familias y en los pueblos.

¡Ah! Cuando veáis un pueblo en decadencia, enfermizo y sin vigor, o en guerra en sus jerarquías sociales, bien podéis asegurar que lleva en su corazón el cáncer de alguna de aquellas pasiones, o de todas a la vez!

¿Y no habrá remedio para semejante mal? ¿Habrán llegado las naciones a tal punto de extravío, que no les quede sino seguir cayendo hasta llegar al abismo y desaparecer para siempre de la superficie de la tierra?

Este pensamiento estremece y repugna demasiado para poder ser verdadero. Dios ha hecho sanables a las naciones (1), y la dificultad está para nosotros únicamente en hallar el remedio verdadero.

¿Se aplicará la homeopatía a la curación de las enfermedades morales? No. Cualesquiera que sean los resultados de esa teoría en los males del cuer-

(1) "Et sanabiles fecit nationes orbis terrarum" (Sap., capítulo I, 14).

po, nadie será tan inconsiderado que quiera aplicarla a los males del alma. Tratándose de éstos, el filósofo y el moralista dirán siempre: "Contra-ria contrariis curantur."

Sí: para curar a la sociedad es necesario oponer al ensalzamiento de la ambición la veneración del desprendimiento; a la omnipotencia del oro, el poder de la virtud; a la concupiscencia voluptuosa, la pureza de una castidad inmaculada; a la avaricia, la caridad; a la soberbia, raíz de todos los males, la humildad, germen y asiento de todas las virtudes. Porque las medicinas morales solamente se propinan por la enseñanza y el ejemplo.

Todo eso está bien, dirá quizá Vuestra Excelencia, o diría otro menos avisado que Vuestra Excelencia; pero ¿quién se encargará de dar el ejemplo? ¿Quién querrá ser médico y medicina a tanta costa?

Los institutos religiosos, excelentísimo señor.

Los institutos religiosos, que desde su fundación están dando esos ejemplos, son el único dique capaz de contener el torrente desbordado de inmoralidad que amenaza destruirlo todo. El mundo rechaza a esos institutos como el enfermo cegado por el delirio rechaza la medicina que ha de sanarlo, y los persigue como enemigos, porque en realidad lo son del espíritu indolente y depravado que le domina; pero si quiere salvarse debe

buscarlos, protegerlos y estimarlos como sus mejores amigos.

Si en vez de dirigirme a Vuestra Excelencia, que no necesita persuadirse, escribiese a alguno de esos espíritus ligeros que ven el mundo de color de rosa, o lamentan los males sociales sin tratar de buscarlos eficaz remedio, le diría: ¿No sentís pasar sobre la tierra, como viento impetuoso que barre las cimas de las montañas y troncha los árboles seculares, un espíritu de independencia y ambición, que, cada día más fuerte, acabará por volcar las sociedades si no se le opone otro espíritu de abnegación, de humildad y de paciencia? ¿Es o no cierto que en nuestra época todo el mundo quiere mandar y nadie quiere obedecer, y, por consiguiente, que para restablecer la armonía y equilibrio sociales es preciso buscar hombres que voluntariamente obedezcan?

Y esos hombres, los institutos religiosos los dan: ese espíritu es el que anima la vida de los conventos.

En el mundo no faltan predicadores de la virtud; pero hay pocos que la practiquen enteramente. En los monasterios, por el contrario, se obra, mas no se habla; y como el ejemplo es siempre más poderoso que la palabra, la vista de un religioso influye más en la pública moralización que un centenar de estudiadas arengas.

Explicaré un poco más esta idea, para que no parezca que exagero.

Yo tengo observado que el rico predica siempre el respeto a la propiedad, y el pobre, la obligación de la limosna; los mismos políticos, que cuando están abajo defienden el derecho de insurrección, si llegan a apoderarse del mando, predicán la necesidad del orden y de la obediencia. Así todas las virtudes tienen elocuentes apologistas; pero como puede sospecharse que éstos hablan por su particular interés, el sermón no produce ningún efecto, a no ser el de aumentar el escándalo y exacerbar más las pasiones.

Pero cuando se presenta a predicar la caridad a los grandes y a los poderosos un fraile que, pudiendo, por su nacimiento o por sus facultades, ser tan grande y poderoso como ellos, ha renunciado a la grandeza y al poder para consagrarse a un objeto esencialmente caritativo: a predicar sumisión y paciencia a las muchedumbres el que voluntariamente renunció a su voluntad y se hizo pobre, a predicar la castidad y la templanza a los voluptuosos y llevados de la concupiscencia, el que sintiendo en sí iguales pasiones, y habiendo podido satisfacerlas, las sujeta con el ayuno y la disciplina..., ¿quién podrá calcular la influencia poderosa de cada una de sus palabras?

¡Ah! Yo lo he visto, excelentísimo señor. Cuando el fraile, que por su ciencia podría sentarse en las Academias, por su elocuencia ser un tribuno y por su valor en arrostrar los peligros un general distinguido, se presenta ante un pueblo nu-

meroso, demacrado el rostro, los pies descalzos, cubierto el cuerpo con un hábito grosero, igual en invierno que en verano, y levanta sus manos al cielo, diciendo: "Allí está el premio de la caridad, de la paciencia, de toda virtud y todo sacrificio; allí la justicia perfecta, allí la felicidad verdadera...", todas las cabezas se inclinan en señal de respeto y de asentimiento: los más endurecidos en el vicio reconocen la convicción sincera del predicador, y si no se convierten, sienten la posibilidad de vivir de otra manera.

He acompañado como asistente a algunos misioneros de nuestro convento, y siempre he visto que después del sermón eran esperados en el confesonario por un gran número de pecadores arrepentidos. Puedo decirlo sin orgullo, porque yo he podido hacer muy poco hasta ahora: como la lluvia de abril hace reverdecer las plantas y las da fuerza para erguir sus tallos hacia el cielo, así nuestro paso por las ciudades refresca los corazones, purifica las almas y crea una atmósfera de virtud y de moralidad, cuya vivificadora influencia sienten hasta los que acaso se empeñan en negarla para fines particulares.

He visto más, señor duque. A muchos viajeros y personas de mundo que vinieron a nuestra casa por vana curiosidad o por cierto amor al arte, con la cabeza llena de viento y de prevenções, les he visto sobrecogerse de veneración, sentir remordimientos de su pasada vida, confe-

sarse y volverse con muy trocados propósitos, sin haber habido necesidad de decirles una palabra, habiendo bastado para mover sus corazones la vista de nuestros hábitos y de nuestras ocupaciones, del orden que en todo reina, del silencio que se observa y de la majestad del culto.

La influencia que ejercemos en las clases populares, más fáciles de persuadir y de impresionar y generalmente mejor dispuestas, no hay para qué decirlo. Cuentan que en tiempo de Luis Felipe esta comarca era de las más pobres y desmoralizadas; ahora es, sin exageración, una de las mejores de esta parte de Francia, tanto bajo su aspecto moral como bajo el material. Hace ocho años que no se había incoado siquiera una causa criminal, hasta que días pasados, con ocasión de la feria, en un pueblo cercano se cometió un robo. Todos los vecinos estaban afligidos y escandalizados; pero después se supo que el ladrón había venido de fuera, con lo cual se apagó el sentimiento público. Un anciano decía con satisfacción y cierto orgullo: "Ya decía yo que el ladrón no podía ser de aquí; desde que están los Padres no hay ladrones en el país."

¿Quién ha realizado este cambio? El anciano lo indicaba: los frailes. Nuestros Padres no han cesado de misionar y catequizar en estos pueblos: han alentado a los curas, han creado escuelas cristianas, han distribuído abundancia de opúscu-

los y hojas volantes; han enseñado a trabajar y, sobre todo, han hecho mucha caridad...

El monasterio es bastante rico para el tiempo que lleva de existencia y atendiendo a la época que atravesamos; pero como aumentando la riqueza nosotros no cambiamos de hábito ni añadimos ningún plato a la mesa, resulta que el acrecentamiento de bienes conventuales sólo sirve para dar más solemnidad al culto, con ventaja de los que en él tienen ocupación, y para socorrer mayor número de necesidades comunes e individuales.

Hace cerca de un mes que vino a visitarnos un magistrado que había sido juez del distrito en otro tiempo, y viendo la mudanza verificada, exclamó: "Con un convento en cada distrito, el emperador podría suprimir los gendarmes."

Tan cierto es, excelentísimo señor, lo que he dicho al principio de esta carta.

Las sociedades tienen remedio; pero deben buscarlo en la religión, que es donde lo puso Dios. La libertad civil, que los pueblos modernos echan de menos, no se recobrará sino asegurando la libertad de la Iglesia.

Estas son mis convicciones, formadas en la meditación y en la experiencia.

Siento prolongar esta carta; pero no puedo cerrarla sin decir una palabra de las monjas, que han sido el instrumento de mi conversión.

¿De qué sirven las monjas? Todo lo que he di-

cho de los frailes puede también aplicarse a ellas, excepto la predicación y lo que es propio del ministerio sacerdotal.

¡De qué sirven las monjas! A Vuestra Excelencia y a mí nos han servido de mucho, pues entrambos les debemos el haber entrado en el camino de una vida mejor.

Cuando Teresita escribía a Vuestra Excelencia los bienes que traen a la sociedad las Ordenes religiosas de mujeres, ignoraba la influencia saludable que ejercen en el mundo, sin predicar ni salir del convento: no sabía que sus paredes llaman a la meditación y que la vista de sus rejas infunde pensamientos religiosos e inspira propósitos de virtud.

En prueba de esto, incluyo el adjunto impreso, que es una meditación del célebre Víctor Hugo a la vista de un convento de monjas.

Yo me atrevería a comparar las Ordenes contemplativas, así de mujeres como de varones, a los abanderados de los regimientos, los cuales, sin pelear, prestan un servicio inmenso manteniendo enhiesta a la vista de los soldados la bandera de la patria. Los frailes y las monjas son los que en medio del campo cristiano sostienen siempre enarbolado el estandarte de la virtud.

Dentro de medio año haré votos simples; tres años después, si Dios me da constancia, como espero, los haré solemnes, y seré ordenado de presbítero para trabajar toda la vida en la gloria

de Dios y en la moralización y bien del pueblo. ¿No seré más útil así a la sociedad que defendiendo en Avila algunos pleitos, para los cuales sobrarán abogados?

¡Qué lástima, excelentísimo señor, que para aspirar a la perfección del Evangelio y consagrarse del todo a la virtud sea preciso salir de la patria y hacer el bien a hombres que no hablan la lengua castellana, ni son los que vi en la niñez!

¡Dios tenga compasión de España!

A El encomienda a Vuestra Excelencia y se repite a sus órdenes, besando su mano,

Fr. Pablo de Avila.

(Antes C. de Vendrell.)”

Desde el principio de la carta conocimos de quién venía; pero nos callamos para no perder una palabra de su lectura. Cuando el señor duque la concluyó salió de todos los labios un grito de admiración y de alegría.

El joven médico, poniendo la mano sobre la carta que el duque tenía aún entre las suyas, hizo esta especie de juramento:

—Querido amigo y compañero de mi niñez: admiro tu virtud y tu resolución; yo no me siento llamado a igual género de vida, pero prometo portarme siempre como médico cristiano. Los enfermos y los pobres a quienes visite te serán deudores de la solicitud y beneficios que me propongo dispensarles.

Yo pedí al duque la carta para ponerla al fin de este libro, y después de una breve discusión sobre si podía o no publicarse, me la entregó, juntamente con la cita que Su Excelencia nos leyó allí, y ahora tú, lector querido, puedes leer a continuación.

XXII.—COMPARACION ENTRE UN PRESIDIO Y UN CONVENTO, POR VICTOR HUGO

“En mi juventud, en lo que había sido para mí el principio de la vida, había visto un lugar horroroso, terrible. Ahora, después del presidio, veía el claustro; y pensando que había estado en presidio y que era espectador del claustro, los confrontaba en mi imaginación.

”Algunas veces me apoyaba en la pala, y descendía lentamente por la espiral sin fin de la meditación.

”Recordaba a mis antiguos compañeros y cuál era su miseria: se levantaban al amanecer y trabajaban hasta la noche; apenas les permitían dormir; se acostaban en camas de campaña, y sólo se les toleraba un colchón de dos pulgadas de grueso, en salas que no tenían lumbre sino en los meses más crudos del año; vestían una horrible chaqueta roja, y por gracia se les permitía usar un pantalón de tela en los grandes calores, y una frazada de lana en los fríos excesivos; no bebían vino, ni comían carne sino cuando iban al “trabajo”. Vi-

vían sin nombre: sólo eran conocidos por números; estaban casi convertidos en cifras, y andaban con los ojos bajos, la voz baja, los cabellos cortados, bajo la vara y en la vergüenza.

"Después mi espíritu se dirigía a los seres que tenía ante la vista.

"Estos seres vivían también con los cabellos cortados; los ojos bajos, la voz baja; no en la vergüenza, pero sí en medio de la burla del hombre; no con la espalda herida por el látigo, pero sí destrozada por las disciplinas. También éstos habían perdido su nombre entre los hombres: sólo eran conocidos por austeros apelativos. Nunca comían carne, jamás bebían vino; muchos días estaban en ayunas hasta la noche. Traían, no una chaqueta roja, sino un sudario negro de lana, pesado en el verano, ligero en el invierno, y no podían quitarle ni añadirle nada; no tenían ni aun el recurso de la tela y de la lana: seis meses del año llevaban camisas de buriel, que les producían calentura. Vivían, no en salas calentadas sólo los días de riguroso frío, sino en celdas donde nunca se encendía lumbre; dormían, no en colchones de dos pulgadas de grueso, sino sobre paja. Por último, ni aun se les permitía dormir toda la noche: después de un día de trabajo, debían despertar en el cansancio del primer sueño; cuando empezaban a dormir y a calentarse, debían levantarse y rezar en una capilla helada y sombría, de rodillas sobre la piedra.

"En ciertos días, cada uno de estos seres, a su vez, permanecía doce horas consecutivas arrodillado sobre el mármol, o prosternado con la cara en el suelo y los brazos en cruz.

"Los primeros eran hombres; éstos eran mujeres.

"¿Y qué habían hecho aquellos hombres? Habían robado, violado, saqueado, matado, asesinado. Eran bandidos, falsarios, envenenadores, incendiarios, asesinos, parricidas.

"¿Y qué habían hecho estas mujeres? Nada.

"De un lado, el salteamiento, el fraude, el dolo, la violencia, la lubricidad, el homicidio, todos los géneros de sacrilegio, todas las variedades del crimen.

"Del otro, una sola cosa: la inocencia.

"La inocencia perfecta, casi llevada hasta una misteriosa asunción, unida a la tierra por la virtud y al cielo por la santidad.

"De un lado, confidencias de crímenes que se hacen en voz baja. De otro, la confesión de faltas que se hacen en alta voz. ¡Y qué crímenes! ¡Y qué faltas!

"De un lado, miasmas; del otro, aroma inefable. De un lado, peste moral y vigilada por centinelas de vista, cercada por cañones, devorando lentamente sus apestados; del otro, una casta unión de todas las almas en el mismo foco. Allí, las tinieblas; aquí, la sombra, pero una sombra llena de claridad, y una claridad llena de fulgores.

"Ambos eran lugares de esclavitud; pero en el primero era posible la redención: tenía un límite legal siempre esperado, y además la evasión. En el segundo, la perpetuidad, y por toda esperanza a la extremidad lejana del porvenir, esa luz de libertad que los hombres llaman "muerte".

"En el primero el hombre estaba sólo encadenado por una cadena; en el segundo, por la fe.

"¿Qué salía del primero? Una inmensa maldición, el rechinamiento de dientes, el odio, el perversidad desesperada, un grito de rabia contra la sociedad humana, un sarcasmo contra el cielo.

"¿Qué salía del segundo? La bendición y el amor.

"Y en esos dos lugares tan semejantes y tan diversos, esas dos clases de seres realizan una misma cosa: la expiación.

"Yo comprendía muy bien la expiación de los primeros, la expiación personal, la expiación por sí mismo. Pero no comprendía la otra, la de aquellas criaturas sin mancha, y me preguntaba temblando: ¿Expiación de qué? ¿Qué expiación?

"Y en mi conciencia respondía una voz: la más divina de las generosidades humanas, la expiación por los demás...

"Tenía ante mi vista el vértice sublime de la abnegación, la cumbre más alta de la virtud, la inocencia que perdona las faltas de los hombres y las expía en su lugar: la servidumbre practicada, la tortura aceptada, el suplicio reclamado

por las almas que no han pecado, para librar de él a las almas que lo han cometido; el amor de la humanidad abismándose en el amor de Dios, pero permaneciendo distinto y suplicativo; débiles seres que unen la miseria de los condenados a la sonrisa de los escogidos.

”¡Y entonces recordaba que me había atrevido a quejarme!

”Muchas veces en medio de la noche me levantaba para escuchar el canto de agradecimiento de esas criaturas inocentes y abrumadas de rigor, y sentía frío en las venas al pensar que los que eran castigados con justicia no elevaban la voz hacia el cielo más que para blasfemar, y que yo, miserable, había amenazado a Dios.

”Y, ¡cosa extraña, que me hacía meditar profundamente como un aviso en voz baja de la misma Providencia!, todos los esfuerzos que había hecho para salir del otro lugar de expiación, el escalamiento, la ruptura de la prisión, el peligro aceptado hasta la muerte, la ascensión difícil y brusca, había tenido que hacerlos igualmente para entrar en este segundo lugar. ¿Era acaso éste el símbolo de mi destino?

”Aquella casa era también una prisión, y se parecía lúgubrementemente a la otra casa de que había huído, y, sin embargo, nunca se me había ocurrido esta semejanza.

”Veía allí rejas, cerrojos, barras de hierro. ¿Para qué? ¿Para guardar ángeles!

"Aquellas altas tapias que había visto cercando tigres las miraba ahora alrededor de corderos.

"Aquel era un lugar de expiación, y no de castigo; mas no por esto era menos austero, menos lúgubre, menos inexorable que el otro. Aquellas vírgenes andaban más oprimidas que los presidiarios. Un viento frío y rudo, el viento que había helado su juventud, atravesaba el foco enrejado y encadenado de los buitres; una brisa más áspera y más dolorosa soplabá en la jaula de las palomas.

"¿Por qué?

"Cuando pensaba en estas cosas se abismaba mi espíritu en el misterio de la sublimidad.

"En estas meditaciones desaparecía el orgullo. Dí toda clase de vueltas sobre mí mismo, y conocía que era malo, y lloré muchas veces.

"Algunas, a la caída de la tarde, en el crepúsculo, a la hora en que el jardín estaba desierto, me ponía de rodillas en medio del paseo que costeaba la capilla, delante de la ventana por donde había mirado la primera noche, vuelto hacia el sitio en que sabía que la hermana que hacía el desagravio estaba prosternada en oración.

"Rezaba arrodillado ante esta monja.

"No me atrevía a arrodillarme directamente delante de Dios."

XXIII.—DOS PALABRAS AL LECTOR

Querido lector: acaso no habrás olvidado que en la primera conversación tenida entre Avila y El Escorial indiqué a mis compañeros que a la supresión de las monjas de clausura seguiría la de las religiosas de enseñanza y de hospitales. El pensamiento pareció atrevido; pero aquel vecino de El Escorial que vino hasta Las Rozas demostró que no carecía de fundamento, contándonos la expulsión de las monjas de enseñanza verificada en el Real Sitio. En cuanto a las de hospitales, lee el siguiente párrafo, publicado en "El Católico" de 8 de octubre último:

"En el Hospital General de esta corte se han quitado la mitad de las Hermanas de la Caridad, y se han suprimido completamente en el Hospicio, para poner en su lugar empleados. Esto ya pasa de toda medida."

Ya ves cómo, desgraciadamente, yo tenía razón. Cortadas las raíces al árbol, las ramas frutales se van secando. No podía menos de ser así, porque todo es armónico en la religión.

Quien la desprecia en una parte, no puede estimarla en las otras.

* * *

Con esto doy por concluída la obra. La he escrito a ratos perdidos, muy a prisa y sin pensar que la escribía; comencé creyendo hacer dos artículos para un periódico, y, bueno o malo, ha resultado un libro.

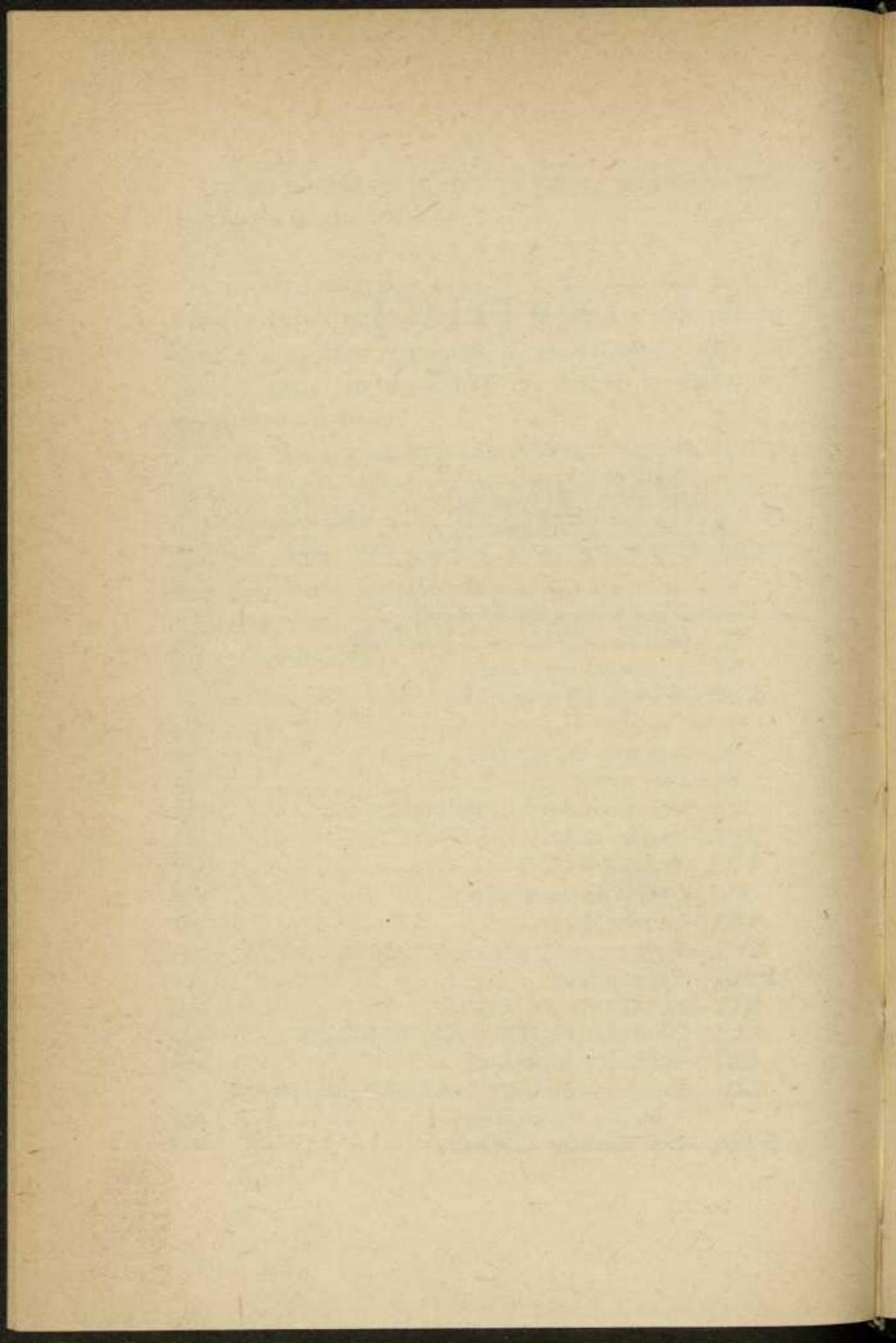
Si su lectura ha logrado corregir alguna de tus ideas o hecho nacer en tu alma algún afecto piadoso, atribúyelo a la fuerza de la verdad y a la magnificencia del asunto, que casi siento haber desflorado con mi atrevimiento.

Sobre todo, agradécelo a Dios, a Quien suplico me encomiendes.

EL AUTOR.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO	7
I.—De Avila a El Escorial.....	9
II.—Una expulsión de monjas.....	28
IV.—Las montañas.....	36
V.—Armonías naturales y religiosas.....	42
V.—Las monjas en el Evangelio.....	49
VI.—Madrid, después de la revolución.....	64
VII.—El colegio del Carmen.....	76
VIII.—Reunión en casa del Duque.....	92
IX.—Teresita.	104
X.—Guerra a las monjas.....	120
XI.—Las cartas.....	134
XII.—Correspondencia interesante.....	143
XIII.—La profesión.....	167
XIV.—Pruebas terribles.....	178
XV.—Objeto de las monjas.....	188
XVI.—La religión.....	202
XVII.—Enfermedad y mudanza de Monserrate....	212
XVIII.—Revelaciones.....	220
XIX.—Historia de Sor Magdalena.....	230
XX.—De dónde venía el Duque de Manlleu.....	241
XXI.—Noticias inesperadas.....	245
XXII.—Comparación entre un presidio y un convento, por Víctor Hugo.....	259
XXIII.—Dos palabras al lector.....	265



BIBLIOTECA "LUX"

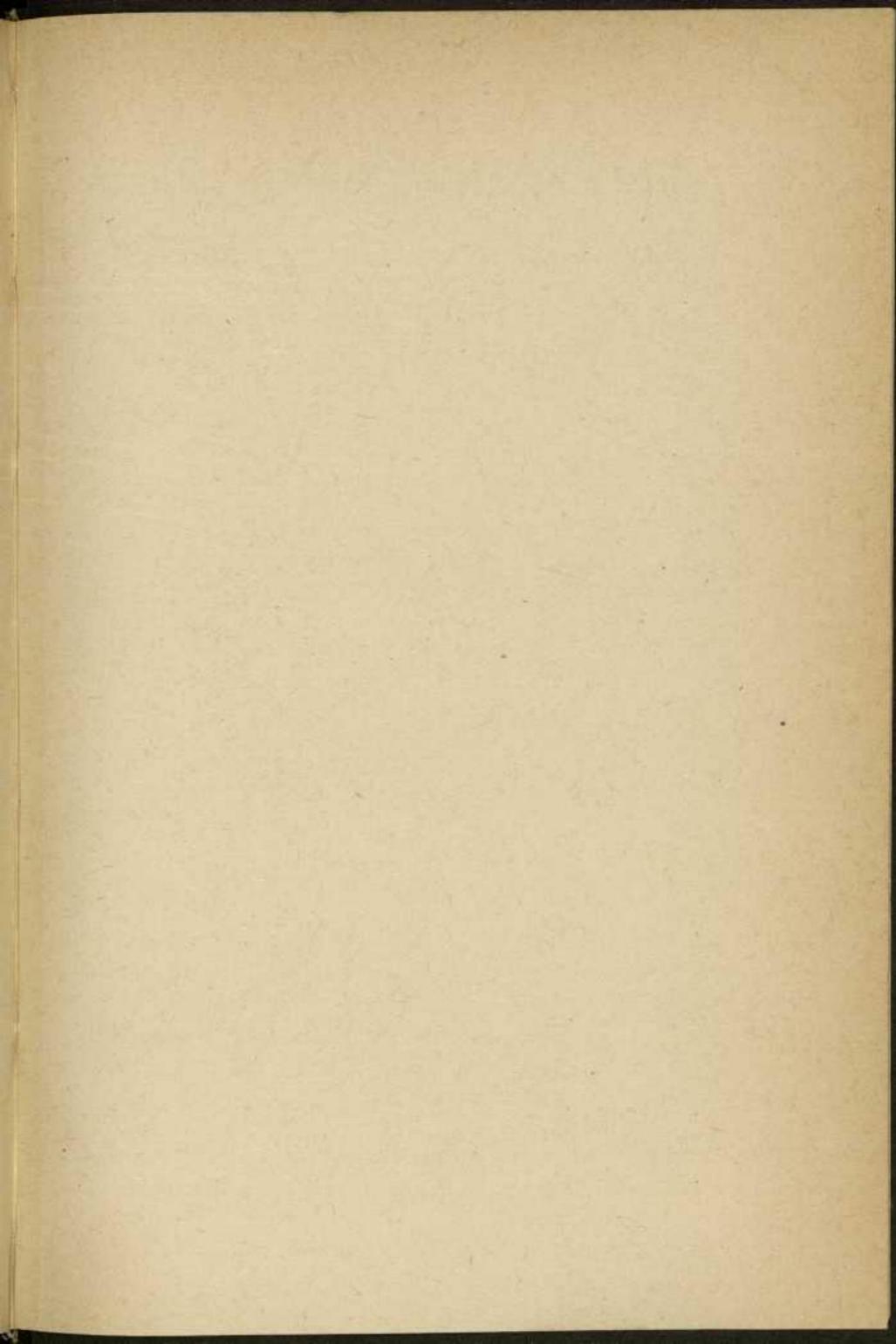
Volúmenes publicados

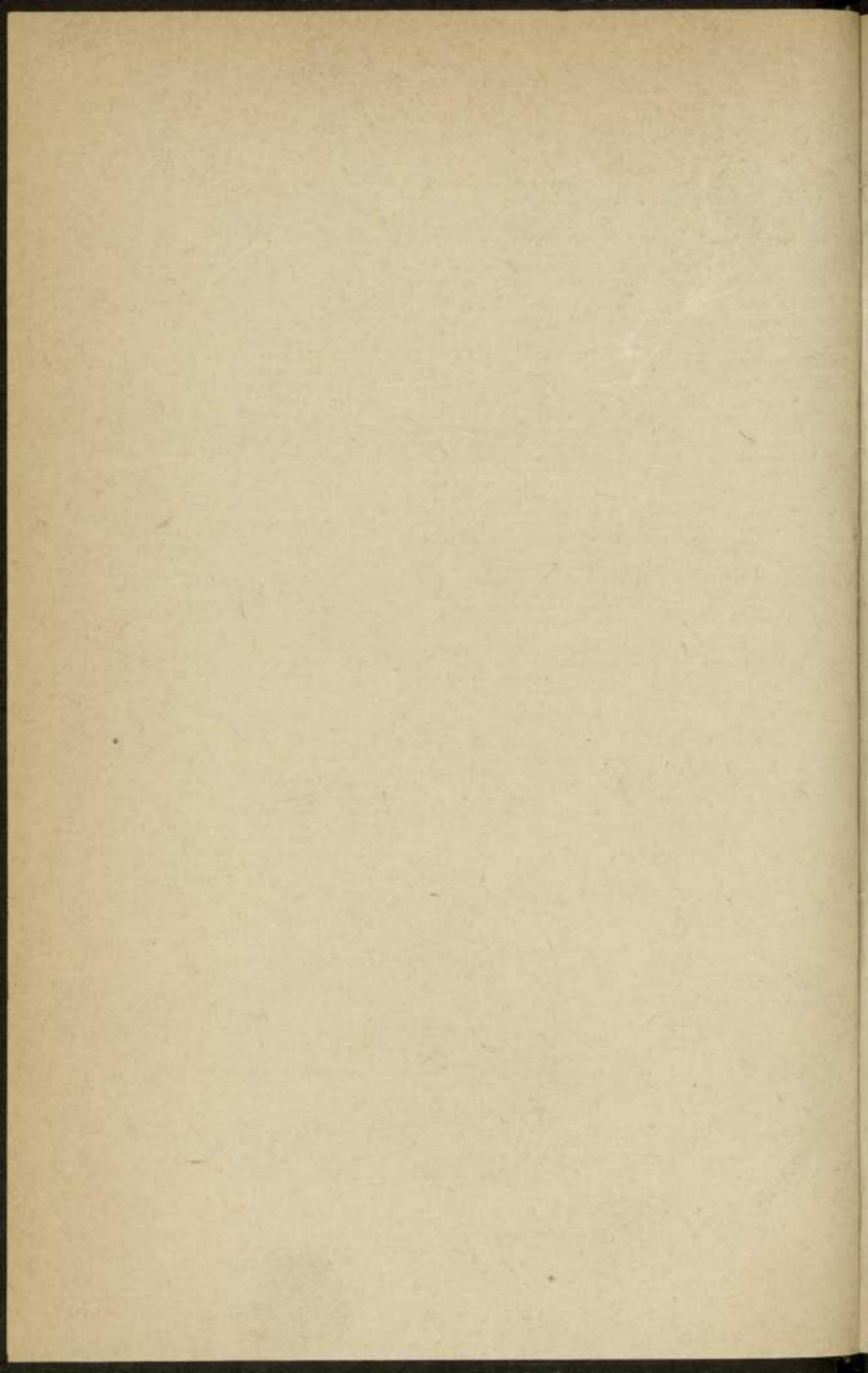
	<u>Pesetas.</u>
<i>La mujer y su destino</i> (Conferencias microscópicas), de Fabio	2
<i>Horario de Amor</i> (Sartal de cuentos), de D. Gerardo Requejo	2
<i>Fe, Patria y Amor</i> (Poesías), de Roberto Alcover (agotado)	3
<i>Mi Padre</i> (Biografía de Sánchez Asensio), por «A. de Mirabal» (agotado)	2,50
<i>Religión y Patria</i> (páginas de la actual guerra hispano-marroquí), por el muy ilustre señor D. Ignacio Navarro Canales (agotado)	5
<i>El Cerro de los Angeles</i> (discursos comentando la fórmula regia de Consagración), por el P. Solá, S. J. . .	6
<i>Semillas</i> (cuentos y crónicas), del muy ilustre señor D. Antonio P. Ormazábal con prólogo del M. de Lozoya	3
<i>El Comunismo y los primeros cristianos</i> , de «Fabio» . .	3
<i>El brazo de la raza</i> , de D. Adolfo Sandoval.	5
<i>Horas de luz</i> , de D. V. F. Estrada, Abogado del Estado (agotado).	3
<i>De prensa y sociología</i> (conferencias y discursos), del muy ilustrísimo señor D. Ignacio Navarro Canales. .	6

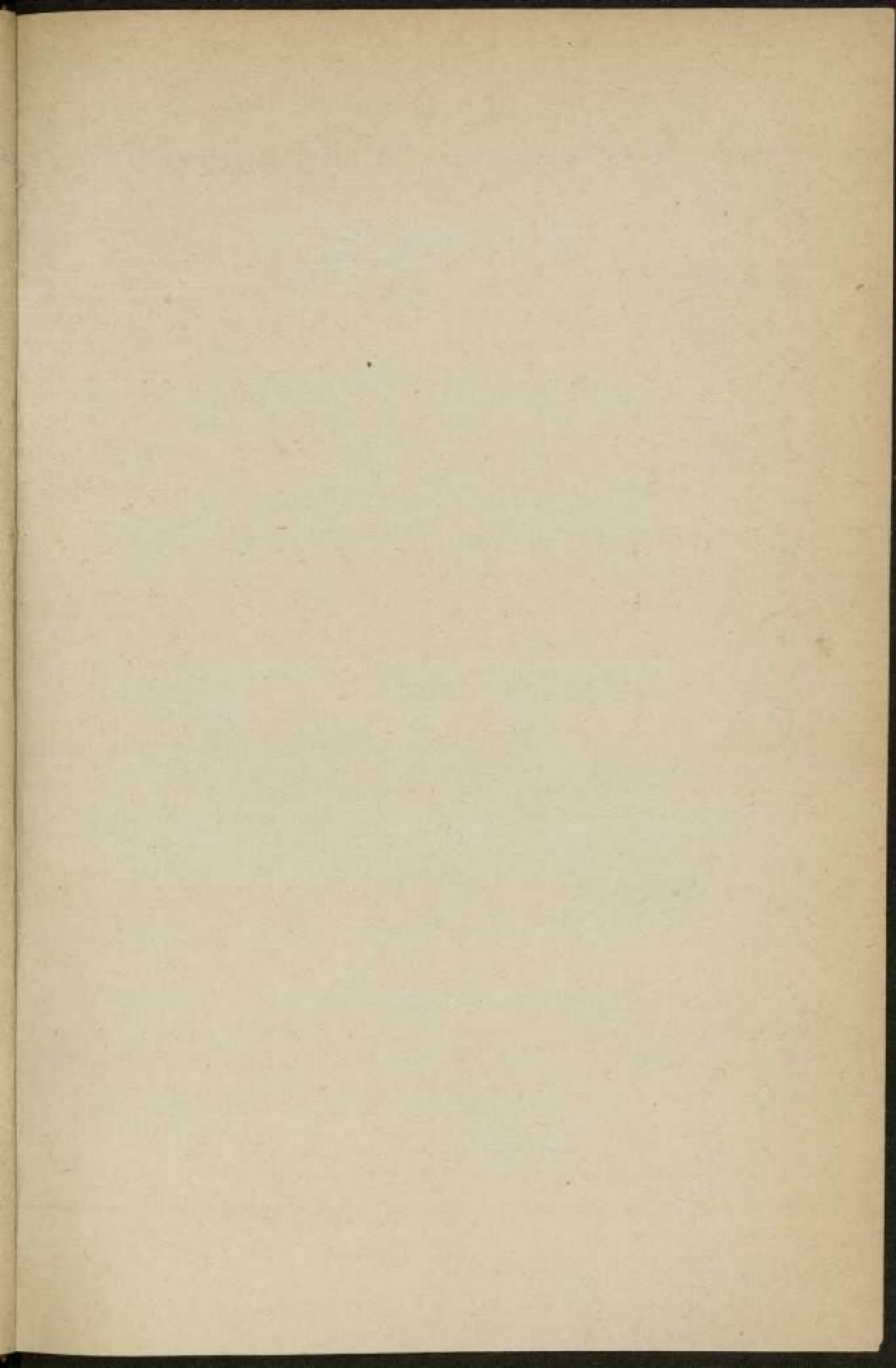
<i>Eco de siglos</i> (leyendas y tradiciones españolas), por D. Federico Meadizábal, con prólogo del señor Obispo de Ciudad Real.	2
<i>Del Viaje del Rey a Roma</i> (discursos, crónicas y pensamientos).	3
<i>Homenaje a Santa Teresa de Jesús</i> , con prólogo del señor marqués de San Juan de Piedra Albar.	5
<i>El Hijo del Hombre</i> (narraciones de <i>Freim von Krane</i> , traducidas del alemán por A. Sanz, presbítero).	2
<i>Ocios poéticos</i> , de El Conde de Cedillo.	3,50
<i>Las cuestiones triguera y ganadera en España</i> , (a la luz de la hispana tradición). Manojó de artículos de D. Manuel Sánchez Asensio. Prólogo del ex diputado a Cortes D. José Sánchez Marco. Epílogo del señor magistral de Avila.	4
<i>Religión y Progreso</i> (artículos y crónicas sobre el portentoso vuelo España-Argentina).	4,50
<i>El Centenario de Pestalozzi en España</i> , por el magistral de Avila, con prólogo del excelentísimo señor don José María G. de Echávarri, catedrático de la Universidad de Valladolid.	5
<i>Luz y Tinieblas</i> (narraciones de <i>Freim von Krane</i> , traducción directa del alemán por A. Sanz, presbítero).	3

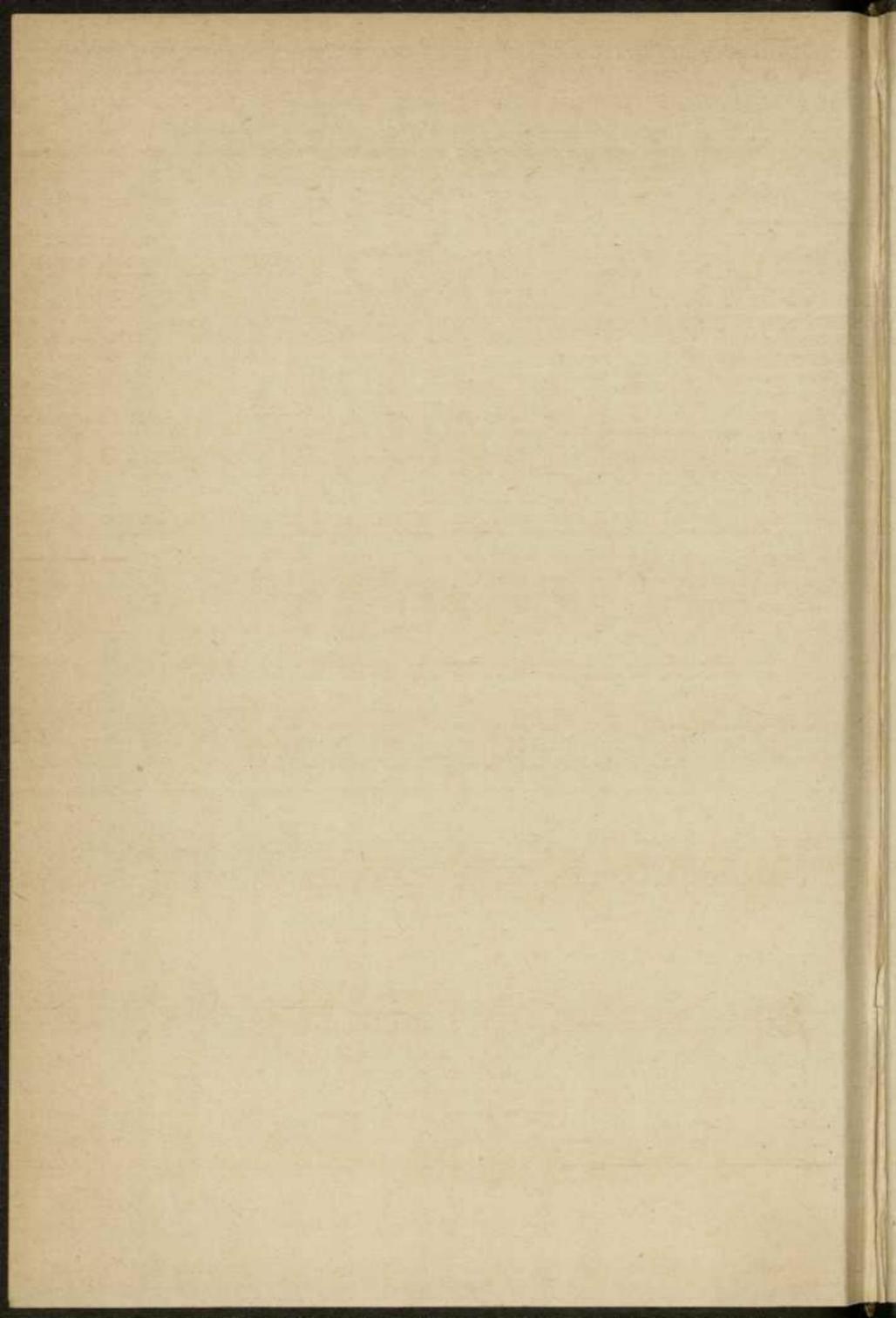
Estos libros se pueden obtener por lotes de 800 páginas, a diez pesetas, que es el precio de suscripción anual (única que se admite), y por el que se sirve a los suscriptores idéntico número de páginas.

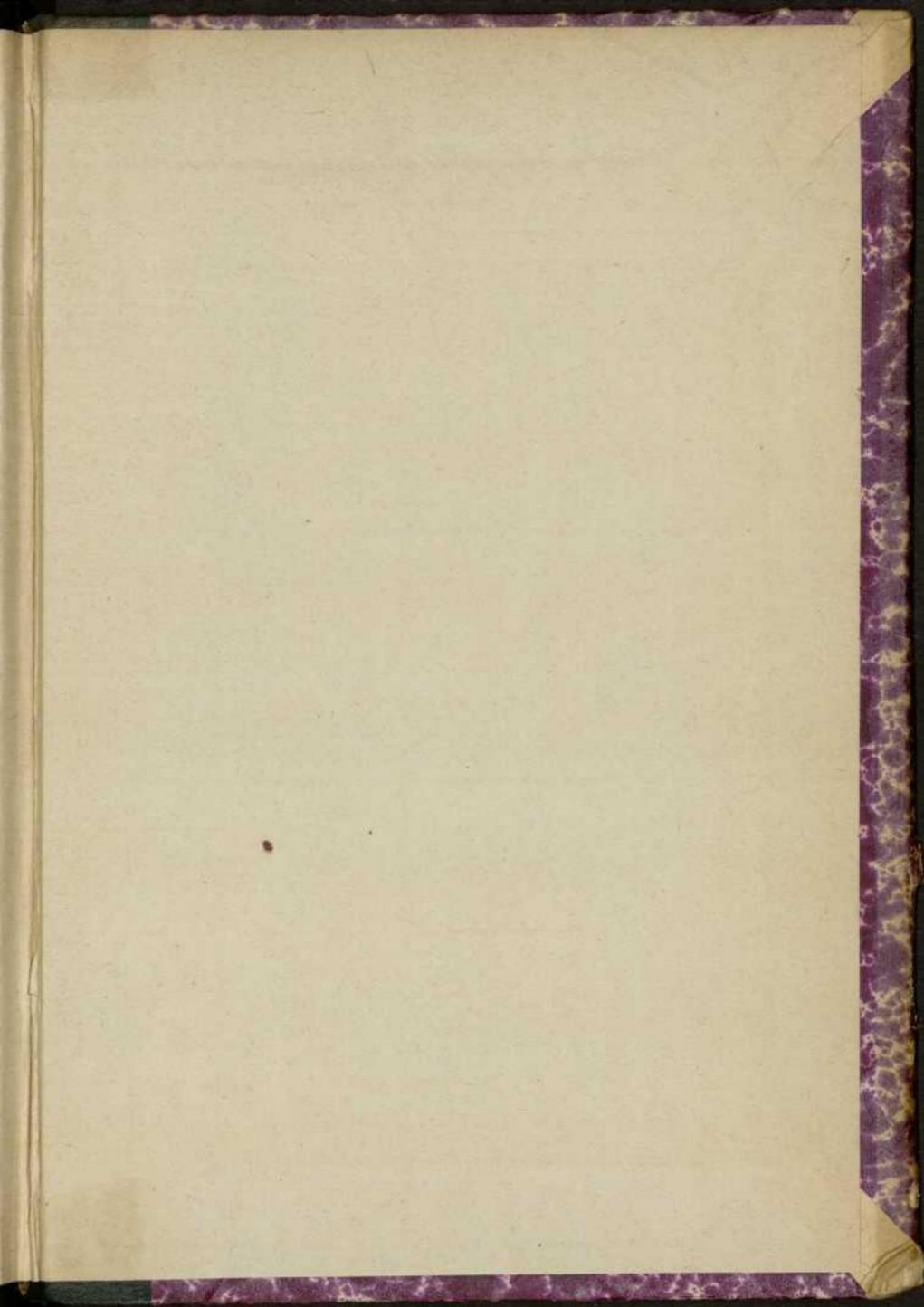
En pedidos al por mayor, rebajas convencionales: Se hacen muy señaladas en pedidos para premios de Colegio.













F. AGUILAR

BRONTE SILVER

LAS MONJAS

23701